



Antonio García Gutiérrez

Poesías

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Antonio García Gutiérrez

Poesías

Publico estas poesías, sin pretensiones en que tenga parte alguna la satisfacción de mí mismo. Sé lo que valen y sin embargo las imprimo, no por complacer a nadie, no por someterlas al juicio del público, sino porque un editor las quiere, y esta es una razón de gran peso para mí.

Composiciones hay en este tomo, a las que he dado lugar, por haber sido escritas en momentos de dulces o amargos recuerdos para mí, y que acaso nada significarán para mis lectores; pero algo se ha de conceder a mi egoísmo. Muchas se hallarán que no están muy en armonía con el gusto de la época, y que son fruto de mi afición por los poetas líricos de los siglos XVII y XVIII, con especialidad por Meléndez: de esto no creo que debo sincerarme. Las hay también para cuya inserción no me ha asistido causa alguna; pero no soy yo quien debe desacreditarlas. Los folletinistas de nuestros periódicos se tomarán con sumo gusto este delicioso trabajo. -Vale.

Las dos rivales

Cuento

I

Camino va de Jaén

sobre perezosa mula
mancebo de pocos años,
de larga guedeja rubia.
Fija la barba en el pecho 5
su rostro pálido oculta,
o con recelo sus ojos

torna al camino de Andújar.
En vano animar pretende
su tarda cabalgadura 10
de temor de que le alcancen
sus hermanos que le buscan.
Y la tarde es avanzada
y lluvia anuncia la luna
en rededor circundada 15
de triste banda sulfúrea.
¡Ay de él si allí le sorprende
temerosa noche oscura,
y las nubes a torrentes
la tarda vereda inundan! 20
¡Pobre niño! en esos campos
de triste aspereza inculta
sus ropas de seda blanda
pronto calará la lluvia.
Mas no... que ya de Jaén 25
se ve el castillo en la altura
y al través de las ventanas
mil y mil luces que cruzan.
Suspira el joven, sus ojos
clavando con amargura 30
en la ciudad que se pierde
entre la niebla confusa.
Lágrimas vierten sus ojos
que en su abandono no enjuga:
la mula apresura el paso 35
y él este canto murmura.

¿Por qué me juraste amores
fementido, engañador?
¿Por qué adornaste con flores
esa copa de dolores 40
para burlarme mejor?

Dijísteme que era hermosa
y que me amabas también:
tu queja escuché piadosa
y con promesa de esposo 45
ablandaste mi desdén.

Malhayas tú, fementido,
que ya supe tu maldad.
Llámaste de otra marido
después que hubiste cogido 50
la flor de mi honestidad.

En otra reja suspiras
abrasado el corazón:
por otros ojos deliras,
y no temes que mis iras 55
han de vengar tu traición.

II

Apeóse el viajero
y por las calles a oscuras
con paso incierto camina...
Párase al fin y pregunta. 60
Pregunta por Laínez Diego
un caballero de Andújar:
las noticias que le han dado
pusieron colmo a su angustia.
Vuelve a andar, no sabe a dónde, 65
y tiembla y solloza y duda...
La oscuridad le estremece
que donde quier le circunda.
Una campana le guía
triste, penetrante, aguda, 70
que la oración de los muertos
con eco solemne anuncia.
Solo está el templo, y apenas
dos o tres luces le alumbran...
Nadie reza por los muertos 75
obligados en sus tumbas.
Postrado el mancebo hermoso
en la helada piedra dura
dirige ardientes plegarias
con trémula voz confusa. 80
Largos rizos resbalaron
por su garganta desnuda
que en rededor de su talle
movidos del viento ondulan.
Azules eran sus ojos 85
llenos de amor y dulzura,
y su seno palpitaba
con triste emoción profunda.
¡En vano el desventurado
con dolorosa amargura 90
alza su mirada al cielo
donde algún consuelo busca!
En sus ojos se clavaron
los de espantada lechuza
que en la lámpara del templo 95

fatídica se columpia.

III

Sonó la campana y el eco vibrando
con luengos zumbidos el aire agitó.
Sonó la campana: las doce están dando
y el triste mancebo del templo salió. 100
Muy cerca una casa que al paso encontrara
llamó su cuidado, paróse al umbral:
sonaba allá dentro ruidosa algazara
y brindis y cantos de fiesta nupcial.
Subió presuroso: su rostro inmutado 105
perdió en un momento su hermoso color,
a Laínez ha visto y ha visto a su lado
la hermosa doncella que absorbe su amor,
y cien caballeros y damas vistosas
entorno a la mesa que cubren sin fin 110
mezclados con haces de mirto y de rosas
alegres despojos del largo festín.
El rostro de Laínez parece difunto,
mas nadie repara su vivo pesar,
que todos los ojos tornáronse al punto 115
al joven gallardo que acaba de entrar.
Perdón si interrumpo, por último exclama,
la fiesta solemne: yo soy un cantor
que el mundo recorro ganoso de fama
cantando en los pueblos endechas de amor. 120
Al punto las damas haciéndole lado
que cante le ruegan con mucho interés,
y el mozo obedece con gusto y agrado
porque es como hermoso galán y cortés.

¿Por qué me juraste amores 125
fementido engañador?
¿Por qué adornaste con flores
esa copa de dolores
para burlarme mejor?

En otra reja suspiras 130
abrasado el corazón,
por otros ojos deliras,
y no temes que mis iras
han de vengar tu traición.

Mucho plació la cantiga 135
y más el mozo plació
que las damas le miraron

con muestras de grande amor.
Solamente el desposado
el entrecejo arrugó 140
y relumbraron sus ojos
con ceño amenazador.
Ruedan otra vez las copas,
rueda la alegre canción,
y el forastero mancebo 145
a la casada brindó.
Alguno que lo miraba
con cuidadosa atención
pomo de luciente plata
ver en sus manos creyó. 150
Después de ella, llevó al punto
a sus labios el licor
y con mano temblorosa
toda la copa apuró.
Mas la noche es avanzada 155
que ya con lúgubre son
anuncia a los desposados
las doce y media el reloj.
La novia llevan al lecho
y Laínez luego partió: 160
tras él cerraron la puerta...
Solos quedaron los dos.
Tiende las manos al lecho...
Solo un cadáver tocó.
Un cadáver, donde piensa 165
hallar caricias de amor.
Acerca la luz, es ella,
ella, su vida y su Dios;
pero está cárdena y fría,
y quieto su corazón. 170
Llámala mil y mil veces:
ella no escucha su voz,
y si la escucha, no puede
responder a su aflicción:
porque helada está su sangre, 175
en su seno no hay calor,
y sus ojos apagados
no son ya envidia del sol.
Melancólico gemido
detrás de la puerta oyó 180
y de pasos temerosos
acelerado rumor.
A lo lejos en la sombra
deslizarse un bulto vio,

apoyado en las paredes 185
por el largo corredor.
Vuela en su alcance y la sombra
burla su intento, veloz
mas retumba el pavimento,
do al fin sin fuerzas cayó. 190
Y oyó pronunciar apenas
con entrecortada voz
¿por qué me juraste amores
fementido engañador?

IV

Por la calle de los Muertos 195
cuando el reloj dio la una,
envueltas en negros paños
sacaron las dos difuntas.
Un hombre solo acompaña
Esta ceremonia muda, 200
y en su pecho lastimado
hondos sollozos se escuchan.
Así atraviesan las calles
y a los que velan asustan.
Parecen almas que penan 205
según caminan de mustias.
Ahuyentan a los amantes
en su plática nocturna
y los canes agoreros
temerosamente aúllan. 210

V

Fuera de lugar sagrado
en camino de Porcuna
cuatro pinos sombra dan
a una humilde sepultura.
La lápida que la cubre, 215
en negras letras confusas
manifiesta cuyos son
los restos que allí se ocultan.
DOÑA INÉS DE ABARRACÍN
NACIÓ EN LA CIUDAD DE ANDÚJAR 220
dicen las letras, gastadas
por el tiempo y por la lluvia.

Apartad el laúd; muy mal sonara
entre el lloro mi canto, ni pudiera
sino con torpe y degradado acento
al tirano adular... ¡ah! nunca, nunca...
Antes morir... de su venganza el rayo 5
sobre mi frente despiadado vibre:
libre nací y a su pesar soy libre.

¿Mas qué cantar sino de llanto y sangre
patria infelice? Si entonar al cielo
himnos de gloria y libertad procuro, 10
la ensangrentada vista del cadalso
de mi alma hiela el entusiasmo puro.

Yo vi la triste luz, cuando la tierra
al peso de un tirano estremecida
que al fin al cielo domellar le plugo 15
luchaba en cruda guerra
rehuyendo airada el ominoso yugo.
Cuando el genio del mal nos ofrecía
ponzoña horrible en funesta copa,
que tímida apuraba 20
con yerto labio la afligida Europa.

Entonces, ¡ay! entonces,
el clarín belicoso me arrullara
y en eco horrible el cavernoso bronce:
la sangre hispana salpicó en mi cuna 25
y la del galo que en sangrientas lides
llevó feliz la espada vencedora
del raudo Nieper hasta el mar de Alcides.

¡O Cádiz, patria mía!
Tú sola prepotente 30
doblar se viste ante tus altos muros
del fiero galo la orgullosa frente.
Cuando la Europa tímida cubría
la desdorada sien de oprobio y luto
tú denodada y fuerte 35
el grito diste que asombró la tierra,
a los tiranos precursor de guerra
y a sus legiones precursor de muerte.

¡Cuánto de lloro y de aflicción el hado
guardaba a tu afanar! libre y potente 40
cual la roca en los mares resistías
de la lucha el furor; tus torreones

con eternal barrera contuvieron
de Jena y Austerlitz los campeones.
Mas luego ¡ay! luego desdorada y mustia 45
sin libertad lloraste
bajo el pie de tiranos prosternada.
Y pálida, expirante,
llorando al mundo tu funesta suerte,
aun en tus labios con amargo acento 50
clamar se escucha: ¡libertad o muerte!

Yo te vi, yo te vi, Cádiz hermosa,
de murta y luto la tu sien velada,
sobre tu almena siempre victoriosa
llorar tu gloria y libertad pasada. 55
¡Mísera! ¿qué se hicieron
mis triunfos celebrados,
mis ínclitos laureles
con sangre de mis hijos ¡ay! comprados?

Otro tiempo feliz mi blanda orilla 60
tocó preñada de opulencia y oro
de cien bajeles la sonante quilla,
y púrpura y aromas
me tributaba tímido el Oriente,
y prosternado el orbe apercibía 65
laurel y rosas para ornar mi frente.
Todo ya es nada; con funesto yugo
mi frente dolorosa
tirano aflige el opresor ingrato
que yo salvé de esclavitud odiosa. 70

¡Y este es el premio de mi afán y el pago
de mi sangre vertida en los combates!
No, ¡mis hijos esclavos! no... primero
un patíbulo y mil y hondos sepulcros.
Antes que sin virtud torpes esclavas 75
mis hijas tiernas la virgínea frente
dobleguen al poder, antes que humille
mi noble juventud; su cuello altivo
de un déspota feroz a la coyunda,
ronco se agite el férvido Océano 80
traspasando sus límites, y ufano
mis almenas altísimas confunda.

Yo la oí, su lamento
sonoro como el viento
que entre rosas y arroyos juguetea 85

de la noche el silencio interrumpía,
y en alas de los céfiros llevado
allá en los mares suspirar se oía.

¿No llegará el momento en que tronando
de tu almena el cañón, al orbe diga 90
soy libre y libre para siempre? ¡ay! ¿cuándo,
cuándo será que tu incesante lloro
trocado miré al fin, y tu agonía
en lloro de placer, y hermosa y libre
te envidie el sol desde su trono de oro? 95
¿Cuándo?... mi pecho palpitando gime...
Pronto, sí, pronto sacudiendo el yugo
que infame inmundo, tu garganta oprime.
¡Ya no hay esclavos! gritarás sublime
temblar haciendo a tu feroz verdugo. 100
Cádiz 2 de mayo 1831.

Era un sueño

Hay una hermosa edad llena de flores,
en que late sin pena el corazón:
mágica edad de ensueños y de amores
en abismos perdida de ilusión.

Hay otra edad en que la tez plegada, 5
cansado el corazón de padecer,
solo se agita el alma lastimada
con los recuerdos pálidos de ayer.

¡Así pasó por mi gastada vida
aquella edad de venturoso afán!... 10
Vida de calma por mi mal perdida,
¿dónde tus glorias y tu amor están?

No soy ya el niño que feliz se agita
con vértigos de tímida pasión;
mi frente se arrugó y está marchita, 15
y marchito también mi corazón.

Ya no es la flor garrida, que se mece
fresca y lozana en plácido pensil:
es el vástago seco que perece
pasadas ya las auras del abril. 20

¿Qué os habéis hecho candidas ficciones
de aquella hermosa y peregrina edad?
Más valen vuestras blancas ilusiones
que esta helada y funesta realidad.

¡Bellezas ideales, mal veladas 25
en tenue gasa y transparente tul,
blancas cual las espumas agitadas
sobre las olas de la mar azul!

Castas visiones de divina esencia
que alimentabais mi infantil error 30
volved con vuestra candida inocencia
con vuestros sueños de tranquilo amor.

Volved, ¡ay! como entonces seductoras
a calmar de mi pecho la inquietud,
y no os llevéis las apacibles horas 35
de tanta pura y celestial virtud.

Aquello no era amor y no era calma,
dulce esperanza mi fatal temor:
era un vago deseo que en mi alma
flotaba como trémulo vapor. 40

Mas luego ¡ay triste! condensado y frío
de su atmósfera pura descendió,
y trocado en maléfico rocío
en el lodo del mundo se impregnó.

Era un sueño no más: se hinchó mi pecho 45
respirando una atmósfera letal,
y en humo al despertar hallé desecho
mi transparente alcázar de cristal.

La fuente

Blanda murmura entre las gayas flores:
sus tallos riega con menudo aljófara:
plácida alegre la enramada verde,
fuente sonora.

Rauda serpea, en trémulos cambiantes 5
reflejando del sol la luz dudosa
que de la oscura noche aún no vencida
hiende las sombras.

En revuelto espiral rueda en la arena
salpicando tu lecho de amapolas: 10
salta sonando y con tocar suave
mece las rosas.

Y ríe como ríe la mañana
que de rayos y nubes se corona...
Y al manso arrullo de las auras ledas 15
bulle y retoza.

El centinela

Clara luna iluminaba
con rayo luciente y puro
de Maestu el débil muro
envuelto en niebla sutil.

Todo yace en quieta calma; 5
todo calla, solo vela
cuidadoso un centinela
al brazo puesto el fusil.

Al rumor de viento leve
torna el rostro receloso, 10
que un enemigo alevoso
le acecha oculto tal vez.

Hora la frente inclinando,
alguna lágrima ardiente
le arrancan ¡ay! tristemente 15
recuerdos de su niñez.

Hora con dolor profundo
deja escapar un gemido
que repite dolorido
blando céfiro fugaz. 20

Y tornando al fin los ojos
con dolor al Mediodía
triste exclama: ¡Andalucía!
¡Suelo de gloria y de paz!

¡Suelo, ay Dios! donde corriera 25
mi juventud deliciosa,
de una madre cariñosa

en el seno bienhechor!

De una madre ¡cual aflige
su memoria el alma mía, 30
y el recuerdo de aquel día
tan fatal para su amor!

Tú llorabas... no, mi madre,
no me llores por favor,
noble es lidiar por la patria, 35
y a lidiar por ella voy.

Así yo te consolaba
exclamando con dolor,
por la vida de tu hijo
no llores, mi madre, no. 40

Oyóse entonces el eco
de la trompeta y tambor,
y en tus brazos me estrechaste
con frenética pasión:

Yo partí: ya en cien combates 45
he lidiado con valor...
Por la vida de tu hijo
no llores, mi madre, no.

No temas nunca que un día
infiel mancillé mi honor: 50
no, madre, que está más puro
que el primer rayo del sol.

Mas si al fin ordena el cielo
que sucumba en tanto horror,
por la vida de tu hijo 55
no llores, mi madre, no.

Así cantaba el soldado
cuando al sol del nuevo día
cerca el muro descubría
faccioso enjambre infernal. 60

Ronco tambor, al combate
llama: doscientos guerreros
las armas empuñan fieros
y empieza la lid fatal.

A Delisa

No celebro en mis cantares
la luz de plácida aurora
ni su risa,

ni las orillas de Almendares,
donde habita encantadora 5
mi Delisa.

No a ti, Cádiz opulenta,
ni tus hijas tan hermosas
que yo amé:

no tu orilla turbulenta, 10
ni tus olas ruidosas
cantaré.

En triste endecha tan solo
dejadme, musas, que diga
mi pasión. 15

Dadme la lira de Apolo
con que cante mi fatiga
y aflicción.

Y lleve plácido el viento
dulce y sonoro mi acento 20
por do quiera,

y que sonando entre rosas
y entre fuentes ruidosas,
blando muera.

¡Ay mi lira, la mi lira 25
de las musas olvidada
tantos años!

Tierna conmigo suspira
cantando de mi adorada,
los engaños. 30

Tú que alegras mis pesares
y mis cuitas adormeces
con tu canto,

hora alivia mis azares,
con tu son que tantas veces 35
fue mi encanto.

Mas... no sepa que la adoro,
que por ella gimo y lloro
mi Delisa.

No más gemir: si lo advierte 40
burlará mi triste suerte,
con su risa.

A. C. M.

Era C*** un tiempo en que mi vida
con penoso cansancio se arrastró,
y por su misma inercia entumecida
en tenebrosa obscuridad vivió.

El yerto pecho de pasión vació 5
seco del llanto el hondo manantial,
pasé mi vida de indolente hastío
en esa calma al corazón fatal.

Mil veces de este sueño perezoso
avergonzada el alma despertó, 10
mas ahogada en su centro tenebroso
sin luz ni ambiente a dormirar volvió.

Faltábale la luz del sentimiento,
faltábale el ambiente del amor,
y en la dura prisión de su tormento, 15
la paz del sueño prefirió al dolor.

Así pasaron los hermosos días
que ornaron mi primera juventud,
llena la mente de ilusiones frías
negando el sentimiento y la virtud. 20

Y así maldije el sol que iluminaba
de otros hombres felices el placer,
y maldije la luna que alumbraba,
la indolente vergüenza de mi ser.

Y en mis delirios, insensato, impío 25
del Dios de los destinos blasfemé;

pero tu amor calmó mi desvarío
y tú fuistes el ángel de mi fe.

Ya no maldigo el sol: ya de la luna
me agrada ver el lívido fulgor, 30
sin que acose mis sueños, importuna,
sombra fatal de ceño aterrador.

Me siento renacer y en otra vida
sembrada de ilusiones de placer,
ya se dilata el alma adormecida, 35
fresca y gozosa con su nuevo ser.

Y fuiste tú la que a mi pecho triste
hizo el contento por mi bien tornar
y un alma desgarrada redimiste
que iba la muerte en su tormento a hallar. 40

¡Esperanzas! ¡amor! ¡flores del alma!
Volved con vuestra cándida ilusión;
y otra vez inundad de vida y calma
mi agitado y marchito corazón.

A los defensores de Bilbao

Vuelva a mis manos el laúd sonoro,
vuelva a mis manos y el cantar sublime
blando acompaña con sus cuerdas de oro...
Venga, venga, el laúd.

Que ya cesó el dolor, y el alma mía 5
del fuego de los libres inspirada,
cobra otra vez la bélica energía
por mágica virtud.

Mal apagada la celeste llama
por continuos pesares en mi pecho, 10
en entusiasmo ardiente, hora se inflama
mi yerto corazón.

¿Y quién, y quién no canta enajenado
Bilbao hermosa tu valor sublime?
¿Quién no celebra tu ánimo esforzado 15
en bélica canción?

¡Ay! ¡quién me diera al genio de la gloria
arrebatar la cítara sonante

con sus cuerdas de bronce, y tu memoria
en ella eternizar! 20

¡Bilbao sublime! ¡de amargura, y llanto
cubrió tu frente la falange esclava!
¿Cómo sufrir pudiste dolor tanto
y tanto pelear?

Deja a mi voz que tu victoria cuente 25
en canto melancólico, y perdona
sino es cual tú mereces, sacra ardiente
mi pobre inspiración.

Deja que el pecho de entusiasmo henchido
con destemplado acento te tribute 30
el homenaje que te debo, herido
de amor, de admiración.

Tú salvaste la España: allí en tu muro
la muerte halló otra vez el bando fiero,
y en vano ya otra vez trance duro, 35
te vieras estrechar.

Que firme siempre, en ademán bizarro,
y de laurel sangriento coronada;
la indómita soberbia del navarro
supiste domellar. 40

Ellos huyeron y tu frente pura
salpicada con sangre de las lides,
despojada se vio de su amargura
y otra vez sonrió.

Y sonrió también la triste España 45
que en ti clavados los hermosos ojos,
al creerte presa de enemiga saña
libre por fin te vio.

Traducción de Víctor Hugo

Ya brilla la aurora, fantástica, incierta,
velada en su manto de rico tisú.
¿Por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta?
¿Por qué, cuando el alba las flores despierta,
durmiendo estás tú? 5

Llamando a tu puerta, diciendo está el día
«¡yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor!»
El ave te dice, «¡yo soy la armonía!»
Y yo, suspirando, te digo, ¡alma mía!
«¡yo soy el amor!» 10

Para el álbum de una señorita

Los cielos te hicieron donosa, hechicera,
de rostro amoroso, de risa gentil.
Esbelto es tu talle cual palma altanera
que al soplo se mece del aura sutil.

Son fuego tus ojos que abrasan el alma: 5
tu gala y donaire no tienen igual.
Tranquila en tu frente se ostenta la calma:
la risa en tu boca de nieve y coral.

Es dulce tu acento si blando suspira
vagando en tus labios con tímido ardor, 10
cual mágica trova que al son de la lira
entona a su amada, de noche, el cantor.

Feliz el que goce tu blanda sonrisa:
el que haga tu pecho de amor palpar,
y beba tu aliento sutil cual la brisa 15
que besa ligera la espuma del mar.

Todos te cantan amores
porque eres niña y hermosa,
mas con acervos dolores,
que diz que tienes rigores 20
cual tiene espinas la rosa.

Bien haces, porque la vida
es esa blanca ilusión
en que vives engreída,
escuchando adormecida 25
tanta amorosa canción.

Así, vivirás dichosa;
pero si el alma enajenas
a una pasión amorosa,
gemirás triste y llorosa 30
presa en tus mismas cadenas.

Empero, si alguna vez
de esta breve juventud
lamentas la rapidez,
o del amor la inquietud 35
se imprime en tu blanca tez.

Vuelve a mí tus bellos ojos
que ahora se cubren de enojos
si amor te quiero cantar,
y un sí de tus labios rojos 40
ponga fin a mi penar.

¡Rosa bella! hermosa flor
que entre las flores asoma
en los pensiles de amor,
rica de fragante aroma 45
rica de vida y color!

A tus gracias peregrinas
alma y corazón rendí.
Ámame, flor, siendo así,
para todos con espinas... 50
Sin espinas para mí.

La noche de verano

Hermosa noche, como el alma mía
oscura y melancólica... salud...
Tu balsámico ambiente de ambrosía
dulcifica piadoso mi inquietud.

¡Ay! que del sol la llama abrasadora 5
mis ojos irritados deslumbró...
Bien hagas tú que blanda y bienhechora
callando duermes cuando gimo yo.

Esa serena luz basta a mis ojos:
ese triste rumor basta a mi afán: 10
silencio y sombras buscan mis enojos
silencio y sombras anhelando están.

Y busco en mi ansiedad, de tu aura fría
el fantástico arrullo vibrador
de inefable y dulcísima armonía, 15
grato al placer, benéfico al dolor.

¡Ahora puedo llorar! de mis querellas
el eco, en tu silencio morirá,
y la tímida luz de tus estrellas
mi llanto solamente alumbrará. 20

Lloremos ¡ay! ¡como mujer inerme
de tibia lana al trémulo arbol!
Lloremos, sí, mientras el mundo duerme,
antes que alumbre mi vergüenza el sol.

Venid y suspirando mansamente 25
céfiros de la noche susurrad
y por el vago y silencioso ambiente
los ecos de mis quejas derramad.

Venid... pero en silencio voluptuoso,
trémulos, sin murmullos y sin voz, 30
mientras dormita el mundo perezoso
en breves sueños de ilusión veloz.

Y llevad a mi bien con mi suspiro
estos cantares de doliente son,
y llevadla el amor en que deliro 35
y el fuego de mi ardiente corazón.

Y oreando su negra cabellera
y el seno que arde en amorosa lid,
con perezosa calma lisonjera
en su oloroso lecho os adormid. 40

Soplad lascivos, céfiros de amores,
con dulce y misterioso susurrar,
y en jardines bebed blandos olores
perfumando el ambiente de azahar.

¡Hermoda noche! en tu dormir tranquila 45
no escuchas, ¡ay! ¡mi lúgubre clamor!
Despierta, ¡oh noche! y a mi hermosa dila
que estoy velando con mortal dolor.

Mas si los ojos de mi hermoso dueño
tal vez dormidos en la calma están, 50
haz que me mire en su apacible sueño
víctima triste de continuo afán.

Y en ilusión de lánguido embeleso

blanda sonría y se estremezca a par,
y suspirando, regalado beso 55
piense en mis labios con ardor clavar.

Que acaso a la ilusión de los placeres
suele también el corazón latir,
y es blando el corazón de las mujeres
a esa ilusión de celestial mentir. 60

Respeto

Niña de los negros ojos,
guarte que no digan ellos
tus amorosos enojos,
que habrás de pisar abrojos
si llegan a comprendellos. 5

Y habrá algún vil seductor
que pise la tierna flor
por más que la encuentre bella,
que no basta a defendella
donde hay pasión, el pudor. 10

Guarte niña de mostrar
que un sentimiento hay guardado
en ese tierno mirar...
Mira que te han de burlar
aunque yo te he respetado. 15

No pienses, no, que es desvío
lo que es tan solo piedad,
que aunque ya gastado y frío,
no es tanto mi desvarío
que ultraje tu castidad. 20

¡No es para mí tal belleza,
yo, que mi existencia loca
manché con ciega torpeza!
Basta un beso de mi boca
ara manchar tu pureza. 25

La ambición

Soneto

Huye, ambición, al ostentoso lecho

donde reposa el feble cortesano:
donde divierte su cuidado en vano
bajo la pompa del dorado techo.

Airada oprime tu agitado pecho, 5
en él aborta tu veneno insano,
y resentido al toque de tu mano
el mundo juzgue a su anhelar estrecho.

Mas, nunca imprimas en el alma mía
el hidrópico anhelo de grandeza... 10
Dame la paz en que vivir solía.

En mi estado infeliz, en mi pobreza,
no desear tan solo apetecía,
que es para el hombre la mayor riqueza.

La dádiva del poeta

Mil esperanzas que en tu amor se abrieron
aquí guardadas en el alma están.
Dime, ¿tal vez para morir nacieron?
Dime, ¿infelices como yo serán?

¡Oh! no desdeñes por humilde, el ruego 5
del que vive y respira para ti,
que no hallarás quien con tan puro fuego
te dé un amor como el que alimenta en mí.

Puede otro amante en homenaje darte
riquezas mil y joyas de valor 10
y con rico tocado engalanarte
con perlas orientales brillador.

Yo, pobre trovador y sin fortuna
un corazón de fuego te daré,
y tu frente, modesta cual la luna, 15
con joya de gran precio adornaré.

Doble corona de laurel y rosa
arrebatando al genio creador,
yo la pondré sobre tu frente hermosa,
sobre tu frente pálida de amor. 20

El sueño

Fugaz alivio de mi amarga pena;
dulce esperanza en el tormento mío,
ven, y adormece mis eternos males,
¡Plácido sueño!

Toca apacible con tus blandas alas 5
la sien marchita del mortal lloroso,
que enajenado, en dolorido acento
¡Ay! te demanda.

Cubra mis ojos la nocturna sombra,
cual si la parca con airado ceño 10
ya preparase a mi funesta suerte
lóbrega tumba.

Huyes veloz, cuando en eterno lloro
dejas sumido el corazón cuitado,
y en negro insomnio, por la mente cruzan 15
¡vértigos fríos!

¡Ay! triste noche, a mis cansados ojos
mas que a otros ojos fúnebre y sombría,
tiende tu velo, y de la tierra espanto
lóbrega reina. 20

¡Cándida luna! ¡tu fanal lumbroso
pálida oculta tras de opaca nube!
Huye, y la esfera que de nácar bañas
deja entre sombras.

Que no más luz que los celestes ojos 25
ni más placer que de mi bien la risa,
dulces alejan de la mente triste
negros temores.

¡Id, mis cantares, a la ingrata hermosa
cama funesta de mi amarga cuita! 30
Id susurrando y que D*** bella
blanda os escuche.

En un álbum

Si el corazón es altar
y el amor adoración,
éstrate en mi corazón
porque te quiero adorar.

La vida

Traducción de Víctor Hugo

Cuando de noche en tus brazos
oigo, pastora, tu voz,
y no sientes, di, cual palpita
inquieto mi corazón?

¡Oh! que tu acento apacible 5
me recuerda encantador
de mis días más dichosos
la pasajera ilusión.

¡Ay! ¡canta, pastora,
con tu dulce voz! 10

Cuando ríes, en tu boca
ríe el amor a la par,
y los celos desvanece
con su expresión virginal.

Donde esa risa apacible 15
no puede el dolo habitar,
o no es cierto que en los ojos
retratada el alma está.

¡Ay! ríe, pastora,
ríe por piedad. 20

Cuando duermes a mi lado
mientras yo velo por ti,
tu dulce aliento murmura
como el céfiro sutil.

Entonces eres más bella, 25
sin velar, sin encubrir
con enfadosos cendales
tu leve cuerpo gentil.

¡Ay! duerme, pastora,
que estás bella así. 30

Cuando dices que me amas,
creo, pastora, en tu fe,
y pienso que el cielo mismo
me abre su inmenso dosel.

Dudar... ¡oh! que no es posible 35
para el que un instante ve
el fuego de los amores
que en tus ojos brilla fiel.
¡Ay! ámame, y siempre
verásme a tus pies. 40

¡Ya lo ves! toda la vida,
pastora del corazón,
se encierra en estas palabras
de inapreciable valor.
Sin esto, todo es mentira, 45
todo es pesar o ilusión,
que el cielo nuestra ventura
en esto solo encerró;
el canto, la risa,
el sueño, el amor. 50

Profecía de Nahun

¡Ay! ciudad delincuente
llena toda de estrago y de mentira,
que con ímpetu ardiente
caerá sobre tu frente
la justicia de Dios brotando en ira! 5

¡Ay Nínive! que luego
el eco sonará del rudo azote
sin piedad a tu ruego,
y el carro oirás de fuego
y del fiero corcel, relincho y trote. 10

Espada reluciente
y lanza te herirá de viva lumbre,
y con sangre caliente
salpicará tu frente
de tus muertos la inmensa muchedumbre. 15

¡Mísera tribu impía
que olvidaste tu fe! no eres por cierto
mejor que Alejandría,
la que su rico puerto
en la margen baño del mar incierto. 20

Más pecó, y sin ventura
en el negro pecado adormecida,
marchitó su hermosura

en la impiedad hundida
y a los placeres del amor vendida. 25

Y en pago a su delirio,
cautiva de enemigos fue llevada
a do en negro martirio
gimió desventurada,
en cepos y mazmorras maniatada. 30

Y vio sus ancianos
que tarde alzaban con dolor al cielo
quebrantadas las manos,
postrados por el suelo
con agudos clamores sin consuelo. 35

Y en sus males prolijos,
presa también en manos de soldados
miró sus tiernos hijos,
por los pies amarrados
y en las agudas piedras estrellados. 40

¡Ay de ti, delincuente
ciudad, llena de estrago y de mentira!
¡Que con ímpetu ardiente
caerá sobre tu frente
la justicia de Dios brotando en ira! 45

¡Ay Nínive! que luego
el eco sonará del rudo azote
sin piedad a tu ruego,
y el carro oirás de fuego
y del fiero corcel, relincho y trote. 50

Espada reluciente
y lanza te herirá de viva lumbre,
y de sangre caliente
salpicará tu frente
de tus muertos la inmensa muchedumbre. 55

La primera edad

¡Eres niña! De la vida
no probaste los engaños,
que para tus verde años
la existencia es el amor.

Tranquila y adormecida, 5
en tu mundo de ilusiones,

no sabes de las pasiones
el afán devorador.

En esa edad de placeres
dulcemente embriagado, 10
dichoso y enajenado
niño aun, gocé también.

Y en la esperanza ilusoria
de mis pueriles amores,
perdí mis años mejores 15
tras aquel soñado Edén.

Ríe y goza descuidada
que en esa edad de ventura,
no hay tormentos ni amargura
que agiten el corazón. 20

Si hay amor, es dulce y blando
y de sueños se alimenta,
y por sus placeres cuenta
las horas de su pasión.

Mas, luego, cuando a tus ojos 25
asome de amor el llanto,
vendrá el triste desencanto
de ese mundo engañoso;

Y verás que desaparece
cual relámpago imprevisto 30
el mentido paraíso
con sus jardines en flor.

Ese prisma, que el aliento
de las pasiones empaña,
con imágenes te engaña 35
cubiertas de gasa y tul.

Así deslumbra tus ojos
con ilusiones distintas,
entre caprichosas tintas
de nácar, oro y azul. 40

¡Ay! ojalá no murieran
con desventurados fines
las risueñas esperanzas
de tus diez y seis abríles.

Pero es fuerza que troquemos 45

los encantados jardines
y los sueños de oro y nácar
por realidades terribles.

Es fuerza que el soplo muera
de los céfiros sutiles 50
porque el nebuloso invierno
la lumbre del sol eclipse.

Esto es preciso; pero antes
que los pesares marchiten
la tersura de tu frente 55
que de inocencia sonrías:

Antes que sueños impuros
entre deseos febriles
ahuyenten del casto pecho
la pureza que en él vive, 60

baja al sepulcro, inocente,
inmaculada y sublime,
con tus bellas ilusiones,
con tu corona de virgen.

La garza
Soneto

Sube veloz por las etéreas salas,
garza fugaz, y al mundo señorea,
y opón al brillo de la luz Febea
la regia pompa de tus blancas galas.

Cuando las nubes en altura igualas, 5
si estremecido el mundo titubea,
la ruda tempestad tu frente orea
y el tremendo huracán mece tus alas.

Así yo un tiempo mi ligero vuelo
al un sol más puro remontar quería 10
y alcé mi orgullo a conquistar el cielo.

Pero nublose con sorpresa impía,
y las alas cortadas a mi anhelo,
murió su luz y la esperanza mía.

La despedida del cruzado

Mira; ya por la cima de aquel monte,
riente con su trémulo arrebol,
ilumina el espléndido horizonte
la blanca aurora que precede al sol.

¡Oh! cuán hermoso y vivo y transparente 5
ese vago crepúsculo oriental,
quiebra en las nubes su reflejo ardiente
tiñéndolas de gualda y de coral.

Quien lo dijera que tan triste día
puro y tranquilo amaneciera así, 10
hoy que burlando la esperanza mía
me obliga el hado a separar de ti.

Pero debo partir... fuerza es que rompa
la dulce paz de mi tranquilo amor,
por el ronco gemido de la trompa 15
por el grito de guerra atronador.

No apartes tu mirar turbio de enojos
para ocultar tus lágrimas. -No a fe,
que yo sé bien que el llanto de tus ojos
bálsamo siempre a mis dolores fue. 20

A Dios, y si te debe por ventura
algún recuerdo mi constante amor
no olvides que sin ti, sin tu hermosura,
también yo gimo con mortal dolor.

Acaso así, en un punto, en una hora 25
nuestras lágrimas juntas correrán,
y esta sola ilusión encantadora
será el alivio de mi negro afán.

El sacristán de Toledo

Fragmento de un drama lírico

PERSONAJES

PERANSÚREZ, por otro nombre don Hernando de Aguilar.
DON DIEGO DE AGUILAR.
BLANCA.
LUZBEL.
Doncellas al servicio de Blanca.
Soldados, diablos, brujas y otra gente menuda.

Escena I

HERNANDO, y COROS.

El teatro representa el interior del campanario de la catedral de Toledo. HERNANDO recostado en un poyo a la derecha del espectador. Al levantarse el telón se oye el órgano y el canto de los canónigos.

CORO (Dentro.) Señor, señor poderoso
de cielo y tierra hacedor,
junto a tu nombre glorioso
no hay otro nombre mejor.

UNA VOZ ¿Quién en tu tabernáculo 5
habitará

y en tu monte santísimo
reposará?

El que acata solícito
tu alto poder; 10
el que adora tu altísimo,
Tu inmenso ser.

CORO Señor, señor poderoso
de cielo y tierra hacedor,
junto a tu nombre glorioso 15
no hay otro nombre mejor.

HERNANDO ¡Siempre aquí, siempre gimiendo
y con doliente mirada
seguir la sombra adorada
que no es posible alcanzar! 20

¡Verla que cruza ligera
entre cortinas de gasa,
acechando cuando pasa
solo por verla y llorar!

UNA VOZ Reposará el que al prójimo 25
dijo verdad

y afrontar supo impávido
a la maldad.

Solo los que benéficos
y justos son 30
morarán en la célica
Santa Sión.

CORO ¡Señor, señor poderoso
de cielo y tierra hacedor!
Junto a tu nombre glorioso 35
no hay otro nombre mejor.

HERNANDO ¡Allí está! más bella
que fúlgida estrella
de vivo esplendor.

Con llantos y enojos 40
me lanzan sus ojos
miradas de amor.

Si acaso un tirano
te oprime inhumano,
¡quién es, dime, quién! 45
¡Posible es que viva
de un monstruo cautiva
la luz de mi bien!

CORO DE BRUJAS ¡Saudina! ¡Saudina!

HERNANDO ¡Qué sordo rumor! 50

CORO Ven... corre... camina...

Cabalga en los aires,
renueva tu ardor.

HERNANDO El viento es sin duda
si no escuché mal. 55

CORO Al sábado acuda
la loca cohorte
del genio infernal.

Escena II

Dicho, SAUDINA y coro de brujas.

Aparecen de repente por entre las troneras de las campanas, multitud de brujas caballeras en sendos mangos de escoba. SAUDINA viene entre ellas.

SAUDINA Silencio.

HERNANDO ¡Qué miro!

Si sueño o deliro... 60

SAUDINA Mandad a los vientos
que rompan violentos
cruzando la atmósfera

fatal tempestad.
Y en tanto que alumbre 65
su luz de un instante,
y el trueno en la cumbre
los orbes espante,
con danzas frenéticas
reíd y cantad. 70

CORO Vuela infernal espíritu,
cruza veloz
del espacio los ámbitos
a nuestra voz.

De los vientos las ráfagas 75
paso te den:
la luz del rayo cárdeno
brille en tu sien.

¡Luzbel, Luzbel poderoso
de los infiernos señor! 80
Tu nombre es el más glorioso
en la mansión del horror.

SAUDINA ¡Qué miro! ojos profanos acechaban
nuestra fiesta... mirad.

HERNANDO ¡Corazón mío!
Valor.

SAUDINA ¿Qué haces aquí, dime, a deshora? 85

HERNANDO Miro a la escasa luz de una bujía
una mujer que el corazón adora.

SAUDINA ¡Amor! tienes amor.

HERNANDO Sin esperanza.

SAUDINA ¿Por qué?

HERNANDO Porque al poder de los tiranos
el poder del amor muy poco alcanza. 90

SAUDINA Si alcanzará mancebo.

HERNANDO Si lo hicieras,
alma y vida serán para pagarle
Harto mezquino precio... di, ¿qué quieres?

SAUDINA ¿El alma me darás?

HERNANDO Eternamente
mi alma y mi salvación ahora te empeño 95
si de tanta hermosura me haces dueño.

SAUDINA Espera... pronto en venturosa calma
seréis unidos con perpetuo nudo.

Para ella el corazón: para mí el alma.

CORO Vuela infernal espíritu, 100
cruza veloz
del espacio los ámbitos
a nuestra voz.

De los vientos las ráfagas

paso te den: 105
la luz del rayo cárdeno
brille en tu sien.
¡Luzbel, Luzbel poderoso,
de los infiernos señor!
Tu nombre es el más glorioso 110
en la mansión del horror.

Escena III

Dichos, LUZBEL.

LUZBEL ¡Qué voces! ¡qué estruendo!
la noche callada
ya va difundiendo
su sombra fatídica... 115
¡Silencio! callad.

¿Por qué esos aullidos
que espantan los aires
cual roncros graznidos
de cuervos maléficis?... 120
Hablad, pues, hablad.

BRUJAS Prepare el infierno
suplicios y hogueras
de lento y eterno
y horrible dolor. 125
De amores se enciende
cuitado mancebo
que el alma te vende
si alcanza su amor.

LUZBEL Ven pues.

HERNANDO ¡Visión estupenda! 130

LUZBEL Ven y afirma con tu sangre,
que me cedas en ofrenda
por tu amor tu eternidad.

BRUJA Ves y en seco pergamino
firma con caliente sangre 135
que nos vendas tu destino
y con él tu eternidad.

BRUJA Y LUZBEL ¡Oh! lanza bramidos
de loca algazara,
mansión infernal. 140
Brama y de encendidos
carbones, prepara
el lecho fatal.

Que vendrá el alma comprada
a tus cavernas sombrías; 145

y en tu lóbrega morada
para siempre habitará.
Y lecho de fuego ardiente
será su lecho de amores,
y copa de plomo hirviente 150
su copa de amor será.

(Vanse por las troneras llevándose consigo a FERNANDO.)

Escena IV

BLANCA y doncellas.

Sala en casa de DON DIEGO DE AGUILAR, adornada como para una fiesta. BLANCA y sus doncellas salen por la izquierda. BLANCA pálida y melancólica se dirige a la derecha, donde hay un balcón.

DONCELLAS Blanca, Blanca, ya las aras
cubiertas están de rosas.

Hermosa entre las hermosas,
el amor te llama, ven. 155

Depón el rigor cruento,
bellísima desposada:
mal en la frente tocada
sienta el altivo desdén.

BLANCA ¡Noches aquí pasadas 160
en velador tormento!

¡Lágrimas consagradas
a un infelice amor!

Pasasteis como sueño
de mi niñez querida... 165
De hoy más será mi dueño
quien me dará su honor.

¡Y es fuerza apagar
amor acendrado!

¡Y cómo olvidarte 170
si aquí estás grabado,
recuerdo dulcísimo
de tanto placer!

¡Ay! ¡triste! ¡que en vano
mi suerte lamento! 175

¡Que al cielo inhumano,
con tétrico acento
mis quejas inútiles
se van a perder!

DONCELLAS Ven y con joyas y flores 180

prende tus largos cabellos,
y sonrían los amores
sobre tu cándida sien.
Ven, dulcísima señora
que el esposo enamorado 185
goce en los ojos que adora
y que lo adoran también.

BLANCA Cubrir de joyas y flores
en mal hora mis cabellos,
¡cuando pierdo mis amores 190
y pálida está mi sien!
Yo de un corazón señora,
dulcemente enamorado,
perderle cuando me adora
¡y yo le adoro también! 195

(Vanse por la izquierda. Cuando acaban de desaparecer, salen por escotillones
HERNANDO y LUZBEL; este, vestido tan humanamente como es permitido a un diablo.)

Escena V

HERNANDO, LUZBEL.

Sala con capilla en el fondo.

HERNANDO ¡Uf, Salimos por fin! apenas creo
que la celeste luz gozan mis ojos.

LUZBEL ¡Ay mísero de ti! ¡Que aún no sospechas
cuanto te ha de costar tu devaneo
de miseria y de enojos! 200
¡Leve remedo del dolor futuro
es tu dolor, mancebo!

HERNANDO ¿Qué me importa
si el triunfo así de mi pasión procuro?

LUZBEL ¡Breve delicia, por penar eterno!
¡Gloria de un día en cambio de un infierno! 205

HERNANDO ¿No callarás, Luzbel? no me recuerdes
esa triste verdad en tal momento.

LUZBEL ¡Oh! ¡que en pos del placer viene el tormento,
la senectud tras de los años verdes!

HERNANDO ¡Huye, vete en mal hora! 210
Déjame con mi amor puro y risueño
de ilusión seductora.

LUZBEL ¿Manda el esclavo por ventura al dueño?

HERNANDO Dueño, pero del alma solamente
y solo en otra vida... 215

Deja que amor mi corazón aliente
y que apure su cáliz sin medida.
LUZBEL Hela que viene con la sien tocada
pálido el bello rostro.
HERNANDO ¡Sí, a fe mía!
¡Cual su garganta ostenta, torneada, 220
cubierta de lujosa pedrería!

Escena VI

Dichos, BLANCA, D. DIEGO DE AGUILAR, caballeros convidados y doncellas de
DOÑA BLANCA.

DONCELLAS Y CABALLEROS ¡Oh! ¡venturosa
la casta esposa
de alto señor!
Feliz la estrella 225
del que a una bella
roba el amor.
DIEGO Así, cantad... ¡el gozo me enajena!
Celebrad mi ventura
pues dueño soy dichoso 230
de tan alta hermosura.
Cantad la gloria del feliz esposo.
HERNANDO ¡Celos, rabiosos celos!
¿Qué pretendéis de mí?
BLANCA (¡Porque en mal hora
vida me disteis, sacrosantos cielos!) 235
DIEGO Ven, Blanca, ven... mi corazón te adora.
DONCELLAS Y CABALLEROS Feliz mil veces
tú que mereces
tan alto bien;
tú que venciste 240
su dolor triste
con su desdén.

(D. DIEGO toma por la mano a BLANCA y toda la comitiva los sigue. De improviso sobreviene una tempestad; el viento que entra por las ventanas apaga las luces y la puerta de la capilla desaparece. Se oye fuera en lontananza el canto de las brujas, BLANCA se desmaya y todos los convidados huyen.)

BRUJAS ¡Ay! vientos de la noche,
tended las alas trémulas:
aullando roncros cánticos 245
los aires agitada.
Cerrad con pardas nubes

la negrecida atmósfera
y del altar las lúgubres
antorchas apagad. 250
Los polos desquiciados
con vuestra fuerza indómita
sobre sus ejes trémulos
asombro al mundo den.
Atérrense las fieras 255
en sus cavernas cóncavas:
los montes estremézcense
al súbito vaivén.

TODOS ¡Qué horror! ¡qué veo! huyamos...

DIEGO Contra mi amor el cielo se conjura. (Vanse.) 260

HERNANDO ¡Huid, necios, huid! yo solo dueño
puedo ser de su cándida hermosura.

(Coge en sus brazos a BLANCA.)

¡Eres tú, tú tan hermosa
y en mis brazos, estrechada!
¡Víctima desventurada 265
te llevaban al altar!
¡Oh! no... de tu faz llorosa
enjuga el llanto, bien mío,
que no puede el hado impío
nuestras almas separar. 270

BLANCA ¿Dónde estoy?

HERNANDO Aquí en mi seno;
en mi corazón ardiente
apoyada está tu frente
ya sin guirnalda nupcial.

BLANCA ¡Noche triste! ¡ronco el trueno 275

turba los aires veloces!...
Se oyen temerosas voces
que entonan canción fatal.

¡Presagio funesto
de negra ventura! 280
Ven, muerte, ven presto
mi pena a calmar.

Que tantos enojos
sufrir no es posible,
ni hay llanto en mis ojos 285
de tanto llorar.

HERNANDO Ya el hado funesto
trocose en ventura:
ven, Blanca, ven presto
mi dueño a calmar. 290

Que ya más enojos
sufrir no es posible
ni pueden mis ojos
mas tiempo llorar.

BLANCA ¿Quién sois vos?

HERNANDO ¡Por piedad! ¿no me conoces? 295

Ya las penas mi rostro demudaron
de tal y tal manera,
o al pensar que me amabas, ¡suerte fiera!
¿Acaso mis delirios me engañaron?

BLANCA ¡Eres tú! ¿no eres sombra? 300

¿Halagüeña visión no es la que miro?
¡Oh! ¡que el verte me asombra!

Que eres tú dime o no dime que deliro.

HERNANDO Yo soy, Blanca, el que muere por tus ojos

y en ellos presa el alma, 305
si enojados los ve, vive de enojos
y ellos solos le dan ventura y calma.

BLANCA Sí, sí... yo te imploraba

y tú vienes solícito
el llanto de tu esclava 310
piadoso a consolar.

Sí, ven y a los tiranos
arráncales la víctima
que arrastran inhumanos
al pie del sacro altar. 315

HERNANDO Sí, sí, yo te escuchaba

y vine aquí solícito,
triste, oprimida esclava,
tu yugo a quebrantar.
Sí, ven, que los tiranos 320
sobre, infelice víctima,
no logren inhumanos
llevarte hasta el altar.

BLANCA Aun niña, tristes agüeros

en mi frente se fijaron: 325
viejas hadas me anunciaron
desdichado el porvenir:
¡Oh! mintieron, por mi vida,
los agüeros y las hadas,
que con tétricas baladas 330
arrullaron mi dormir.

LOS DOS Si acaso envidiosa

de verme en tus brazos
la muerte estos lazos
viniera a romper; 335
¿qué importa? no puedo

desdichada
ser ya desdichado
extasiada
muriendo extasiado 340
de amor y placer.

Escena VII

Dichos, D. DIEGO DE AGUILAR, y caballeros que aparecen de repente con luces.

DIEGO ¡Qué miro!
BLANCA ¡Dios santo!
DIEGO ¡Qué horrible maldad!
CABALLEROS ¡Si entró por encanto
envuelto en las ráfagas 345
del negro huracán!
HERNANDO ¡Ay Blanca!
LUZBEL No temas...
DIEGO Asidlos.
HERNANDO ¡Luzbel!
DIEGO ¡Insano! ¡blasfemas!
CABALLEROS ¡Diabólico espíritu 350
invoca el infiel!
HERNANDO Venid, venid, que no os temo
y río de vuestra saña,
que el infierno me acompaña
con su mágico poder. 355
TODOS ¡Oh! ¡prodigio! ya el blasfemo
se burla de nuestra saña,
que el infierno le acompaña
con su mágico poder.
DIABLOS Ríe, ríe y nada temas 360
que es impotente su saña
y el infierno te acompaña
con su mágico poder.

Este drama lírico se escribió para ejecutarse en el teatro de la Cruz en el año cómico de 1839 a 1840. Las exigencias, acaso justas, del maestro que estaba encargado de escribir la música para el primer acto, me obligaron a trastornarlo de tal manera, que solo han quedado en el que ha de representarse, algunos pocos versos de los contenidos en este.

Imitaciones de nuestros poetas de los siglos XVII y XVIII

Tristeza

Romance

No más pretendas, zagala,
que de amor al triste yugo
otra vez rinda mi frente
ya coronada de luto.

No más amor y placeres, 5
pues al destino le plugo
de mi Elisa los encantos
ocultar en el sepulcro.

Su rostro que en otro tiempo
hacer mis delicias pudo, 10
no ya a mi gloria sonrío
por más que sus gracias busco.

Hora, tan solo tristezas
y recuerdos importunos
aquejan mi triste pecho 15
con mil tormentos agudos.

De mi dicha y mis placeres,
como de un sueño confuso
solo me queda el recuerdo
y este es mi mayor verdugo. 20

La soledad, la tristeza,
del bosque el silencio mudo,
quizá halagan dulcemente
este mi dolor profundo.

Deja, déjame, zagala; 25
que amor en su triste yugo,
fáciles dichas promete,
mas se tornan luego en humo.

El ruiseñor

Romance

No, cuitado ruiseñor,
con tus amantes querellas

interrumpas por la noche
el silencio de las selvas;

que tus trinos melodiosos 5
mi corazón enajenan
con tristes melancolías
y con memorias acerbadas.

También yo con dulces ayes
en mi juventud serena 10
de amor canté las delicias
bien ajeno de tristeza.

Hora, ¡infeliz! ya marchita
mi juventud lisonjera,
de mi pasada ventura 15
solo el recuerdo me queda.

¡Ay! en la flor de mis años
los pesares envenenan
mi corazón, y en mi alma
agudos tormentos penen. 20

Ya pasaron veinte abriles
por mi vida, sin que pueda
contar un momento solo
que no amargasen mis penas.

¿Y qué han sido? Un sueño vago, 25
una confusa apariencia
que solo endulzar pudieron
mis esperanzas ya muertas.

Aun de mi amor desdichado
con impresiones funestas 30
viva está en mi corazón
la memoria siempre tierna.

Felicidad, calma, todo,
todo lo perdí en la tierra...
Hasta mi bien me abandona 35
y en mis males se recrea.

Yo como tú la cantaba
¡O ruiseñor! mil finezas
cuando la noche extendía
en el cielo sus tinieblas. 40

Pero ¡ay! que fueron en vano
mis suspiros, mis ternezas,
que la ingrata no escuchaba
ni el acento de mis quejas.

No cantes más, rui señor, 45
no cantes más, que recuerdas
a mi pecho dolorido
estas memorias funestas.

Y tus trinos dolorosos
mil tormentos me renuevan 50
como una espina punzante
que el corazón me penetra.

La mariposa
Anacreóntica

Veloz mariposilla
que ufana jugueteas
por las sutiles auras
en caprichosas vueltas.

¡Y con azul penacho, 5
erguida tu cabeza
haces vistoso alarde
vagando en la pradera!

¿Buscas flores y buscas
la miel y blanda esencia 10
en la erguida corona
de rosas y azucenas?

¡Ah! no... su miel sabrosa
no es tan dulce y suprema.
Cual la que exhala el labio 15
de mi adorada prenda.

Admira su fragancia
y bebe placentera
la miel que tú gustares
que es un panal su lengua. 20

Hora que adormecida

con mis amores sueña,
sin temor de sus ojos
con lento vuelo llega.

Llega y en torno un rato, 25
tímida voltejea,
batiendo tus alitas
que resuellen apenas.

Toca, toca sus labios
el que el amor se alberga, 30
y ufana te embebece
en su olorosa esencia.

Apura, mariposa,
apura cuanto quieras,
que es veneno inexhausto 35
tu boca dulce y leda.

¡Qué! ¿picas sus mejillas?
¡Insensata! no creas
que son fragantes rosas
por más que lo parezcan. 40

No toques sus ojuelos;
¡ay! mira que te acercas
a un sol que te abrasara
si los abriese apenas.

Huye, mariposilla, 45
o de tu audacia ciega
recibirás el premio
con una muerte cierta:

pues donde quier que miran
cual rayos centellean, 50
y abrasarán tus alas
como mi pecho quemán.

A una ingrata
Canción

Memorias dolorosas
de mi traidora amante,
huid de mí un instante,

dejadme por piedad.

¡No más ya de sus ojos 5
veré la luz serena!...
La suerte me condena
a eterna soledad.

¿Es cierto? ¡yo te pierdo,
y en noche tenebrosa 10
tu imagen deliciosa
jamás contemplaré!

¡Así mi amor se paga
con tan ingrato olvido!
¡Y tal el premio ha sido 15
de mi constante fe!

¡Ay! ¡tu rigor injusto
me arranca de tus brazos,
rompiendo así los lazos
de nuestro mutuo amor! 20

¡Mal haya quien insano
con esperanza ciega
su corazón entrega
para tan gran rigor!

¡Oh! pero el cielo acaso 25
burlando tu esperanza
dame la venganza
de tu traición cruel.

Y pronto acaso, un día
llorarás, mujer triste, 30
el alma que perdiste,
siempre constante y fiel.

Pero aunque tarde fuere
y aunque llore ofendido
de ese tu injusto olvido 35
la negra sin razón.

¡Oh! vuelve a mí: en el pecho
qué amar constante sabe
jamás el odio cabe,
y olvida tu traición. 40

¿Qué fue del sol brillante
que en su luciente carro majestuoso
con inexhausto fuego luminoso
brilló en el ancho cielo?
¿Del disco fulminante 5
que con pausado vuelo,
por la rosada esfera
de oro y carmín bordaba su carrera?

Ya trémulo y riente
en el ocaso dispó su lumbré, 10
mientras del cielo en la eminente cumbre
la noche con agrado
arrastra dulcemente
su carro pavonado,
y su fuente derrama 15
torrente puro de argentada llama.

Ese espacio anchuroso
que en sosegada calma se adormece,
a mis ojos atónitos ofrece
su inmensidad oscura, 20
y el disco luminoso
colmado en lumbré pura
de la luna argentada,
los rayos vibra de su luz prestada.

Sereno y dulce el viento 25
conmueve mansamente el éter vago,
y resbalando en soñoliento halago
bate sus tenues alas
con su murmullo lento,
y las brillantes galas 30
de que se adorna el prado
sella con blando beso regalado.

Ya mece voluptuoso
de las cándidas violas la corona
o ya sus verdes tallos eslabona 35
revolando agitado;
ya alegre y bullicioso,
ya trémulo y cansado,
y a todas partes gira,
y con arrullos de placer suspira. 40

Los árboles sombrosos
sacuden ya sus ramas extendidas
por el viento cien veces conmovidas,

y en su verdor naciente
los rayos luminosos 45
de la luna esplendente
reflejan su luz pura
corriendo el velo de la sombra oscura.

Ya las pintadas flores
por el calor del día desmayadas 50
sus vástagos levantan animadas,
y con lánguido beso
dulce con mil olores,
el céfiro travieso
en sus corolas toma 55
porción fragante de sutil aroma.

El ruiseñor en tanto
cantando de su amor el blando fuego
aqueja triste con doliente ruego
a su bien desdeñoso. 60
¡Oh! ¡qué sonoro canto!
¡Qué acento melodioso!
Cual su dulce gemido
con tristísimo son hierde mi oído.

Canta, canta avecilla, 65
y recrea mi oído placentero
con tu trinar acorde y lisonjero.
Canta la dulce gloria
de tu pasión sencilla,
y halaga mi memoria 70
que estática, embebida,
de su existencia y su dolor se olvida.

¡Cuánta y cuánta belleza!
La luz cruzando entre la niebla umbría
calma el espanto de la noche fría 75
con brillo inexplicable.
¡Qué elevada grandeza!
¡Qué delicia inefable!
¡Qué inexhausto torrente
de alegría y de amor mi pecho siente! 80

¡Elévate, alma mía,
atónita a admirar en su riqueza
tanta sublimidad, tanta belleza!
Contempla enajenada
la majestad sombría 85

de la noche callada,
y el tenebroso velo
que horror difunde por el ancho cielo.

Contempla la hermosura
del plateado disco luminoso, 90
de esa antorcha de aspecto misterioso,
qué pálida mostrando
su luz tranquila y pura,
en el reposo blando
parece desmayada 95
su faz velando en gasa nacarada.

¡Oh noche! ¡cuán sublime
es el placer que infundes, soberano,
al extender tu poderosa mano!
Contigo el desgraciado 100
que entre dolores gime
consulta su cruel hado:
ledo el sabio te admira,
y en ti medita, pues tu horror le inspira.

Salud, ¡oh noche hermosa! 105
Serena noche, cuya faz augusta
al bueno place, ¡al delincuente asusta!
¡Salud! y el alma mía
siempre admire dichosa
tu majestad sombría, 110
y goce en tu influencia
el sublime placer de la inocencia.

Abandono

Idilio

Mil veces me miró la noche fría
sola en el yermo, mustia, desolada,
y de mi tierno amante separada
triste buscarle por la selva umbría
de pena traspasada. 5

Errante vago por la selva y monte:
importunan mis quejas a los vientos,
y vagan desdichados mis lamentos,
perdiéndose en el lúgubre horizonte
con tétricos acentos. 10

Triste, sola, sin guía y sin camino
la dura tierra piso enajenada:
del hielo y de la escarcha maltratada
siento mi planta vacilar contino
y caigo horrorizada. 15

¿Qué fue de mi esperanza lisonjera,
de mi dulce esperanza encantadora?
¡Ay! ¡todo, todo me faltó en un hora!...
Como niebla falaz huyó ligera
de males precursora. 20

Abandonada aquí del amor mío
penas sin cuento en mi interior devoro,
y sus recuerdos que insensata adoro
me arrancan con insano desvarío
las lágrimas que lloro. 25

¡Triste de mí, porque escuché en mal hora
suspiros de un amor tan bien fingido!
¡Triste de mí! ¡que en pago merecido
premiaron mi pasión abrasadora
con tan ingrato olvido! 30

¡Oh! maldito del cielo y de la tierra
quien burla así cruel de fe tan pura,
y maldito el que así con amargura
marchito infiel cuanto mi pecho encierra
de amor y de ternura. 35

La calma
Soneto

No vi la pompa de dorada cuna
mecer mi infancia ni halagar mis días,
ni vi prestarse a las pasiones mías
el celo encantador de la fortuna.

Jamás mi mente en esperanza alguna
se alimentó de locas fantasías.
Ni mi sueño entre imágenes sombrías
turbara la ambición, negra, importuna.

¡Pero en pobreza mísera la suerte

guardo a mi afán un término medido 10
y un corazón en la desgracia fuerte!

De este modo mi anhelo reducido,
¿qué tener debo el hora de mi muerte
si más felicidad no he conocido?

A la aurora

Himno

¡Ven, ven, plácida aurora!
Mensajera de paz, brilla esplendente
con faz encantadora,
velando tu alba frente
de pura llama en fúlgido torrente. 5

De nubes circundada,
la túnica de rosa desplegando,
de la noche callada
las sombras ahuyentando,
alzas, aurora, el rostro venerando. 10

Y te aplauden las aves
con melodioso canto no aprendido
en tonos mil, suaves,
y con blando gemido
suspira el aura en el vergel florido. 15

El prado reverdece,
las flores alzan su corola hermosa,
y tu mano la ofrece
con lluvia deliciosa
nuevo matiz a la purpúrea rosa. 20

De flores coronada
sales prestando al congojado suelo
la quietud anhelada,
y extiendes por el cielo
de nácar y oro el transparente velo. 25

El primer amor
Letrilla

¡Ay! ya palpitar
mi pecho se siente,
que niña inocente
también sé yo amar.

Pasó en un momento 5
mi plácida calma,
dejando en el alma
de amor el tormento,
que crudo aquí siento
mi pecho abrasar. 10
-Que niña inocente
también sé yo amar.

Por el monte y prado
yo libre solía
llevar por el día 15
mi manso ganado,
y hoy solo a mi amado
me sé encaminar.
-Que niña inocente
también sé yo amar. 20

Tal vez la venida
canté de la aurora,
que el prado colora
y al campo da vida,
y hoy, solo embebida 25
amor sé cantar.
-Que niña inocente
también sé yo amar.

Mas ¡ay! que si adoro
con tanta ternura, 30
también sin ventura
mil ansias devoro,
y trémula lloro
con largo afanar.
-Que niña inocente 35
también sé yo amar.

Placer de los cielos
te juzga engañado.
Quien nunca ha gustado,
amor, tus desvelos, 40
quien nunca en mis celos
sintiose quemar.

-Que niña inocente
también yo sé amar.

¡Y ansiosa aunque veo 45
tus ansias y abrojos,
te siguen mis ojos
con tierno deseo!
No sé si te creo,
mas no sé dudar. 50
-Que niña inocente
tan solo sé amar.

Cuan otras mis horas
pasaban serenas
sin sustos ni penas 55
de quejas traidoras,
y hoy sufres y lloras
con duelo sin par.
-¡Oh niña inocente
que sabes ya amar! 60

A la muerte de E***

Soneto

¡Rosa marchita que en tu bella aurora
víctima fuiste del rigor del hado!
¡Flor malograda que con ceño airado
la parca horrible desoló traidora!

¡Oh! ¡cuánto has sido triste! en vano llora 5
siempre Dalmiro en tu sepulcro helado,
que a cada instante un eco desmayado,
murió, me dice, tu infeliz pastora.

¡Y no más la veré! ¡terrible pena!
¡Y no más en su rostro la sonrisa 10
hará mi encanto, de delicias llena!

¡Oh! ¡dura suerte! ¡obligación precisa!
¡Que ya más no veré su faz serena!
Que ya no existe mi adorada Elisa.

La soledad

Elegía

Ya las gastadas cuerdas de mi lira
no suenan dulces, ni del mar de Alcides
doman las olas acallando el Euro.
En mi pecho se agitan las pasiones
luchando con furor, el seno hinchando 5
que las abriga mísero, y resuenan
como las olas que furiosas batan
de la alta Cádiz los soberbios muros.

Ni ya la primavera con sus flores
borda los campos do el amor un día 10
oyó en sus aras apacibles quejas.
Helado viento, de la blanca rosa
la belleza agostó: la parda sombra
con manto triste sorprendió las selvas.
Lúgubres cantos, dolorosos ayes 15
oigo do quier: ¡las aves en el bosque
lloran su amor perdido, y yo, cuitado!
Lloro también y lloro sin consuelo.
¡Ay! ¡el rumor confuso de los vientos
anuncia tempestad! el viento ronco 20
brama del monte en las cavernas hondas.

¿Pero qué turbia luz brilla en el cielo?
¿Qué ráfagas tristísimas? la esfera
de su lóbrego seno lanza airada
fantasmas de terror, ¡negras visiones! 25
¡Entre las nubes, raudo centellea
cárdeno rayo que su seno hiende
y estalla con pavor! luego entre sombras
la tierra calla con temor profundo.

¡Presagio funeral! ¡silencio triste! 30
En otro tiempo, en otro, vuestro ceño
mi pecho enajenó, cuando entre sombras
misterioso el amor hizo mi dicha.
Entonces, yo contento en mis cadenas
vuestras tinieblas disfrutar quería... 35
Hoy, todo aumenta sin cesar, mis penas;
hoy, todo es negro a la congoja mía.

¡Y así me dejas, Laura! Tus encantos
en otro suelo brillarán, en otro
más que estos campos tristes, ¡afortunado! 40
Ayer eras mi bien, ayer gozosa

eras la luz que mi pasión seguía,
hermosa cual la flor en los desiertos
o como estrella que brilló entre nubes
pasado el huracán.

Ya mis querellas 45
se pierden entre el lóbrego silencio
y tú no escuchas mis dolientes ayes.
Ya ni mi llanto ni el cantar sombrío
me tornarán mi bien: doliente el eco
aquí en la orilla fugitivo expira 50
o allá á lo lejos en el bosque umbroso.

¡Memorias de dolor! ¡en aquel tiempo
era la noche bella y apacible!
¡El céfiro la copa sonadora
del alto roble, trémulo mecía, 55
entre juncos y flores agitando
su vuelo encantador! Ya las tinieblas
sorprendieron con alas silenciosas
la luz nocturna en su fanal de plata,
y del céfiro en vez, silva furioso 60
ábrego fiero en árbol deshojado.

Todo cambió: mi pecho enamorado
tranquilo estaba en apacible calma
¡y hoy devorado de dolor se agita!
Hoy ya la imagen de mi bien querido 65
se me presenta en sueños engañosos
burlando mi aflicción: rápida empero
luego se oculta entre tinieblas frías.
En otro tiempo su beldad, sus gracias
mis ojos de placer embelesaron 70
no como sombra que fingió la mente.
Su blanco seno, su purpúrea boca,
y sus ojos de amor, nunca evitaban
mi dulce halago, ni las ansias mías
así evitaban, mi querer burlando. 75

¡Ay! todo horror es ya, y hasta el recuerdo
de mi pasado bien es doloroso.
Mis ojos eclipsados con el llanto
ya aborrecen la luz, y ansioso gimo
en mustia soledad sin esperanza. 80
Rosa infelice que en el valle agita
furioso vendaval, la mustia frente
al suelo inclino con amargo llanto.

Aquí, cuando la noche silenciosa
su carro arrastra de ébano entre nubes 85
ahuyentando la luz, la tortolilla
con triste arrullo su viudez lamenta.
De la lechuza el canto solitario
allá de lejos en el bosque umbrío
triste resuena con medroso acento. 90
El silencio, el terror de las tinieblas
hielan mi sangre y en mi pecho ahogan
el ¡ay! de llanto que exhalar pretendo.
Ya sin fuerzas mis plantas titubean,
y ciego por la selva solitaria 95
luchando voy con mis memorias tristes.
¡Vuelve, pasado bien, vierte en el alma
de un desdichado tu apacible sueño!
¡Vuélveme ya la suspirada calma
que en larga ausencia me robó mi dueño! 100

¡Funesta ausencia! malhadado día
en que dejaste ¡ay Laura! ¡tus hogares
para jamás tornar! sin ti desierta
está de Cádiz la funesta orilla,
y ¡oh! ¡cuantas veces de su margen triste 105
ya piso las arenas, lamentando
con largo afán la libertad perdida!
¡Cuántas la noche sollozar me oyera
su negro manto desplegando, y cuántas
lloró sus penas a la par conmigo 110
cantando el ruiseñor! la margen muda
oyó su canto con silencio triste.

¡Negro silencio! ¡pavorosa noche!
¡Las sombras que me ofuscan y rodean
son présagos de mal! tétrico el búho 115
su canto empieza con clamor horrible.

Ya no hay consuelo para mí: los vientos
bramando con furor, la rosa agostan
que fue del prado la delicia, y secan
su penacho de nácar. ¡Ay! ¡los hados 120
marchitaron así con mano cruda
mi juventud, mi paz y mis amores,
rosas que el euro desoló! ¡mi llanto,
mi llanto solo y mi dolor os queda!
Vosotras, otro tiempo mis delicias, 125
no existís para mí: la paz amiga,

el inefable encanto que vosotras
me inspirasteis risueñas ¡ay! volaron,
volaron tristes como sombras leves.

Ya no más os veré: ¡desamparado, 130
sin consuelo ni paz, vivo tan solo
para llorar los plácidos momentos
que con vosotras disfrutaba un día!
¡Ah! ya mi pecho de gemir cansado
respira apenas con mortal fatiga, 135
y aún maldice el momento desgraciado
que me privara de mi dulce amiga.

A Dios, ¡Laura infeliz! mientras huyendo
del seno de tu amor surcar los mares
tu faz de rosa en lágrimas bañada, 140
yo, yo cuitado, de dolor expiro.
¡Con funesto rigor la suerte impía
hoy me ha robado tu beldad que adoro!...
No cese nunca el canto de agonía;
jamás se extinga mi incesante lloro. 145

Fingal

Fantasia dramática en cinco actos

Personajes

RINO, rey de Caledonia.

FINGAL, su hijo.

BOSMINA.

DUTCARON.

SORGLAN.

Guerreros.

Bardos.

Espíritu 1°.

Espíritu 2°.

La época pertenece a la historia antigua de los pueblos celtas. La acción pasa en un bosque inmediato a Selma, cuyos muros se dejan ver a lo lejos. Algunas tumbas esparcidas sin orden, y una de ellas más hacia el proscenio, delante de la cual aparece arrodillada BOSMINA.

Acto primero

Escena I

BOSMINA ¡Ya no más te veré, querida madre
de Bosmina infeliz! nunca tu seno
a estrechar volveré; ni más la calma
veré dichosa en tu regazo ledó.
Por siempre te perdí: sola, aquejada 5
de cruda pena y de dolor acervo,
sobre la tumba que tus restos guarda
amargo llanto de ternura vierto.
Aquí en el seno de la huesa fría
te escondes por mi mal: ya no te veo 10
por la selva vagar. Tu vida oculta
velo espantoso de eternal misterio.
Salud y gloria en el celeste espacio
por siempre goces y descanso eterno:
salud, querida madre, mientras lloro 15
sobre esta losa de presagio horrendo.

Escena II

Dicha, SORGLAN.

SORGLAN Hija de Morna: si en tu mal la suerte
su vida te robó, no en llanto eterno
estén tus ojos sin cesar bañados:
abre a la paz tu desolado pecho. 20
Ella goza la dicha inalterable,
la gloria inmensa concedida al bueno,
y en nube celestial sobre ti vaga
de luz cercada y esplendor risueño.
BOSMINA ¡Ay! dejadme llorar: el hado impío 25
me privó del apoyo, del consuelo
que pudo hacer mi dicha: abandonada
en mísera orfandad, ¿adónde vuelvo
mis ojos tristes que el horror no encuentre?
Dejad que lllore mi dolor acervo. 30
Sola en la tierra, ignoro todavía,
¡ay! quien mi padre fue: pudiera al menos
estrecharle en mis brazos; ¡tributarle

de padre el nombre en amoroso acento!
¿Y cuándo, cuándo romperán mis ansias 35
ese tenaz y misterioso velo
que oculta mi nacer? Mi madre acaso
mil veces intentó de este misterio
el secreto romper; mas la palabra
quedaba helada entre sus labios yertos. 40

SORGLAN ¿Nada, nada aclaró?

BOSMINA Cuando la muerte

languidecía con eterno sueño
sus ojos ya eclipsados, «¡hija mía!»
dijo con triste voz... «Guárdete el cielo
a ser más venturosa que esta madre, 45
víctima triste del destino adverso.
No nací en Selma, que en Loclin he visto
de mis mayores el alcázar regio
y su diadema altiva y poderosa
la frente esclareció de tus abuelos. 50
¡Ay! ¡cuántos malos tus serenos días
vendrán a envenenar! ¡cuántos tormentos!
Ven a la tumba, ven; allí se goza
solo la paz en el eterno suelo.»

Entonces, con sus manos me estrechaba 55
cual si quisiera en su afanoso anhelo
arrastrarme al sepulcro... para siempre...
Allí... ¡exclamaba en dolorido acento!...
Allí... sus ojos espantados brillan,
vuelve a mirarme con dolor gimiendo; 60
el rostro torna, y por sus venas frías
rápido corre de la muerte el hielo.
Exánime la vi, pálida, yerta...
Y vivo yo... ¡infeliz! Y el hado al menos
piadoso a mis pesares, no me arranca 65
a esta vida execrable que aborrezco.

SORGLAN Modera tu dolor: quizá la dicha
tiende su mano a tu destino adverso.
Corren tus días por la amarga senda
del llanto y del dolor, desvaneciendo 70
esa belleza celestial...

BOSMINA ¡Amigo!

¿De qué me sirve recibir del cielo
estos encantos, ¡ay! cuando me roban
de mi cariño el amoroso objeto?
Yo le amaba, Sorglan, yo le adoraba, 75
y él ¡infeliz! de mi presencia huyendo,
En vez de mis caricias inocentes
buscó la guerra en extranjero suelo.

Mil y mil veces demandé llorosa
mi suspirado amor, y mil corriendo 80
allí del Morven por la opaca cima,
dominando los mares turbulentos,
esperaba su vuelta; pero en vano:
el desoyó mis angustiados ecos,
y nueva pena atribuló mi alma 85
dando mi bien y mi esperanza al viento.

SORGLAN ¿Ves cuán sin causa tu dolor aumentas?
Él pronto ya a volver.

BOSMINA No lisonjero
halagues mi dolor: sé que no es dado
alivio alguno a mi fatal tormento. 90

SORGLAN No lo debes dudar; la infanda guerra
alza iracundo su estandarte fiero
delante de Inistor. Quizá la fama
llevó ligera de la patria el riesgo
a los valientes que en Loclin combaten, 95
y a libertarla del romano acero
ansiosos corren, y Fingal los sigue,
y viene a mitigar tu llanto acervo.

BOSMINA Quién sabe... acaso en la tremenda lucha...
¡Qué presagio fatídico y funesto! 100
¡Ay Sorglan! no me es dado imaginarlo
sin que se llene de terror mi pecho.
¿Qué me queda por fin... abandonada,
di, qué me resta si Fingal ha muerto?

SORGLAN Tú aumentas tu dolor con esa imagen 105
ilusorio y falaz. ¿Por qué tu pecho
solo busca el horror?

BOSMINA Porque en él hallo
toda mi dicha, todo mi consuelo.
La tristeza me es dulce, y aquí busco
en mustia soledad mi bien supremo. 110
Aquí lloro la paz que ya he perdido,
y mi antiguo placer demando al cielo.

SORGLAN Mas que rumor...

BOSMINA Sorglan, son los valientes,
¡los hijos de Inistor!

SORGLAN Ellos son, ellos.
Los fuertes, los magnánimos... de gozo 115
quiere salirse el corazón del pecho.

Escena III

Dichos, RINO y guerreros que se ven desfilar por el monte. Queda RINO en la escena.

RINO Suelo donde nací, yo te saludo:
tras largos años a pisarte vuelvo,
tras largos años que en defensa tuya
sangrientas lides excitar me vieron. 120
¡Belleza angelical! así era hermosa
La prenda de mi amor: así en un tiempo
en su amoroso y celestial semblante
brilló la gracia del placer risueño.
¡Hija querida!... ¿si tu amante padre 125
a verte tornará?.. ¡qué miro! ¿es cierto?..
Sorglan...

SORGLAN Mi rey.

RINO ¡Bosmina! ¡amigos míos!

¡Mis hijos, mi placer! ¡al fin os veo!
Al fin en vuestros brazos estrechado
piadoso atiende a mi querer el cielo. 130
Gracias os doy, espíritus divinos,
que vuestro brazo sobre mí extendiendo
y escuchando mis súplicas ardientes
hacéis mi dicha en tan feliz momento.
Hoy que la patria mi favor demanda 135
su grito escucho, y a su ayuda vuelo
en la mano el laurel de la victoria,
pero de sangre y de dolor cubierto.

.....

.....

¡Cuántos hijos y madres desoladas
hoy llorarán en abandono eterno 140
la pérdida del padre y del esposo
que allá en los campos de Loclin cayeron!
¡Cuántos que apenas la risueña aurora
vieron de su existir! Cayó el guerrero:
de sus huellas en vez se advierten solo 145
tristeza y luto en el hogar desierto.
Hoy otra lucha negra se prepara
quizá de más horror. ¡Y también debo
a la lid conducirlos, a la muerte!
¡Triste deber de ingrato ministerio! 150
Mas... ¿qué miro? ¡Tus ojos inundados
en lágrimas están!... tu rostro bello
ya pálido y marchito... ¿cuál congoja
puede afligir tu lastimado pecho?

BOSMINA Negro pesar oprime el alma mía: 155
dejad que lllore con dolor acervo.

RINO ¿Y Morna?

BOSMINA ¡Por piedad!

Dichos, menos BOSMINA.

RINO No me es dado acceder: tú bien lo sabes
cual es mi corazón, cual mi deseo,
y cual amo a los dos; pero Bosmina...

No, yo sus males mitigar no puedo.

SORGLAN ¿Cuál motivo, señor?

RINO El hijo mío 195

mil y mil veces con amante ruego
mi piedad imploró; pero ignoraba
todo el horror de tan fatal misterio.
Sus angustiadas súplicas, sus quejas
tal vez llenaron mi afligido pecho 200
de congoja mortal, y no podía
sus negros males mitigar al menos.

Mil veces le encontré pálido, mustio
En la margen del Loda turbulento
al peso de sus ansias agobiado: 205
y mil y mil los montes recorriendo,
con espantosos ayes, sus congojas,
sus negras ansias explicaba al viento.

SORGLAN ¿No hay un medio, señor?

RINO No... Su destino

es horrible quizá... su mal es cierto. 210
No es tiempo de ocultarlo: en largos años
guardé en mi pecho tan fatal misterio
por su amor, por su bien. Hora que yace
de la tumba en el lóbrego silencio
para siempre jamás, debo explicarte 215
todo el horror de mi destino adverso.
Ha largos años que la infanda guerra
alzó en Loclin el estandarte fiero,
de Inistor amagando las riberas.

Fiera y terrible cual la voz del trueno, 220
la voz de destrucción salva los mares
y a la lid se aperciben mis guerreros.
Vencí las huestes de Esnivan: persigo
hasta Loclin sus miserables restos,
que allá llevaron llanto y exterminio 225
si acá la guerra y el furor trajeron.

Allí la bella Morna residía,
la hija de Esnivan: ¡yo quedé ciego
al contemplar sus gracias! ¡Si la vieses
bañada en llanto, triste y sin consuelo, 230
por su padre y su patria demandando
la dulce paz con ayes lastimeros!
Sublime y bella me robó la calma

yo la paz la otorgué. De Morna empero
probé la gratitud, y sus caricias, 235
su dulce amor mi recompensa fueron.
Ven (la dije) a mi patria: allí te esperan,
la ventura, el amor: un lazo eterno
me estrechaba a la tierna Eviralina,
pero nada miré. Mi error funesto 240
condujo a Morna al hondo precipicio,
y huyó por siempre del hogar paterno.
Así ha vivido dilatados años
mi seducción y engaños maldiciendo,
y arrastrando a la tumba silenciosa 245
su deshonor y eterno vilipendio.

SORGLAN ¿Y Bosmina?...

RINO Es el fruto desgraciado
de un insensato amor.

SORGLAN Nunca pudieron
saber los de Loclin...

RINO Nunca; mi amada
en su penar hasta la luz huyendo, 250
de su padre burló la vigilancia.
¿Cómo tornar de su familia al seno,
tras del funesto crimen, y cubierta
de oprobio y deshonor? ¿Dónde el desprecio
o la muerte quizá le guardaría 255
el fiero orgullo de Esnivan soberbio?
Tú lo sabes: los valles solitarios
fieles testigos de su llanto fueron:
la triste soledad, mas apacible
era a sus ojos que el rumor del pueblo. 260
Así escondió su vergonzosa afrenta...

SORGLAN Mas no pueden saber...

RINO Sorglan, muy presto.

Yo la arranqué del seno venturoso
donde sus días plácidos corrieron,
donde la paz, la dicha inalterable 265
¡Ay! halagaron su inocente pecho.
De su dulce virtud desposeída
cubrí de flores el abismo horrendo
donde sus ojos, de terror pasmados,
el negro engaño, pero tarde, vieron. 270

SORGLAN Pero el pueblo quizá vuestra presencia
anhelando estará. Tras tanto tiempo,
tras de seis años de gloriosa lucha,
os espera, Señor.

RINO Dignos son ellos
de otro rey más feliz.

SORGLAN
cese vuestro dolor.

Cese el quebranto, 275

RINO

Sorglan... marchemos.

Acto segundo

Escena I

BOSMINA, con un ramo de flores que deja sobre la tumba.

BOSMINA No os marchitéis, ¡oh flores venturosas!

Ornad la tumba del objeto amado
con dulce placidez. Tributo puro
que previno amoroso mi conato.
¿Quién sufrió como yo? Por todas partes 5
tristes me cercan confusión y llanto.
Madre mía, ¿por qué me abandonaste?
¿Por qué en triste orfandad y desamparo
dejas sumida a la infeliz Bosmina?
Ven a mi voz, consuela mi quebranto. 10

Escena II

Dicha, DUTCARON.

DUTCARON Allí está: gime... ¡de su tierna madre
abandonada la infeliz!.. en vano
llora su muerte, que jamás la tumba
el bien le tornará que le ha robado.
¡Qué apacible es su rostro! ¡Cómo brilla 15
muy más sublime en su apenado llanto!
Hija de Morna...

BOSMINA Dutcaron...

DUTCARON ¿Tú temes?

BOSMINA ¿Sois vos?... idos de aquí... no importunando
con vuestras quejas mi afligido pecho
dobléis mi pena y mi tormento amargo. 20

DUTCARON ¡Ingrata siempre!

BOSMINA En tan funesto sitio
llorosa cumplo mi deber sagrado,
dejadme por piedad... en esa tumba...
Allí descansa. En días tan aciagos

¿de amor habláis a la infeliz Bosmina? 25

DUTCARON Tan respetable sitio no profano.

Puro es mi amor cual tu virtud es pura;
pero aunque ciego amante te idolatro,
de tu orgullosa obstinación recibo
negras repulsas de mi amor en pago. 30

BOSMINA ¿Qué pretendéis en fin?... de mis amores

y de mi corazón ya no me es dado
arbitra disponer. Ya mis promesas
de amor al yugo mi cerviz ataron.
Yo no debo ocultarlo por más tiempo, 35

¿qué podéis esperar? Hoy ya tornando
con dulce afán tras de horrorosa lucha,
tal vez saluda los hogares patrios.

DUTCARON Otro objeto, otro amor... por eso ingrata,

por eso desdeñaste mis halagos. 40

¡Y qué! ¿Un feliz rival ha merecido
gozar la dicha que esperaba en vano?

Un rival... ¡oh baldón! Y tú infelice...

BOSMINA ¡Ah! qué extraño furor...

DUTCARON ¡Yo despreciado!

No más sufrir. Si en días más felices 45

pude esperar de tu desdén ingrato
la saña mitigar, si yo anhelaba
gozar tu amor en plácido descanso

mi esperanza voló. Solo me resta
en premio de mi afán, eterno llanto. 50

No... llanto no... y a mi pesar... ¡Bosmina!

A mi pesar te admiro y te idolatro.

¿Y he de mirar tranquilo que se goza
un rival insolente y temerario
en las gracias que adoro, y yo suspire 55

lejos de ti, sus glorias envidiando?

No, no será: primero ha de arrancarme

tu imagen adorada y tus encantos

que aquí fijos están. Antes me vea

yerto en la tumba que me alzó su mano. 60

Tema, tema mi cólera: el impío

que así tu corazón ha fascinado

no gozará de su maldad el fruto.

BOSMINA ¡Dutcaron! ¡Dutcaron!

DUTCARON ¿Temes acaso

por su vida? El audaz que me provoca 65

su impuro amor defenderá esforzado?

BOSMINA Fuerte es su brazo en la tremenda lucha,

fiero y terrible como el negro rayo.

Con dulce afán, hoy torna victorioso

Dicha, FINGAL por el monte, dice los primeros versos antes de bajar. Vendrá seguido de algunos guerreros, que a una señal suya marcharán por la derecha.

FINGAL Al fin te vuelvo a ver ¡oh patria mía!

Suelo de paz donde mis verdes años
en plácida quietud y regocijo
viera correr cual fugitivo rayo. 110

Al fin te vuelvo a ver... ¡Pero Bosmina!

BOSMINA Él es, él es Fingal...

FINGAL (A los soldados.) Mi bien... marchaos...

¿Y es verdad?... ¿y es verdad?... ¿y yo dichoso
hora te estrecho en mis amantes brazos?

BOSMINA No extrañes mi dolor.

FINGAL Ya a mis oídos 115

llegó la causa de tu amargo llanto.

Al fin te veo: al fin a mis pesares
el término llegó tan deseado.

¡Cuántas veces en medio de las lides,
en medio de la muerte y sus estragos 120

Fingal ansió este día: al contemplarme
lejos de ti, privado de tus brazos,
se marchitó el laurel de mis victorias,
se oscureció la pompa de mis lauros!

BOSMINA ¡Ay! que tu padre inexorable intenta 125

separarme de ti... Yo lo he notado...

Al hablarle Sorglan de mi cariño,
fue repelido, y... le rogaba en vano.

FINGAL Mi padre... es cierto, a mi querer se opone:

mas nadie, nadie del objeto amado 130

me podrá separar. Lance la guerra
segunda vez su fulminante rayo,
que en muelle paz reposará tu amante
lejos por siempre de la pompa y lauros.

Pompa ficticia, lauros que los hombres 135
con sangre, ruina y destrucción compraron:

¡ay lejos de mis ojos! Mayor dicha,
mayor felicidad entre tus brazos

me reservaba amor, y yo te juro
nunca jamás volver a abandonarlos. 140

Oigan los cielos mi alto juramento,
y el rayo eterno con furor vibrando,
si olvidare tu amor me hundan por siempre
allá en el seno del sepulcro helado.

Vague en la tierra si perjuro fuese 145
de asombro lleno, de aflicción y espanto,
y huyan de mí los hombres y me nieguen
con odio eterno su piedad y amparo.

¿Tras de tanto anhelar yo fuera impío?
Mil veces en la margen reposando 150
del undoso Gormal, odiaba el sueño
en tu memoria absorto, enajenado.
Si con estruendo rápido la muerte
veloz corría en el confuso campo,
en medio de la lucha tu memoria 155
era todo mi bien. Ella mi brazo
teñido en sangre al triunfo dirigía
¡cuántas veces tornar al suelo patrio
ansió mi corazón! En la ribera
absorto vi los mares dilatados 160
que en días para siempre dolorosos
de mi prenda de amor me separaron.
Allí esta, me decía, allí demanda
por su amante infeliz, y pide en vano:
quizá no tornará. Tal vez descubra 165
la parda nube en el oscuro ocaso
allá de Cromla en la empinada cima,
y fascinada, mi ligera nao
la juzgo con placer; pero deshecha
cual pronta luz en el espacio vano, 170
la agradable ilusión se desvanece,
el corazón desmaya atribulado
y torna a su pesar. Por fin nos llama
la cruda guerra al suelo que anhelando
estuve en mi dolor: amenazada 175
la patria nuestra del feroz romano,
¡oh! con cuanto placer a libertarla
Fingal corrió por disfrutar tu lado.

BOSMINA El cielo cada vez más implacable,
más duro cada vez, por largos años 180
se obstinó en perseguirnos; pero nada
puede ya ser bastante a separarnos.
Nada.

FINGAL ¡Bosmina!

BOSMINA De la dura suerte
la incertidumbre odiosa he superado;
pero mi corazón ¡cuánto ha sufrido! 185
Yo mil veces temí: funesto llanto
a tu incierta fortuna dirigía
a mis amores y a tu fin aciago.
Cuántas veces en sueños te ofreciste
a mis ojos herido y expirando, 190
la palidez pintada en tu semblante.
¡Bosmina! me dijiste atribulado:
yo a tus caricias preferí la muerte...

¿Por qué tu seno abandoné insensato?
 FINGAL Ya no debes temer.
 BOSMINA ¡Pluguiese al cielo! 195
 Hoy mas que nunca con mi horror batalló:
 ni aquí seguro estás.
 FINGAL Pero qué causa...
 Di... ¿quién osará?...
 BOSMINA De tu dicha, acaso
 hay alguno envidioso y te amenaza.
 Teme Fingal...
 FINGAL ¿Quién es el temerario? 200
 Di. ¿Quién osado mi furor provoca?...
 Yo lo quiero saber.
 BOSMINA Es en tu daño.
 ¡Yo tu muerte causar! Por mis amores...
 Pero tu padre... a Dios...
 FINGAL Oye...
 BOSMINA Es en vano.
 FINGAL Yo lo sabré: su temerario orgullo 205
 pronto verás ante mis pies postrado.

Escena V

FINGAL, RINO.

FINGAL Padre mío...
 RINO Fingal. Al fin tus ansias
 de tu pesar el término encontraron;
 tras larga lucha el cielo nos concede
 tornar a ver nuestros hogares patrios. 210
 FINGAL Salud a los espíritus... Píadosos
 tender quisieron su celeste brazo
 sobre las huestes de Inisfel, que ansiosas
 hora saludan los nativos campos.
 Este del hijo las caricias tiernas 215
 disfruta alegre entre sus juegos gratos,
 aquel de amor concibe las delicias
 de su querida en el regazo blando.
 ¡Ay! yo también. Apenas presuroso
 salto en las playas y la cumbre salvo 220
 del árido Morven, me ofrece el cielo
 la dulce vista del objeto amado.
 Cuán bella, más que nunca, se ostentaba
 sobre esa tumba de fatal presagio
 abatida, llorosa, y de su madre 225
 la dulce vida al cielo demandando.

RINO La has visto. ¿Y en tu pecho aún se alimenta
ese funesto amor?

FINGAL Yo la idolatro.

¿Y quién sin adorarla contemplara
su dulce risa, su apacible encanto? 230
¿Funesto amor decís?

RINO ¡Oh si pudieras

el fondo ver de tan terrible arcano!

Temblaras con horror, pero el destino
guarda tu suerte en su abismoso caos,
donde nunca a pasar de sus deseos, 235
las miradas del hombre penetraron.

Yo... soy quizá de tan fatal misterio...

No... nunca sepas más. Sabe que el hado
te guarda negro horror, y que en tus días
eterna maldición está pesando. 240

Maldición, maldición... ¡Oh! nunca llegue
el momento fatal en que irritado
rasgue ya el cielo el velo misterioso
¡ay! con tu error tu paz arrebatando.

FINGAL Rómpase ya: de la inconstante suerte 245

los males con valor he superado,
y antes que tan cruel incertidumbre,
quiero el horror de mi destino aciago.

RINO Teme, teme infeliz... teme la lucha

que el cielo adverso te prepara acaso. 250

Yo velaré sobre tu suerte infausta,
y... yo feliz, si puede mi conato
salvar tus días del fatal abismo
a que un culpable amor te está arrastrando.

FINGAL ¡Con que hasta el cielo mismo se conjura 255

contra mi amor, y el plácido descanso
robándome en la noche, me intimida,
con negro horror mis males anunciando!

RINO ¡Fingal!

FINGAL Escucha, ¡oh padre! y compadece

a este infeliz en su mortal quebranto. 260

El mundo estaba en calma: de las sombras
solo el gemido se escuchaba acaso,
y con vuelo sonante se ofrecían
ante mis ojos, sin cesar girando.

De mis abuelos los ilustres hechos 265

el harpa celebraba de mis bardos
y con dulce clamor se difundía
en la callada selva el eco grato.

De repente un gemido doloroso
hiere mi oído: con horror pasmado 270

alzo la vista atónito, y me ciega
 vivo esplendor de misterioso rayo.
 Una belleza celestial brillaba
 hermosa cual la luz: su seno casto
 era cual nieve del Gormal, empero 275
 marchito el rostro y del dolor sellado.
 Su faz entonces con pavor contemplo,
 y era mi madre ¡ay Dios! que en su conato
 por salvar de Fingal los tristes días,
 así abandona su eternal descanso. 280
 Y lo abandona por mi amor... ¡oh padre!
 Centellaban sus ojos como el astro
 que a la noche preside, mas su brillo
 triste eclipsaba con amargo llanto.
 Gime, suspira, y hacia mí extendiendo 285
 llena de horror sus tremebundas manos,
 ¡hijo!.. me dice, en sepulcral gemido,
 y espira el eco entre sus yertos labios.
 Giraba triste en derredor, sus ojos
 en mí con ansia y con dolor fijando 290
 cual si de algún peligro pretendiese
 salvar el hijo a sus amores caro.
 Mas... súbito sus ojos centellean
 y un grito agudo con furor lanzando,
 muerte... me dice, y muerte repitiendo 295
 huye deshecha en el espacio vano.
 RINO Ya lo ves: ese anuncio misterioso
 quizá es preludio de tu fin aciago,
 y el cielo aún de tu error compadecido
 quiere salvar tus inocentes años. 300
 FINGAL Padre mío...
 RINO Fingal no así te aflijas,
 no te abatas así... tu tierno llanto
 baja a mi corazón cual fuego ardiente
 mis dichas con dolor acibarando.
 Al cielo teme: con tremendo ceño 305
 hora ya vibra el iracundo rayo
 que suena en derredor: con ruego humilde
 quizá desarmes su potente brazo.
 Al hombre miserable en su flaqueza
 solo implorarle con temor le es dado 310
 y la frente humillar.
 FINGAL Padre...
 RINO Hijo mío...
 Deja este sitio, ven.
 FINGAL ¡A Selma!... vamos.

Acto tercero

Escena I

BOSMINA, SORGLAN.

SORGLAN ¿Por qué tanto gemir? ¿Por qué ese llanto?

Tu rostro hermoso con dolor marchito,
en lágrimas tus ojos inundados
tristes explican tu fatal martirio.
Cuando hoy un padre te destina el hado 5
en las virtudes del excelso Rino,
cuando halagüeña tu esperanza brilla
¿gime aún tu pecho del tormento herido?

BOSMINA Nada calma mi angustia esta es mi suerte:

llorar mi pena y sollozar continuo. 10
No me abandona mi dolor: la muerte
aquí me acoge en su regazo amigo,
y me ofrece la paz imperturbable
que allá se goza en el sepulcro frío.
Tiende la calma su apacible mano 15
en este triste y lóbrego recinto,
y enajenado el corazón palpita
de pena y gozo a un tiempo combatido.
¡Ay! solo de mi bien de mis amores
algún consuelo en mi penar recibo 20
en tanto y tanto afán; y esperar puedo
dulce contento hallar en su cariño.

SORGLAN ¡Oh! cual te engañas, nunca, nunca veas
esos deseos por tu mal cumplidos.

Ese insensato amor quizá te arrastra 25
a un insondable y negro precipicio.

BOSMINA ¡Por piedad, explicaos!...

SORGLAN No, no debo...

BOSMINA ¿Cuál a lo menos mi delito ha sido?

No acrecentéis mi horror. ¿Por qué no debo
en mi pecho abrigar el dulce alivio? 30
¿El solo bien que en días tan aciagos
fue la delicia y el contento mío?
Dulce el amor sostuvo mi esperanza

y acá en mi corazón desfallecido
borraba a veces el dolor amargo 35
que en negro cáliz me ofreció el destino.

Él ocupó mi pecho hasta aquel día
en que pluguiera al hado vengativo
de mi madre los días venturosos
arrebatar de su guadaña al filo. 40
Entonces de mi amor nunca olvidado,
y de mis días el placer tranquilo
vino a turbar la paz otra memoria,
memoria llena de dolor activo.

El llanto y la tristeza de mis ojos 45
ya marchitaron el risueño brillo,
y recuerdos funestos y espantosos
turbar pudieron mi placer antiguo.
¿Y tras de tanto afán aún no me es dado
la ventura gozar? ¿Habré perdido 50
mi postrera esperanza? Demostradme
el fondo al menos de tan negro abismo.

SORGLAN ¿Yo pudiera tal vez?... Quizá se oculta
con velo eterno tu final destino;
y... ¡ay de ti si la nube del misterio 55
rasgada al fin, con tenebroso brillo
deja ver a tus ojos espantados
su negro centro con horror sombrío!

BOSMINA ¿Pues para qué nací? ¿Por qué la muerte
no me hirió fiero en el momento mismo 60
en que mis ojos a la luz se abrieron,
a esta luz horrorosa que abomino?
¿Por qué la suerte de engañosas flores
cubrió mi amor con pérfido artificio
en mis días de paz, y hora destroza 65
mi triste pecho con rencor impío?
Mi amor, mis esperanzas, mi consuelo,
ya todo lo perdí: ya no respiro
sino para llorar eternamente
sobre esa tumba de fatal indicio. 70

SORGLAN Tú lo quieres así.

BOSMINA Tal es mi suerte.

SORGLAN Ven... abandona el lúgubre recinto
que aumenta tu dolor: tú misma buscas
su negro espanto con fatal ahínco,

BOSMINA No... que aquí está la calma: aquí buscando 75
algún consuelo en los pesares míos
esta dulce tristeza, este silencio,
tal vez me halagan con placer divino.
Tal vez el llanto... no, no es comparable

del pueblo inmenso el eternal bullicio, 80
a la risueña paz, que se derrama
en este mustio y pavoroso sitio.

Y... ¡oh si me hallase en su sagrado seno
el negro instante de mi fin prescrito,
y pudiese en la tumba de mi madre 85
triste exhalar el último suspiro!

SORGLAN ¡Calla! viene Fingal: ocultar debes
tu llanto, tu pesar.

BOSMINA Él es testigo
de mi invencible afán: él es la causa
caro Sorglan, de mi cruel martirio. 90
Mírale, como yo triste y doliente
de funestos pesares combatido,
inundados sus ojos con el llanto
y en sus facciones su dolor escrito.

Escena II

Dichos, FINGAL.

FINGAL Allí la encontraré... junto al sepulcro. 95
Es ella... te buscaba.

SORGLAN Ven, amigo,
a consolar su pena: ve su rostro
por el negro dolor entristecido.
En vano la recuerdo sus deberes:
siempre abatida en hórrido conflicto, 100
desoye mis consejos, se abandona
con pecho inerme a su dolor esquivo.
Y tú también... ¿Te atreverás acaso
a abrigar en tu pecho ni aun indicios
de un insensato amor?

FINGAL Aún todavía 105
tan dulce llama en mi interior abrigo,
y aquí deberá arder eternamente
hasta que lance el postrimer gemido.
¿Por qué quieren robarme la esperanza
de gozar tanto bien? ¿Con qué motivo 110
me arrancarán de los amantes brazos
de la prenda de amor por quien suspiro?
Si débil fuese, si consiente acaso
que la arrebaten de los brazos míos
todos los males me circundan fieros, 115
el rayo descendiendo en mi castigo.
Y que mi sombra en la callada noche

triste vagando con errante giro
sin consuelo ni paz gima en los cielos
nuncio de mal, con espantoso aullido. 120

SORGLAN ¡Juramento horroroso! ¡y tú, insensato
te atreves a ofrecer al cielo mismo
tu escándalo, tu horror! ¿Y tu pudieras
entregado a un frenético delirio
la desgracia causar del bien que adoras 125
con tu culpable y criminal designio?
¿Vieras con ojos de placer sus días
abandonados en fatal martirio
al llanto y al dolor, y hasta en su frente
el negro oprobio y maldición escritos? 130
¿Cuál nuestra culpa fue, cuál nuestra afrenta?
Pasado el tiempo clamarán tus hijos.
¿Por qué agobian mi frente desdichada
de un obcecado padre los delitos?
Nosotros en la tierra condenados, 135
tristes vagando con incierto giro,
de nuestros padres el alcázar vemos
cuando somos por ellos maldecidos.
¿Y quién la causa fue de tanta pena?
¿Responderás entonces a sus gritos? 140
Tu les dirás... yo fui, yo el insensato
que vuestro mal causé: de mis caprichos
sois víctimas vosotros, inocentes,
y vuestra maldición viene conmigo.

BOSMINA Perspectiva de horror. Con tus palabras 145
siento mi corazón estremecido.
¡Qué! solo maldición...

SORGLAN Tú así lo quieres.

FINGAL Basta, basta, Sorglan: ve su martirio,
no la acongojes más.

SORGLAN Pues bien, rehúsa
escuchar mis consejos: lo repito, 150
será tu mal eterno: el alto cielo
prevendrá con espanto tu castigo.

Escena III

BOSMINA, FINGAL.

BOSMINA ¡Funesta predicción! nunca se cumpla
por tu mal tan horrendo vaticinio.

FINGAL Quieren intimidarme; pero en vano. 155
Alce en buen hora el brazo vengativo

la suerte contra mí: vencer sabremos
del hado adverso el prepotente brío.

BOSMINA Sí, vencerle sabré: mas en mi pecho
en vano triste la esperanza ánimo, 160
y al verte por mi amor tan desgraciado
mis ojos baño en lágrimas continuo.

FINGAL No, no temas por mí.

BOSMINA ¡Cuántos dolores
te reserva mi amor! ¡Y tú has podido
amar a esta infeliz, cuando la cercan 165
por donde quiera malos inauditos?
Abandóname, olvida hasta la imagen
de esta desventurada.

FINGAL ¿Qué has pedido?

BOSMINA Si no puedo ser tuya, si te asedian
por todas partes hórridos peligros, 170
¿por qué te obstinas, di? Pueda yo al menos
saber que eres dichoso: en mi destino
no me queda por fin otra esperanza
que halagar pueda los pesares míos.

FINGAL No te abandonaré: toda mi gloria, 175
todo mi bien en adorarte cifro,
y sin tu amor ni dicha ni consuelo
puede halagar mi corazón herido.
Tú eres sola en la tierra mi esperanza;
cuanto puedo anhelar. Por ti suspiro, 180
y tú difundes plácida en mi pecho.
La dulce calma en que contento vivo.

BOSMINA Y yo juro a la vez idolatrarte
y hasta que lance el último gemido
aquí en mi pecho conservar tu imagen. 185
Pero... tú padre... a Dios.

Escena IV

FINGAL, RINO.

FINGAL ¡Oh! padre mío.

RINO Te buscaba, Fingal: ya nuestras playas
los guerreros de Roma han invadido.
La amenazada patria hoy deposita
su libertad en nuestro fuerte brío. 190
Ya a la lucha terrible se preparan
los hijos de Inistor: en nuestro auxilio
pronto alzarán los pueblos de Inisfela
de cruda guerra el espantoso grito.

sino el ansiado amor. Dulce y benigno
con bálsamo de paz mi vida halaga.
Rompa en buen hora el hado vengativo
ese velo fatal que negro oculta
mi mal eterno con terror sombrío. 240

RINO Te obstinas, infeliz... pues bien, desoye
de un padre triste el lastimado grito.
Desoye mis consejos... para siempre
desgraciado serás. Yo te maldigo.

FINGAL ¡Ah! por piedad.

RINO ¡Aparta! para siempre... 245
Ya no eres hijo del excelso Rino.

FINGAL Por piedad, no merezco vuestro enojo
ni tan negro baldón.

RINO Yo te abomino:
huye, que tu presencia me horroriza.

FINGAL ¿Y en qué vuestro rencor he merecido? 250
Amar tan solo de Bosmina hermosa
la dulce risa, el celestial hechizo...
Ese es todo mi mal.

RINO Ese es tu crimen.
Sí, Fingal... es un crimen tu delirio.
Abandona ese amor.

FINGAL ¡Mis esperanzas! 255

RINO Solo esta prueba de Fingal exijo;
única prueba... ven... jura al momento
olvidar para siempre ese cariño,
por las sombras errantes de tus padres:
el rayo invoca si con labio inicuo 260
te oyesen perjurar, o si algún día...

FINGAL Si jurara Fingal, sabría cumplirlo.
Mas... no esperes de mí tales promesas.
Por siempre amar, idolatrar contino,
de Bosmina las gracias, y su imagen 265
aquí llevar hasta el sepulcro frío,
esto sí juraré: si a mi promesa
faltare alguna vez, en mi castigo
me aborrezca la hermosa que en mi pecho
tanto fuego encendió. Sí... lo repito: 270
suyo mi amor será.

RINO Pues bien, ingrato
te obceca en tu furor: rompe atrevido
los lazos más sagrados: desde ahora
huyo de ti: desde ahora te abomino.
Mas oye... Si la diestra formidable 275
de la justicia celestial ha visto
tu insolente furor en leda calma,

no impune quedará. Yo tu castigo
pues cual padre y cual señor de Selma
severo decretar: pero el destino 280
te guarda más horror: hierve en el seno
de tu mísero amor endurecido
la confusión del crimen, que algún día
te arrastrará espantoso al precipicio.
Y tu pecho, aunque tarde, anonadado 285
demandará con angustiado grito
a la santa virtud... y en vano, en vano,
que ya serás del cielo aborrecido... (Se va.)
FINGAL Llegue ese porvenir tan espantoso
mis males a colmar: enfurecidos 290
tu imprecación los cielos satisfagan:
yo tanto horror afrontaré con brío.

Acto cuarto

RINO, SORGLAN.

RINO Aquí yace, Sorglan: aquí descansa
la que en mi pecho inextinguible hoguera
de puro amor prendió: la que en un día
fue todo mi placer y hoy es mi pena.
Buscando lejos de engañosa pompa 5
la plácida quietud, su tumba yerta
vengo a regar con lágrimas amargas.
Aquí invocando la piedad suprema
por su bien eternal, la dulce sombra
de Morna triste con dolor me vea. 10
Era mi amor, mi bien... ¡O cuál suspira
aquí la hermosa paz!... ¡Dulce tristeza!
¡Silencio pavoroso! Ven amigo...
Mas que el bullicio y esplendor de Selma
me halaga este recinto pavoroso; 15
aun mas mi triste pecho lisonjea.
Aquí mora sin dolo ni artificio
la cándida verdad: aquí risueña
su luz esparce inalterable y pura,
y el audaz crimen confundido tiembla. 20
SORGLAN Volved, señor, el triunfo que os prepara
un pueblo inmenso; de la pompa regia
el grandioso esplendor, quizá mitiguen

de tantos males la memoria acerba.
RINO Esa pompa falaz es a mi pecho 25
enojosa, Sorglan: huyendo de ella
los muros abandono, y aquí busco
el solo triunfo que mi afán desea.
Ya sin testigos importunos, puedo
explicar mi dolor: ya no me cerca 30
de aduladores la enfadosa turba,
testigos de mi llanto y mi flaqueza.
De la amistad en el augusto seno
y de la muerte en la mansión eterna
la dicha buscaré, si acaso es dado 35
que yo un instante venturoso sea.
Luego del pueblo al cuidadoso anhelo
me prestará, y entre la pompa regia
ocultaré el pesar que me devora,
que es en el solio crimen la flaqueza. 40

SORGLAN ¡Ah! cuán en vano lo ocultáis: el llanto,
el acerbo dolor y amarga pena,
es como el fuego que ocultar no es dado.
Todos preguntan, todos se desvelan
en sondear los íntimos arcanos 45
que causa son de la desgracia vuestra.

RINO ¡Oh propensión terrible de un monarca!
Un pueblo inmenso en su conducta vela.
Yo desgraciado si seguir quisiese
de sus caprichos la espinosa senda. 50
Mas... me ha enseñado a despreciar los hombres
la adversidad y mi desgracia mesma.
¿Qué conseguí cuando halagué su orgullo?
Con crudo ceño devastar la tierra
en execranda lid; llevar al seno 55
de otro pueblo feliz lucha sangrienta.
¡Cuántos maldecirán mi nombre horrible!
El huérfano infeliz, la madre tierna
demandarán la sangre que he vertido,
y al cielo alzando sus ardientes quejas, 60
exclamarán de rabia penetrados,
maldición a los hijos de Inisfela.
Y tú... no me abomines, ¡Morna mía!
Si he desolado con audacia ciega
tu patria cara, tu perdón imploro. 65
¡O espíritus del cielo! En faz risueña
mis votos acoged: goce mi amada
en alto solio de la paz eterna
que allá a los justos la virtud concede.
Brille en su frente celestial diadema, 70

y en la mansión de paz afable ría,
¡ay! más dichosa que lo fue en la tierra.
SORGLAN Calmad vuestro dolor... si vuestros hijos
os sorprenden así...

RINO ¡Qué me recuerdas!

Mis hijos... hoy acabarán mis males 75
y su insensato amor. Cuando a la tierra
bajen las sombras, con la noche fría
tristes vagando en la callada esfera
mi hija será de Dutcaron esposa.

SORGLAN ¿Hoy mismo?

RINO Sí: su obstinación me fuerza 80
a usar de tal rigor.

SORGLAN ¡O plegue al cielo
que ese rigor su perdición no sea!

RINO ¡Qué! juzgas tú...

SORGLAN Su amor es invencible.

Y ¡cuántos males donde quier le cercan
si a Fingal arrancáis de entre sus brazos! 85

RINO Él va a partir: la nave ya le espera.

Huya el ingrato del regazo mío
y no mis ojos con espanto vean
el crimen en su faz, y no maldiga
nunca mi labio su pasión funesta. 90

¡Cuál fuera mi dolor! Jamás le mire
triste grabar la maldecida huella
del cielo aborrecido y de los hombres.

Nunca, caro Sorglan que antes fenezca.

¡Oh! ¡si el sepulcro a mis cansados años 95
por fin abriese la mansión eterna
bajo mis pies helados! ¡Oh! ¡si nunca
fuese yo padre para ver mi afrenta!

Fue necesario al fin, al hijo mío
hacer patente la verdad funesta. 100

¡Ay! el cielo, Sorglan, ha decretado
que todo el orbe mis delitos sepa.

Escena II

Dichos, DUTCARON.

SORGLAN ¡Dutcaron!

RINO Le esperaba. Ven, amigo.

El respeto depón: no me rodea
de la engañosa pompa el brillo vano. 105

DUTCARON ¿Qué pretendéis en fin? De mi sorpresa

aún no vuelvo, señor. Este misterio...
RINO Solo tu bien mi corazón desea.
tu angustia consolar, y el eco triste
hoy acallar de tus dolientes quejas 110
es mi anhelo.

DUTCARON Señor...
RINO Sé tus amores
y tu mísero afán. Sola en la tierra,
huérfana y triste llora, a Bosmina
el fin aciago de su madre tierna.
Tú su amparo serás.

DUTCARON ¡Oh si algún día 115
hacer mi dicha con su amor pudiera!
Sí señor... esto es solo mi deseo.
¡Y cuántas veces con mortal querella
fatigaba los vientos en el Morven
o allá en la margen del ondoso Lena! 120
Pero en vano, señor, que siempre ingrata
mis ayes desdeñó: y en tanta pena,
ya la esperanza de mi bien futuro
se disipó como engañosa niebla.

RINO Desde hoy acabe tu angustiado llanto. 125
Mitiga tu dolor. Que tuya sea,
antes que de la noche el negro velo
pálido enlute la callada esfera.

DUTCARON Premio es debido a mi afanar. ¡Oh padre!
Que así te llamará mi lengua. 130
Tú diste nuevo ser a un desdichado
que hoy su fortuna a contemplar no acierta.
Dejad que a vuestros pies...

RINO Alza dichoso
goces por siempre tu pasión risueña.
Sé feliz en los brazos de Bosmina. 135
Marchemos ya, Sorglan... vamos a Selma
a cumplir con mi ingrato ministerio,
a seguir otra vez por la ardua senda
que el hado me mostró. ¡Pluguiese al cielo
arrancar de mis sienas la diadema! 140

Escena III

DUTCARON Ya soy feliz. En vano de la ingrata
el eterno desdén y la aspereza
hieren mi corazón; y va a ser mía
a pesar de su orgullo la altanera.
¡Bosmina ingrata! ya lucir se mira 145

con luz opaca la inflamada tea,
triste execrable a tu alma desdeñosa,
como a mis ojos refulgente y bella.

Escena IV

Dicho, FINGAL.

DUTCARON Pero Fingal... Ven, ven: de mi contento
partícipe serás. No hay en la tierra 150
más dichoso mortal. Cuando Bosmina
de amor atada a la coyunda estrecha...

FINGAL Bosmina dices...

DUTCARON Sí... la hija de Morna.

Ahora mismo tu padre me lo ordena
sabiendo mi pasión, y va a ser mía. 155
¡Pero qué turbación! Cuando debieras
tu corazón llenar...

FINGAL ¡Ah! calla, calla,
no me atormentes más: no de mi pena
redobles ¡ay! el punzador tormento.
Ese placer que a ti te lisonjea, 160
ese es todo mi mal.

DUTCARON ¿Qué dices?

FINGAL Basta...

Basta... mi angustia, mi dolor respeta.

Escena V

FINGAL ¿Quién mi brazo contuvo? ¿Por qué airado
no abrí su corazón? ¡Verdad funesta,
que hoy arrancando el engañoso velo 165
negros abismos entrever me dejás!
Mas... tuya no será: yo te lo juro
por esa tumba que mi amor respeta,
por ese cielo donde tristes vagan
las sombras que ya fueron en la tierra. 170
Ella es mi hermana... sí... de amor impuro
arde en mi pecho inextinguible hoguera
que no puedo calmar. Pero aún ignora
esta triste verdad... mi hermana... es ella.

Escena VI

Dicho, BOSMINA.

FINGAL Bosmina...

BOSMINA Amigo... nuestro mal es cierto. 175

FINGAL ¿Qué me dices?

BOSMINA Fingal, tu padre ordena
que Bosmina a otros lazos estrechada

tu amor por siempre y tus caricias pierda.

FINGAL Lo sé, lo sé. ¿Pero podrás acaso
mi cariño olvidar?

BOSMINA ¿Qué es lo que intentas? 180

¿Cuál deseo es el tuyo? En largos años

de triste llanto y de fatal ausencia

nunca olvidé que es tuya el alma mía.

Siempre tu imagen en mi pecho impresa

fue el ídolo feliz a quien Bosmina 185

sus dulces votos dedicaba tierna.

Tuya soy.

FINGAL ¡Eres mía! si pretendes
enlazarte a Fingal, huye de Selma.

BOSMINA Yo... de mi patria... huir...

FINGAL No hay otro medio:

o abandonarme a mi horrorosa pena, 190

o dejar este suelo desdichado

donde la suerte nuestro mal intenta.

Y después de tan gratas esperanzas,

después de tanto amor, ¿veré deshechas

cual humo vano nuestras dichas todas? 195

Jamás, jamás: aun mi pasión penetra

en medio de tan bárbaros rigores

un rayo hermoso de esperanza cierta.

Sigue a los mares a tu caro amante,

a tu caro Fingal: ven a otras selvas, 200

do gozaremos nuestra unión dichosa

en dulce afán y placidez eterna.

¿Dudas? ¿Vacilas? ¿En tu pecho amante

la llama celestial, pura y suprema

de aquel sincero amor, no arde incesante? 205

BOSMINA No se ha apagado su inexhausta hoguera:

cada vez más activa y deliciosa

mi pecho agita con dulzura extrema.

Pero... ¿debo partir? Estrechos nudos

a este suelo querido me sujetan. 210

Mi madre exige el doloroso llanto

de triste compasión: mi madre tierna

que en esa tumba helada y horrorosa

ayer cayó para calmar mi pena.

FINGAL Al lado de Fingal, dulce tributo 215

también la prestarás. En pura ofrenda
consagrarán nuestros amantes pechos
himnos de paz a su memoria eterna.

BOSMINA ¡Ah! no acongojes la infeliz Bosmina;

aquí debo quedar: así lo ordena 220
mi desdicha fatal en este día,
y mi inocente corazón lacera.

FINGAL ¿Quieres mi muerte? ¿Quieres que a tus ojos

me acabe mi dolor?... ¿Hay en la tierra
ni bien ni dicha que a Fingal halaguen 225
sino tu amor y tu pasión sincera?

Después, la muerte solo es agradable
a tu amante infeliz: en tu presencia,
a tu lado gozar le es dado solo
la triste vida que sin ti detesta. 230

Pero tú no me amaste... tú inhumana
me juraste un amor que no alimentas
y al crédulo Fingal has fascinado.

¡Ingrata! ¡ingrata! si mi fin deseas,
no más puñal que tu rigor me basta 235
para acabar tan mísera existencia.

¡Me abandonas, cruel! ¿Y tú me amabas?

¿Y tú el objeto de mis ansias eras?...

¿Tú... tú la más ingrata? No, Bosmina,
no me amaste jamás, y aun me detestas. 240

BOSMINA Yo aborrecerte... por piedad... ¡ah! ¡nunca!

Siempre en mi pecho la inflamada tea
del delicioso amor ardió inexhausta:
pero me oprime obligación severa,
y cerca de esta tumba dolorosa 245
con vínculos estrechos me sujeta.

¿Pérfida pude ser? ¡O cuál me ultrajas!

Pérfida nunca fue tu amante tierna.

Demasiado te quise.

FINGAL ¿Pues qué aguardas?

Sígueme... ven, donde el amor te espera. 250

BOSMINA ¡Qué hacer!... Tu labio vence mis temores.

Yo seguiré tus amorosas huellas,
y donde quiera que la planta guíes,
esa será de mi elección la senda.

¿Mas qué dolor funesto, impetuoso 255
de mi sensible pecho se apodera?

Huyamos ya de aquí: suelo de espanto
es ya para Bosmina que desea
gloria inefable hallar en tu cariño.

tú eres feliz: en la mansión risueña
de la gloria eternal plácida ríes; 305
¡el astro de la noche te rodea
con su rayo de plata! ¡Oh madre mía!
Por siempre goza de la paz suprema. (Vanse.)
ESPÍRITU PRIMERO ¡Ay! ¡Genios de las tumbas!
¡En alas de los vientos 310
la atmósfera cruzad!
Con trémulos gemidos
de lúgubres acentos,
los aires agitada.
¡Volad!... del hijo mío 315
los negros pensamientos
piadosos disipad.
ESPÍRITU SEGUNDO ¡Ay! ¡sombras tenebrosas
que con opaco velo
vestís el aire!... ¡oíd!... 320
Mis lúgubres canciones
por el callado cielo
mil veces repetid.
Volad que la hija mía
conozca mi desvelo... 325
¡Id, negras sombras, id!

Acto quinto

Escena I

FINGAL, SORGLAN.

SORGLAN Modera tu dolor: vuelve la vista
al abismo fatal que ante tus plantas
abrió espantoso el hado inexorable:
sálvate de su horror.

FINGAL En vano osara
al torrente fatal de mis pasiones 5
oponer animoso mi constancia.
Me vence este frenético delirio.
¡Ah! tú sabes mi mal: cuando en la playa
ya tocaba el momento de mi dicha,
apenas en mis brazos estrechada 10
iba a pisar la nave... para siempre,
sí... para siempre de mi amor la arrancan.

¿Dónde estaba mi acero?... los inicuos
mis brazos indefensos sujetaban,
mientras Bosmina en lastimosos ayes 15
de su negro furor se lamentaba.
¡Desde entonces frenética mi mente
con sangrientas imágenes batalla!
Pero no es ilusión, no es sueño vano.
¡Qué tropel horroroso de fantasmas! 20
¡Qué visiones fatídicas me acosan
y mi agitado pecho despedazan!
SORGLAN ¿Qué hacéis, Fingal? calmad vuestros furores.
FINGAL Bosmina... ¿Dónde está?
SORGLAN Pronto en las aras...
¿No lo sabes?
FINGAL ¡Hoy mismo!... demasiado. 25
Lo sé para mi mal. Pero la ingrata
¿se ha olvidado de mí?
SORGLAN Siempre recuerda
a su hermano Fingal.
FINGAL Y que... ¡mi hermana!...
Ese nombre fatal que en daño mío
trueno en mi pecho y me destroza el alma, 30
¿siempre en tu labio sonará funesto?
¡Ah! no lo digas más.
SORGLAN Así tú agravas
pena tan horrorosa, alimentando
tristes recuerdos y memorias vanas.
¿Un guerrero, un magnánimo caudillo 35
el ilustre eclipsará de sus hazañas
con un amor tan criminal y horrible?
FINGAL ¿Y qué quieres de mí? La negra carga
del infando delito, ya en mis hombros
pesa ominosa y mi aflicción agrava. 40
Todos los males me circundan fieros.
Míralos... si... me cercan, me amenazan.
SORGLAN Tú deliras...
FINGAL Sorglan, vamos, evita
un crimen a Fingal.
SORGLAN ¿A dónde marchas?
FINGAL Este negro aparato, ¿qué me anuncia? 45
Esas antorchas fúnebres, opacas...
¡Qué turbia luz!
SORGLAN ¡Fingal!
FINGAL Huye infelice...
Huye... estas sombras que a Fingal amagan
sombras de muerte son.
SORGLAN ¡Ah! ¡me horrorizas!

FINGAL Ven, ven Sorglan: en vano me amenazan... 50

Arrostremos su furia. ¡Titubeas!

SORGLAN Qué negro frenesí...

FINGAL No era un fantasma.

Yo lo vi, yo lo vi... sombras y espectros
las aras conyugales preparaban,
flores marchitas y hórridos emblemas. 55

Mira, mira... esas teas venerandas
signos de sangre son: signos de muerte.

No respondo de mí... ¡funesta llama!

No... no es posible que apagarse pueda:
no es posible, Sorglan.

SORGLAN Y tu así ultrajas 60

a la naturaleza que te grita,
a un padre que te adora...

FINGAL Calla... calla...

No le nombres...

SORGLAN ¡Fingal!

FINGAL Es mi verdugo,

pero le adoro aún más. Él me separa
de este suelo de paz, para robarme 65
mi caro bien, mi prenda idolatrada.

Mas... no será. Esta noche... ¡Fatal noche!

Nada, nada sabrás... me atormentaban
ideas espantosas... un delirio,
un ciego frenesí turbaba mi alma. 70

Mas... ¡desgraciado! a Dios.

SORGLAN ¿Qué es lo que intentas?

FINGAL A Selma parto... en el paterno alcázar
mis males quizá el sueño concilie
con bálsamo de paz.

SORGLAN No, tu me engañas;

tú ocultas en tu pecho los furores. 75

El espanto brillando en tus miradas...

¿Dónde vas insensato?...

FINGAL Deja, deja

que de una vez acaben mis desgracias.

(Se van precipitadamente.)

Escena II

SORGLAN, después RINO, DUTCARON.

SORGLAN ¡Infeliz! su frenético delirio
quizá a la muerte con furor le arrastra. 80

Mas su padre...

RINO Sorglan. El hijo mío...
¡Qué frenesí tan ciego le arrebató!
Y qué... ¿aún se obstina en contrastar los hados
que allá en las nubes su cabeza amagan?
SORGLAN Vanas fueron mis súplicas.
RINO Su suerte 85

por el cielo tal vez está fijada.
¡Infeliz! su destino me estremece,
su funesto dolor pesa en mi alma,
y esta duda cruel que me atormenta,
con duro ceño el corazón me embarga. 90
¡O padre sin ventura! Quién me diera
gozar por siempre de la eterna calma,
y lanzar en el lóbrego sepulcro
el grave peso que mis pies arrastran.
¡O cuántos años de infortunio y llanto 95
pesaron sobre mí! ¡Y en pena tanta,
un solo instante de quietud y dicha
en vano esperaré! ¡Todo desgracias!
Mis hijos, mi placer, son mis verdugos;
ellos mi pena y mi tormento causan. 100
Mis hijos... ¡ay! en quien mi amor ufano
su eterna dicha y su quietud cifraba.
¿Por qué? ¿por qué? ¡y así desventurado!
¿Así mi amor y mis caricias pagan?
¡Oh! no será, Sorglan... aún en su pecho 105
de la santa virtud arde la llama.
Esta noche, Bosmina, en este sitio
con sacrosantos nudos estrechada,
será de Dutcaron. Así contengo
de mi hijo acaso la funesta audacia. 110
DUTCARON Ella será feliz en mi cariño.
Aún no viene, señor... ¡O cómo tarda
a mi amante deseo! Ella se niega
quizá a cumplir mis dulces esperanzas.
¡Momento apetecido! Mas escucho 115
pasos allí... y un bulto se adelanta.

Escena III

BOSMINA, RINO, DUTCARON.

RINO Hija mía...
BOSMINA Señor... en este sitio,
¿qué pretendes de mí? ¿Por qué me llamas

a este sitio de horror, cuando la noche
sus negras sombras por el cielo arrastra? 120

RINO No temas, no. Tu padre desgraciado
premio debido a tu virtud prepara,
y por siempre su amor. Hacer tu dicha
Es, Bosmina, el objeto de mis ansias.
Que tus días serenos y apacibles 125
tranquilos corran en eterna calma
sin que mis ojos miren en tu frente
del negro crimen la funesta mancha.
Tal es mi anhelo, si... mas de ti exijo
un sacrificio...

BOSMINA ¿Cuál? vuestras palabras 130
preceptos son, señor... y nunca, nunca
será Bosmina a vuestro amor ingrata.

RINO Pues bien... y si tu padre en este instante
un compañero eterno te prepara,
¿osarás vacilar?

BOSMINA Entiendo ¡o padre! 135
¡Dutcaron!... ¡Dutcaron!

RINO ¿Tú no le amas?
¿Le aborreces quizá?

BOSMINA No... el pecho mío
no sabe aborrecer. ¡Yo, desgraciada!
Para querer nací; pero tampoco
ardió en mi pecho de su amor la llama. 140

DUTCARON ¿Cuál mi delito fue? Si en vano un tiempo
abrigaba en mi pecho la esperanza,
si mi amor importuno en largos días
con ayes mil tu pecho fatigaba,
¿pude ofenderte con mi amor sincero, 145
o fue a tu pecho mi pasión ingrata?

BOSMINA Respetad mi dolor: llanto y tristeza
solo pedidme en hora tan infausta.
¿Qué pretendéis de mí, cuando me veo
sola en la tierra y de mi bien privada? 150
¿Amor? Jamás. Si el infeliz respira,
¡ay! me dirá. ¿Qué fue de tu constancia?
¿Por qué la fe que me juraste un día
entregas al rival que yo execraba?

RINO ¿Qué osas decir?

BOSMINA Lo sé... yo no debía... 155
Mas nada ¡ay padre! mi pasión contrasta.

DUTCARON ¿Por qué tanta altivez? Goce en buen hora
de su funesto amor. Abandonada
llore por siempre a par de su infortunio
la maldición que tu furor le guarda. 160

aún resta a tu pesar. Presto borradas 200
por el tiempo verás y la fortuna
esas memorias que tu mal agravan.

BOSMINA No me queda otro bien. Ya yo he apurado
de mi negro dolor la copa infausta.
No me queda otro bien... Númenes sacros 205
sombras de execración que conjuradas
agraváis mi tormento... ¿Qué delito
cometió esta mujer desventurada?
¿Para qué vi la luz? ¡O nunca fuera!
¿Por qué me disteis mi existencia amarga, 210
númenes de crueldad? O allá vosotros
reís a mis tormentos y plegarias,
¿y os gozáis en mis males, prolongando
con horrores sin fin mi vida aciaga?
Mira esa tumba que los tristes restos 215
de Morna tierna silenciosa guarda.
¿No dice mi tormento? Triste y sola
en el suelo me deja abandonada.
Padre...

RINO ¡Hija mía!

BOSMINA Condoled mi suerte
y el negro horror que me destroza el alma. 220
Si todo lo perdí, si no le resta
a mi amor otro bien, otra esperanza
que el sepulcro...

RINO ¿Qué dices?

BOSMINA Padre mío...
¿Por qué la muerte mi dolor no acaba?

(Apoyándose en el sepulcro.)

Todo su amor y su delicia toda 225
faltaron a Bosmina desgraciada.
Agótese este cáliz de amargura...
¡Ah! ¡si la muerte con su sombra vaga
ocúltase a mis ojos para siempre
mi antigua dicha y mi fatal desgracia! 230

RINO No atormentes Bosmina a un tierno padre
que tu bien solo y tus delicias ansia.
El que ha arrancado a tu obcecada vista
el velo que tu crimen ocultaba.
Fingal al fin.

BOSMINA ¡Fingal! ¿y dónde, dónde 235
se oculta el infeliz? Quizá su audacia,
su desesperación le han conducido
al término fatal...

Publico estas poesías, sin pretensiones en que tenga parte alguna la satisfacción de mí mismo. Sé lo que valen y sin embargo las imprimo, no por complacer a nadie, no por someterlas al juicio del público, sino porque un editor las quiere, y esta es una razón de gran peso para mí.

Composiciones hay en este tomo, a las que he dado lugar, por haber sido escritas en momentos de dulces o amargos recuerdos para mí, y que acaso nada significarán para mis lectores; pero algo se ha de conceder a mi egoísmo. Muchas se hallarán que no están muy en armonía con el gusto de la época, y que son fruto de mi afición por los poetas líricos de los siglos XVII y XVIII, con especialidad por Meléndez: de esto no creo que debo sincerarme. Las hay también para cuya inserción no me ha asistido causa alguna; pero no soy yo quien debe desacreditarlas. Los folletinistas de nuestros periódicos se tomarán con sumo gusto este delicioso trabajo. -Vale.

Las dos rivales

Cuento

I

Camino va de Jaén

sobre perezosa mula
mancebo de pocos años,
de larga guedeja rubia.
Fija la barba en el pecho 5
su rostro pálido oculta,
o con recelo sus ojos
torna al camino de Andújar.
En vano animar pretende
su tarda cabalgadura 10
de temor de que le alcancen
sus hermanos que le buscan.
Y la tarde es avanzada
y lluvia anuncia la luna
en rededor circundada 15
de triste banda sulfúrea.
¡Ay de él si allí le sorprende
temerosa noche oscura,
y las nubes a torrentes
la tarda vereda inundan! 20
¡Pobre niño! en esos campos
de triste aspereza inculta
sus ropas de seda blanda
pronto calará la lluvia.
Mas no... que ya de Jaén 25

se ve el castillo en la altura
y al través de las ventanas
mil y mil luces que cruzan.
Suspira el joven, sus ojos
clavando con amargura 30
en la ciudad que se pierde
entre la niebla confusa.
Lágrimas vierten sus ojos
que en su abandono no enjuga:
la mula apresura el paso 35
y él este canto murmura.

¿Por qué me juraste amores
fementido, engañador?
¿Por qué adornaste con flores
esa copa de dolores 40
para burlarme mejor?

Dijísteme que era hermosa
y que me amabas también:
tu queja escuché piadosa
y con promesa de esposo 45
ablandaste mi desdén.

Malhayas tú, fementido,
que ya supe tu maldad.
Llámaste de otra marido
después que hubiste cogido 50
la flor de mi honestidad.

En otra reja suspiras
abrasado el corazón:
por otros ojos deliras,
y no temes que mis iras 55
han de vengar tu traición.

II

Apeóse el viajero
y por las calles a oscuras
con paso incierto camina...
Párase al fin y pregunta. 60
Pregunta por Laínez Diego
un caballero de Andújar:
las noticias que le han dado
pusieron colmo a su angustia.
Vuelve a andar, no sabe a dónde, 65
y tiembla y solloza y duda...

La oscuridad le estremece
que donde quier le circunda.
Una campana le guía
triste, penetrante, aguda, 70
que la oración de los muertos
con eco solemne anuncia.
Solo está el templo, y apenas
dos o tres luces le alumbran...
Nadie reza por los muertos 75
obligados en sus tumbas.
Postrado el mancebo hermoso
en la helada piedra dura
dirige ardientes plegarias
con trémula voz confusa. 80
Largos rizos resbalaron
por su garganta desnuda
que en rededor de su talle
movidos del viento ondulan.
Azules eran sus ojos 85
llenos de amor y dulzura,
y su seno palpitaba
con triste emoción profunda.
¡En vano el desventurado
con dolorosa amargura 90
alza su mirada al cielo
donde algún consuelo busca!
En sus ojos se clavaron
los de espantada lechuza
que en la lámpara del templo 95
fatídica se columpia.

III

Sonó la campana y el eco vibrando
con luengos zumbidos el aire agitó.
Sonó la campana: las doce están dando
y el triste mancebo del templo salió. 100
Muy cerca una casa que al paso encontrara
llamó su cuidado, paróse al umbral:
sonaba allá dentro ruidosa algazara
y brindis y cantos de fiesta nupcial.
Subió presuroso: su rostro inmutado 105
perdió en un momento su hermoso color,
a Laínez ha visto y ha visto a su lado
la hermosa doncella que absorbe su amor,
y cien caballeros y damas vistosas
entorno a la mesa que cubren sin fin 110
mezclados con haces de mirto y de rosas

alegres despojos del largo festín.
El rostro de Láinez parece difunto,
mas nadie repara su vivo pesar,
que todos los ojos tornáronse al punto 115
al joven gallardo que acaba de entrar.
Perdón si interrumpo, por último exclama,
la fiesta solemne: yo soy un cantor
que el mundo recorro ganoso de fama
cantando en los pueblos endechas de amor. 120
Al punto las damas haciéndole lado
que cante le ruegan con mucho interés,
y el mozo obedece con gusto y agrado
porque es como hermoso galán y cortés.

¿Por qué me juraste amores 125
fementido engañoso?
¿Por qué adornaste con flores
esa copa de dolores
para burlarme mejor?

En otra reja suspiras 130
abrasado el corazón,
por otros ojos deliras,
y no temes que mis iras
han de vengar tu traición.

Mucho plació la cantiga 135
y más el mozo plació
que las damas le miraron
con muestras de grande amor.
Solamente el desposado
el entrecejo arrugó 140
y relumbraron sus ojos
con ceño amenazador.
Ruedan otra vez las copas,
rueda la alegre canción,
y el forastero mancebo 145
a la casada brindó.
Alguno que lo miraba
con cuidadosa atención
pomo de luciente plata
ver en sus manos creyó. 150
Después de ella, llevó al punto
a sus labios el licor
y con mano temblorosa
toda la copa apuró.
Mas la noche es avanzada 155

que ya con lúgubre son
anuncia a los desposados
las doce y media el reloj.
La novia llevan al lecho
y Laínez luego partió: 160
tras él cerraron la puerta...
Solos quedaron los dos.
Tiende las manos al lecho...
Solo un cadáver tocó.
Un cadáver, donde piensa 165
hallar caricias de amor.
Acerca la luz, es ella,
ella, su vida y su Dios;
pero está cárdena y fría,
y quieto su corazón. 170
Llámala mil y mil veces:
ella no escucha su voz,
y si la escucha, no puede
responder a su aflicción:
porque helada está su sangre, 175
en su seno no hay calor,
y sus ojos apagados
no son ya envidia del sol.
Melancólico gemido
detrás de la puerta oyó 180
y de pasos temerosos
acelerado rumor.
A lo lejos en la sombra
deslizarse un bulto vio,
apoyado en las paredes 185
por el largo corredor.
Vuela en su alcance y la sombra
burla su intento, veloz
mas retumba el pavimento,
do al fin sin fuerzas cayó. 190
Y oyó pronunciar apenas
con entrecortada voz
¿por qué me juraste amores
fementido engañador?

IV

Por la calle de los Muertos 195
cuando el reloj dio la una,
envueltas en negros paños
sacaron las dos difuntas.
Un hombre solo acompaña
Esta ceremonia muda, 200

y en su pecho lastimado
hondos sollozos se escuchan.
Así atraviesan las calles
y a los que velan asustan.
Parecen almas que penan 205
según caminan de mustias.
Ahuyentan a los amantes
en su plática nocturna
y los canes agoreros
temerosamente aúllan. 210

V

Fuera de lugar sagrado
en camino de Porcuna
cuatro pinos sombra dan
a una humilde sepultura.
La lápida que la cubre, 215
en negras letras confusas
manifiesta cuyos son
los restos que allí se ocultan.
DOÑA INÉS DE ABARRACÍN
NACIÓ EN LA CIUDAD DE ANDÚJAR 220
dicen las letras, gastadas
por el tiempo y por la lluvia.

A Cádiz

Apartad el laúd; muy mal sonara
entre el lloro mi canto, ni pudiera
sino con torpe y degradado acento
al tirano adular... ¡ah! nunca, nunca...
Antes morir... de su venganza el rayo 5
sobre mi frente despiadado vibre:
libre nací y a su pesar soy libre.

¿Mas qué cantar sino de llanto y sangre
patria infelice? Si entonar al cielo
himnos de gloria y libertad procuro, 10
la ensangrentada vista del cadalso
de mi alma hiela el entusiasmo puro.

Yo vi la triste luz, cuando la tierra
al peso de un tirano estremecida
que al fin al cielo domellar le plugo 15
luchaba en cruda guerra

rehuyendo airada el ominoso yugo.
Cuando el genio del mal nos ofrecía
ponzoña horrible en funesta copa,
que tímida apuraba 20
con yerto labio la afligida Europa.

Entonces, ¡ay! entonces,
el clarín belicoso me arrullara
y en eco horrible el cavernoso bronce:
la sangre hispana salpicó en mi cuna 25
y la del galo que en sangrientas lides
llevó feliz la espada vencedora
del raudo Nieper hasta el mar de Alcides.

¡O Cádiz, patria mía!
Tú sola prepotente 30
doblar se viste ante tus altos muros
del fiero galo la orgullosa frente.
Cuando la Europa tímida cubría
la desdorada sien de oprobio y luto
tú denodada y fuerte 35
el grito diste que asombró la tierra,
a los tiranos precursor de guerra
y a sus legiones precursor de muerte.

¡Cuánto de lloro y de aflicción el hado
guardaba a tu afanar! libre y potente 40
cual la roca en los mares resistías
de la lucha el furor; tus torreones
con eternal barrera contuvieron
de Jena y Austerlitz los campeones.
Mas luego ¡ay! luego desdorada y mustia 45
sin libertad lloraste
bajo el pie de tiranos prosternada.
Y pálida, expirante,
llorando al mundo tu funesta suerte,
aun en tus labios con amargo acento 50
clamar se escucha: ¡libertad o muerte!

Yo te vi, yo te vi, Cádiz hermosa,
de murta y luto la tu sien velada,
sobre tu almena siempre victoriosa
llorar tu gloria y libertad pasada. 55
¡Mísera! ¿qué se hicieron
mis triunfos celebrados,
mis ínclitos laureles
con sangre de mis hijos ¡ay! comprados?

Otro tiempo feliz mi blanda orilla 60
tocó preñada de opulencia y oro
de cien bajeles la sonante quilla,
y púrpura y aromas
me tributaba tímido el Oriente,
y prosternado el orbe apercibía 65
laurel y rosas para ornar mi frente.
Todo ya es nada; con funesto yugo
mi frente dolorosa
tirano aflige el opresor ingrato
que yo salvé de esclavitud odiosa. 70

¡Y este es el premio de mi afán y el pago
de mi sangre vertida en los combates!
No, ¡mis hijos esclavos! no... primero
un patíbulo y mil y hondos sepulcros.
Antes que sin virtud torpes esclavas 75
mis hijas tiernas la virgínea frente
dobleguen al poder, antes que humille
mi noble juventud; su cuello altivo
de un déspota feroz a la coyunda,
ronco se agite el férvido Océano 80
traspasando sus límites, y ufano
mis almenas altísimas confunda.

Yo la oí, su lamento
sonoro como el viento
que entre rosas y arroyos juguetea 85
de la noche el silencio interrumpía,
y en alas de los céfiros llevado
allá en los mares suspirar se oía.

¿No llegará el momento en que tronando
de tu almena el cañón, al orbe diga 90
soy libre y libre para siempre? ¡ay! ¿cuándo,
cuándo será que tu incesante lloro
trocado miré al fin, y tu agonía
en lloro de placer, y hermosa y libre
te envidie el sol desde su trono de oro? 95
¿Cuándo?... mi pecho palpitando gime...
Pronto, sí, pronto sacudiendo el yugo
que infame inmundo, tu garganta oprime.
¡Ya no hay esclavos! gritarás sublime
temblar haciendo a tu feroz verdugo. 100
Cádiz 2 de mayo 1831.

Era un sueño

Hay una hermosa edad llena de flores,
en que late sin pena el corazón:
mágica edad de ensueños y de amores
en abismos perdida de ilusión.

Hay otra edad en que la tez plegada, 5
cansado el corazón de padecer,
solo se agita el alma lastimada
con los recuerdos pálidos de ayer.

¡Así pasó por mi gastada vida
aquella edad de venturoso afán!... 10
Vida de calma por mi mal perdida,
¿dónde tus glorias y tu amor están?

No soy ya el niño que feliz se agita
con vértigos de tímida pasión;
mi frente se arrugó y está marchita, 15
y marchito también mi corazón.

Ya no es la flor garrida, que se mece
fresca y lozana en plácido pensil:
es el vástago seco que perece
pasadas ya las auras del abril. 20

¿Qué os habéis hecho cándidas ficciones
de aquella hermosa y peregrina edad?
Más valen vuestras blancas ilusiones
que esta helada y funesta realidad.

¡Bellezas ideales, mal veladas 25
en tenue gasa y transparente tul,
blancas cual las espumas agitadas
sobre las olas de la mar azul!

Castas visiones de divina esencia
que alimentabais mi infantil error 30
volved con vuestra cándida inocencia
con vuestros sueños de tranquilo amor.

Volved, ¡ay! como entonces seductoras
a calmar de mi pecho la inquietud,
y no os llevéis las apacibles horas 35

de tanta pura y celestial virtud.

Aquello no era amor y no era calma,
dulce esperanza mi fatal temor:
era un vago deseo que en mi alma
flotaba como trémulo vapor. 40

Mas luego ¡ay triste! condensado y frío
de su atmósfera pura descendió,
y trocado en maléfico rocío
en el lodo del mundo se impregnó.

Era un sueño no más: se hinchó mi pecho 45
respirando una atmósfera letal,
y en humo al despertar hallé desecho
mi transparente alcázar de cristal.

La fuente

Blanda murmura entre las gayas flores:
sus tallos riega con menudo aljófara:
plácida alegre la enramada verde,
fuente sonora.

Rauda serpea, en trémulos cambiantes 5
reflejando del sol la luz dudosa
que de la oscura noche aún no vencida
hiende las sombras.

En revuelto espiral rueda en la arena
salpicando tu lecho de amapolas: 10
salta sonando y con tocar suave
mece las rosas.

Y ríe como ríe la mañana
que de rayos y nubes se corona...
Y al manso arrullo de las auras ledas 15
bulle y retoza.

El centinela

Clara luna iluminaba
con rayo luciente y puro
de Maestu el débil muro
envuelto en niebla sutil.

Todo yace en quieta calma; 5
todo calla, solo vela
cuidadoso un centinela
al brazo puesto el fusil.

Al rumor de viento leve
torna el rostro receloso, 10
que un enemigo alevoso
le acecha oculto tal vez.

Hora la frente inclinando,
alguna lágrima ardiente
le arrancan ¡ay! tristemente 15
recuerdos de su niñez.

Hora con dolor profundo
deja escapar un gemido
que repite dolorido
blando céfiro fugaz. 20

Y tornando al fin los ojos
con dolor al Mediodía
triste exclama: ¡Andalucía!
¡Suelo de gloria y de paz!

¡Suelo, ay Dios! donde corriera 25
mi juventud deliciosa,
de una madre cariñosa
en el seno bienhechor!

De una madre ¡cual aflige
su memoria el alma mía, 30
y el recuerdo de aquel día
tan fatal para su amor!

Tú llorabas... no, mi madre,
no me llores por favor,
noble es lidiar por la patria, 35
y a lidiar por ella voy.

Así yo te consolaba
exclamando con dolor,
por la vida de tu hijo
no llores, mi madre, no. 40

Oyóse entonces el eco

de la trompeta y tambor,
y en tus brazos me estrechaste
con frenética pasión:

Yo partí: ya en cien combates 45
he lidiado con valor...
Por la vida de tu hijo
no llores, mi madre, no.

No temas nunca que un día
infidel manché mi honor: 50
no, madre, que está más puro
que el primer rayo del sol.

Mas si al fin ordena el cielo
que sucumba en tanto horror,
por la vida de tu hijo 55
no llores, mi madre, no.

Así cantaba el soldado
cuando al sol del nuevo día
cerca el muro descubría
faccioso enjambre infernal. 60

Ronco tambor, al combate
llama: doscientos guerreros
las armas empuñan fieros
y empieza la lid fatal.

A Delisa

No celebro en mis cantares
la luz de plácida aurora
ni su risa,

ni las orillas de Almendares,
donde habita encantadora 5
mi Delisa.

No a ti, Cádiz opulenta,
ni tus hijas tan hermosas
que yo amé:

no tu orilla turbulenta, 10
ni tus olas ruidosas

cantaré.

En triste endecha tan solo
dejadme, musas, que diga
mi pasión. 15

Dadme la lira de Apolo
con que cante mi fatiga
y aflicción.

Y lleve plácido el viento
dulce y sonoro mi acento 20
por do quiera,

y que sonando entre rosas
y entre fuentes ruidosas,
blando muera.

¡Ay mi lira, la mi lira 25
de las musas olvidada
tantos años!

Tierna conmigo suspira
cantando de mi adorada,
los engaños. 30

Tú que alegras mis pesares
y mis cuitas adormeces
con tu canto,

hora alivia mis azares,
con tu son que tantas veces 35
fue mi encanto.

Mas... no sepa que la adoro,
que por ella gimo y lloro
mi Delisa.

No más gemir: si lo advierte 40
burlará mi triste suerte,
con su risa.

A. C. M.

Era C*** un tiempo en que mi vida
con penoso cansancio se arrastró,
y por su misma inercia entumecida

en tenebrosa obscuridad vivió.

El yerto pecho de pasión vació 5
seco del llanto el hondo manantial,
pasé mi vida de indolente hastío
en esa calma al corazón fatal.

Mil veces de este sueño perezoso
avergonzada el alma despertó, 10
mas ahogada en su centro tenebroso
sin luz ni ambiente a dormirar volvió.

Faltábale la luz del sentimiento,
faltábale el ambiente del amor,
y en la dura prisión de su tormento, 15
la paz del sueño prefirió al dolor.

Así pasaron los hermosos días
que ornaron mi primera juventud,
llena la mente de ilusiones frías
negando el sentimiento y la virtud. 20

Y así maldije el sol que iluminaba
de otros hombres felices el placer,
y maldije la luna que alumbraba,
la indolente vergüenza de mi ser.

Y en mis delirios, insensato, impío 25
del Dios de los destinos blasfemé;
pero tu amor calmó mi desvarío
y tú fuistes el ángel de mi fe.

Ya no maldigo el sol: ya de la luna
me agrada ver el lívido fulgor, 30
sin que acose mis sueños, importuna,
sombra fatal de ceño aterrador.

Me siento renacer y en otra vida
sembrada de ilusiones de placer,
ya se dilata el alma adormecida, 35
fresca y gozosa con su nuevo ser.

Y fuiste tú la que a mi pecho triste
hizo el contento por mi bien tornar
y un alma desgarrada redimiste
que iba la muerte en su tormento a hallar. 40

¡Esperanzas! ¡amor! ¡flores del alma!
Volved con vuestra cándida ilusión;
y otra vez inundad de vida y calma
mi agitado y marchito corazón.

A los defensores de Bilbao

Vuelva a mis manos el laúd sonoro,
vuelva a mis manos y el cantar sublime
blando acompaña con sus cuerdas de oro...

Venga, venga, el laúd.

Que ya cesó el dolor, y el alma mía
del fuego de los libres inspirada,
cobra otra vez la bélica energía
por mágica virtud.

Mal apagada la celeste llama
por continuos pesares en mi pecho, 10
en entusiasmo ardiente, hora se inflama
mi yerto corazón.

¿Y quién, y quién no canta enajenado
Bilbao hermosa tu valor sublime?
¿Quién no celebra tu ánimo esforzado 15
en bélica canción?

¡Ay! ¡quién me diera al genio de la gloria
arrebatar la cítara sonante
con sus cuerdas de bronce, y tu memoria
en ella eternizar! 20

¡Bilbao sublime! ¡de amargura, y llanto
cubrió tu frente la falange esclava!
¿Cómo sufrir pudiste dolor tanto
y tanto pelear?

Deja a mi voz que tu victoria cuente 25
en canto melancólico, y perdona
sino es cual tú mereces, sacra ardiente
mi pobre inspiración.

Deja que el pecho de entusiasmo henchido
con destemplado acento te tribute 30
el homenaje que te debo, herido
de amor, de admiración.

Tú salvaste la España: allí en tu muro
la muerte halló otra vez el bando fiero,
y en vano ya otra vez trance duro, 35
te vieras estrechar.

Que firme siempre, en ademán bizarro,
y de laurel sangriento coronada;
la indómita soberbia del navarro
supiste domellar. 40

Ellos huyeron y tu frente pura
salpicada con sangre de las lides,
despojada se vio de su amargura
y otra vez sonrió.

Y sonrió también la triste España 45
que en ti clavados los hermosos ojos,
al creerte presa de enemiga saña
libre por fin te vio.

Traducción de Víctor Hugo

Ya brilla la aurora, fantástica, incierta,
velada en su manto de rico tisú.
¿Por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta?
¿Por qué, cuando el alba las flores despierta,
durmiendo estás tú? 5

Llamando a tu puerta, diciendo está el día
«¡yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor!»
El ave te dice, «¡yo soy la armonía!»
Y yo, suspirando, te digo, ¡alma mía!
«¡yo soy el amor!» 10

Para el álbum de una señorita

Los cielos te hicieron donosa, hechicera,
de rostro amoroso, de risa gentil.
Esbelto es tu talle cual palma altanera
que al soplo se mece del aura sutil.

Son fuego tus ojos que abrasan el alma: 5
tu gala y donaire no tienen igual.
Tranquila en tu frente se ostenta la calma:
la risa en tu boca de nieve y coral.

Es dulce tu acento si blando suspira
vagando en tus labios con tímido ardor, 10
cual mágica trova que al son de la lira
entona a su amada, de noche, el cantor.

Feliz el que goce tu blanda sonrisa:
el que haga tu pecho de amor palpar,
y beba tu aliento sutil cual la brisa 15
que besa ligera la espuma del mar.

Todos te cantan amores
porque eres niña y hermosa,
mas con acervos dolores,
que diz que tienes rigores 20
cual tiene espinas la rosa.

Bien haces, porque la vida
es esa blanca ilusión
en que vives engreída,
escuchando adormecida 25
tanta amorosa canción.

Así, vivirás dichosa;
pero si el alma enajenas
a una pasión amorosa,
gemirás triste y llorosa 30
presa en tus mismas cadenas.

Empero, si alguna vez
de esta breve juventud
lamentas la rapidez,
o del amor la inquietud 35
se imprime en tu blanca tez.

Vuelve a mí tus bellos ojos
que ahora se cubren de enojos
si amor te quiero cantar,
y un sí de tus labios rojos 40
ponga fin a mi penar.

¡Rosa bella! hermosa flor
que entre las flores asoma
en los pensiles de amor,
rica de fragante aroma 45
rica de vida y color!

A tus gracias peregrinas
alma y corazón rendí.
Ámame, flor, siendo así,
para todos con espinas... 50
Sin espinas para mí.

La noche de verano

Hermosa noche, como el alma mía
oscura y melancólica... salud...
Tu balsámico ambiente de ambrosía
dulcifica piadoso mi inquietud.

¡Ay! que del sol la llama abrasadora 5
mis ojos irritados deslumbró...
Bien hagas tú que blanda y bienhechora
callando duermes cuando gimo yo.

Esa serena luz basta a mis ojos:
ese triste rumor basta a mi afán: 10
silencio y sombras buscan mis enojos
silencio y sombras anhelando están.

Y busco en mi ansiedad, de tu aura fría
el fantástico arrullo vibrador
de inefable y dulcísima armonía, 15
grato al placer, benéfico al dolor.

¡Ahora puedo llorar! de mis querellas
el eco, en tu silencio morirá,
y la tímida luz de tus estrellas
mi llanto solamente alumbrará. 20

Lloremos ¡ay! ¡como mujer inerme
de tibia lana al trémulo arbol!
Lloremos, sí, mientras el mundo duerme,
antes que alumbre mi vergüenza el sol.

Venid y suspirando mansamente 25
céfiros de la noche susurrad
y por el vago y silencioso ambiente
los ecos de mis quejas derramad.

Venid... pero en silencio voluptuoso,
trémulos, sin murmullos y sin voz, 30

mientras dormita el mundo perezoso
en breves sueños de ilusión veloz.

Y llevad a mi bien con mi suspiro
estos cantares de doliente son,
y llevadla el amor en que deliro 35
y el fuego de mi ardiente corazón.

Y oreando su negra cabellera
y el seno que arde en amorosa lid,
con perezosa calma lisonjera
en su oloroso lecho os adormid. 40

Soplad lascivos, céfiros de amores,
con dulce y misterioso susurrar,
y en jardines bebed blandos olores
perfumando el ambiente de azahar.

¡Hermosa noche! en tu dormir tranquila 45
no escuchas, ¡ay! ¡mi lúgubre clamor!
Despierta, ¡oh noche! y a mi hermosa dila
que estoy velando con mortal dolor.

Mas si los ojos de mi hermoso dueño
tal vez dormidos en la calma están, 50
haz que me mire en su apacible sueño
víctima triste de continuo afán.

Y en ilusión de lánguido embeleso
blanda sonría y se estremezca a par,
y suspirando, regalado beso 55
piense en mis labios con ardor clavar.

Que acaso a la ilusión de los placeres
suele también el corazón latir,
y es blando el corazón de las mujeres
a esa ilusión de celestial mentir. 60

Respeto

Niña de los negros ojos,
guarte que no digan ellos
tus amorosos enojos,
que habrás de pisar abrojos
si llegan a comprendellos. 5

Y habrá algún vil seductor

que pise la tierna flor
por más que la encuentre bella,
que no basta a defendella
donde hay pasión, el pudor. 10

Guarte niña de mostrar
que un sentimiento hay guardado
en ese tierno mirar...
Mira que te han de burlar
aunque yo te he respetado. 15

No pienses, no, que es desvío
lo que es tan solo piedad,
que aunque ya gastado y frío,
no es tanto mi desvarío
que ultraje tu castidad. 20

¡No es para mí tal belleza,
yo, que mi existencia loca
manché con ciega torpeza!
Basta un beso de mi boca
ara manchar tu pureza. 25

La ambición Soneto

Huye, ambición, al ostentoso lecho
donde reposa el feble cortesano:
donde divierte su cuidado en vano
bajo la pompa del dorado techo.

Airada oprime tu agitado pecho, 5
en él aborta tu veneno insano,
y resentido al toque de tu mano
el mundo juzgue a su anhelar estrecho.

Mas, nunca imprimas en el alma mía
el hidrópico anhelo de grandeza... 10
Dame la paz en que vivir solía.

En mi estado infeliz, en mi pobreza,
no desear tan solo apetecía,
que es para el hombre la mayor riqueza.

La dádiva del poeta

Mil esperanzas que en tu amor se abrieron
aquí guardadas en el alma están.
Dime, ¿tal vez para morir nacieron?
Dime, ¿infelices como yo serán?

¡Oh! no desdeñes por humilde, el ruego 5
del que vive y respira para ti,
que no hallarás quien con tan puro fuego
te dé un amor como el que alimenta en mí.

Puede otro amante en homenaje darte
riquezas mil y joyas de valor 10
y con rico tocado engalanarte
con perlas orientales brillador.

Yo, pobre trovador y sin fortuna
un corazón de fuego te daré,
y tu frente, modesta cual la luna, 15
con joya de gran precio adornaré.

Doble corona de laurel y rosa
arrebatando al genio creador,
yo la pondré sobre tu frente hermosa,
sobre tu frente pálida de amor. 20

El sueño

Fugaz alivio de mi amarga pena;
dulce esperanza en el tormento mío,
ven, y adormece mis eternos males,
¡Plácido sueño!

Toca apacible con tus blandas alas 5
la sien marchita del mortal lloroso,
que enajenado, en dolorido acento
¡Ay! te demanda.

Cubra mis ojos la nocturna sombra,
cual si la parca con airado ceño 10
ya preparase a mi funesta suerte
lóbrega tumba.

Huyes veloz, cuando en eterno lloro
dejas sumido el corazón cuitado,
y en negro insomnio, por la mente cruzan 15
¡vértigos fríos!

¡Ay! triste noche, a mis cansados ojos
mas que a otros ojos fúnebre y sombría,
tiende tu velo, y de la tierra espanto
lóbrega reina. 20

¡Cándida luna! ¡tu fanal lumbroso
pálida oculta tras de opaca nube!
Huye, y la esfera que de nácar bañas
deja entre sombras.

Que no más luz que los celestes ojos 25
ni más placer que de mi bien la risa,
dulces alejan de la mente triste
negros temores.

¡Id, mis cantares, a la ingrata hermosa
cama funesta de mi amarga cuita! 30
Id susurrando y que D*** bella
blanda os escuche.

En un álbum

Si el corazón es altar
y el amor adoración,
éntrate en mi corazón
porque te quiero adorar.

La vida

Traducción de Víctor Hugo

Cuando de noche en tus brazos
oigo, pastora, tu voz,
y no sientes, di, cual palpita
inquieto mi corazón?
¡Oh! que tu acento apacible 5
me recuerda encantador
de mis días más dichosos
la pasajera ilusión.

¡Ay! ¡canta, pastora,
con tu dulce voz! 10

Cuando ríes, en tu boca
ríe el amor a la par,
y los celos desvanece
con su expresión virginal.

Donde esa risa apacible 15
no puede el dolo habitar,
o no es cierto que en los ojos
retratada el alma está.

¡Ay! ríe, pastora,
ríe por piedad. 20

Cuando duermes a mi lado
mientras yo velo por ti,
tu dulce aliento murmura
como el céfiro sutil.

Entonces eres más bella, 25
sin velar, sin encubrir
con enfadosos cendales
tu leve cuerpo gentil.

¡Ay! duerme, pastora,
que estás bella así. 30

Cuando dices que me amas,
creo, pastora, en tu fe,
y pienso que el cielo mismo
me abre su inmenso dosel.

Dudar... ¡oh! que no es posible 35
para el que un instante ve
el fuego de los amores
que en tus ojos brilla fiel.

¡Ay! ámame, y siempre
verásme a tus pies. 40

¡Ya lo ves! toda la vida,
pastora del corazón,
se encierra en estas palabras
de inapreciable valor.

Sin esto, todo es mentira, 45
todo es pesar o ilusión,
que el cielo nuestra ventura
en esto solo encerró;

el canto, la risa,
el sueño, el amor. 50

Profecía de Nahun

¡Ay! ciudad delincuente
llena toda de estrago y de mentira,
que con ímpetu ardiente
caerá sobre tu frente
la justicia de Dios brotando en ira! 5

¡Ay Nínive! que luego
el eco sonará del rudo azote
sin piedad a tu ruego,
y el carro oirás de fuego
y del fiero corcel, relincho y trote. 10

Espada reluciente
y lanza te herirá de viva lumbre,
y con sangre caliente
salpicará tu frente
de tus muertos la inmensa muchedumbre. 15

¡Mísera tribu impía
que olvidaste tu fe! no eres por cierto
mejor que Alejandría,
la que su rico puerto
en la margen baño del mar incierto. 20

Más pecó, y sin ventura
en el negro pecado adormecida,
marchitó su hermosura
en la impiedad hundida
y a los placeres del amor vendida. 25

Y en pago a su delirio,
cautiva de enemigos fue llevada
a do en negro martirio
gimió desventurada,
en cepos y mazmorras maniatada. 30

Y vio sus ancianos
que tarde alzaban con dolor al cielo
quebrantadas las manos,
postrados por el suelo
con agudos clamores sin consuelo. 35

Y en sus males prolijos,
presa también en manos de soldados
miró sus tiernos hijos,

por los pies amarrados
y en las agudas piedras estrellados. 40

¡Ay de ti, delincuente
ciudad, llena de estrago y de mentira!
¡Que con ímpetu ardiente
caerá sobre tu frente
la justicia de Dios brotando en ira! 45

¡Ay Nínive! que luego
el eco sonará del rudo azote
sin piedad a tu ruego,
y el carro oirás de fuego
y del fiero corcel, relincho y trote. 50

Espada reluciente
y lanza te herirá de viva lumbre,
y de sangre caliente
salpicará tu frente
de tus muertos la inmensa muchedumbre. 55

La primera edad

¡Eres niña! De la vida
no probaste los engaños,
que para tus verde años
la existencia es el amor.

Tranquila y adormecida, 5
en tu mundo de ilusiones,
no sabes de las pasiones
el afán devorador.

En esa edad de placeres
dulcemente embriagado, 10
dichoso y enajenado
niño aun, gocé también.

Y en la esperanza ilusoria
de mis pueriles amores,
perdí mis años mejores 15
tras aquel soñado Edén.

Ríe y goza descuidada
que en esa edad de ventura,
no hay tormentos ni amargura
que agiten el corazón. 20

Si hay amor, es dulce y blando

y de sueños se alimenta,
y por sus placeres cuenta
las horas de su pasión.

Mas, luego, cuando a tus ojos 25
asome de amor el llanto,
vendrá el triste desencanto
de ese mundo engañoso;

Y verás que desaparece
cual relámpago imprevisto 30
el mentido paraíso
con sus jardines en flor.

Ese prisma, que el aliento
de las pasiones empaña,
con imágenes te engaña 35
cubiertas de gasa y tul.

Así deslumbra tus ojos
con ilusiones distintas,
entre caprichosas tintas
de nácar, oro y azul. 40

¡Ay! ojalá no murieran
con desventurados fines
las risueñas esperanzas
de tus diez y seis abril.

Pero es fuerza que troquemos 45
los encantados jardines
y los sueños de oro y nácar
por realidades terribles.

Es fuerza que el soplo muera
de los céfiros sutiles 50
porque el nebuloso invierno
la lumbre del sol eclipse.

Esto es preciso; pero antes
que los pesares marchiten
la tersura de tu frente 55
que de inocencia sonrías:

Antes que sueños impuros
entre deseos febriles
ahuyenten del casto pecho
la pureza que en él vive, 60

baja al sepulcro, inocente,
inmaculada y sublime,
con tus bellas ilusiones,
con tu corona de virgen.

La garza

Soneto

Sube veloz por las etéreas salas,
garza fugaz, y al mundo señorea,
y opón al brillo de la luz Febea
la regia pompa de tus blancas galas.

Cuando las nubes en altura igualas, 5
si estremecido el mundo titubea,
la ruda tempestad tu frente orea
y el tremendo huracán mece tus alas.

Así yo un tiempo mi ligero vuelo
al un sol más puro remontar quería 10
y alcé mi orgullo a conquistar el cielo.

Pero nublose con sorpresa impía,
y las alas cortadas a mi anhelo,
murió su luz y la esperanza mía.

La despedida del cruzado

Mira; ya por la cima de aquel monte,
riente con su trémulo arrebol,
ilumina el espléndido horizonte
la blanca aurora que precede al sol.

¡Oh! cuán hermoso y vivo y transparente 5
ese vago crepúsculo oriental,
quiebra en las nubes su reflejo ardiente
tiñéndolas de gualda y de coral.

Quien lo dijera que tan triste día
puro y tranquilo amaneciera así, 10
hoy que burlando la esperanza mía
me obliga el hado a separar de ti.

Pero debo partir... fuerza es que rompa
la dulce paz de mi tranquilo amor,
por el ronco gemido de la trompa 15
por el grito de guerra atronador.

No apartes tu mirar turbio de enojos
para ocultar tus lágrimas. -No a fe,
que yo sé bien que el llanto de tus ojos
bálsamo siempre a mis dolores fue. 20

A Dios, y si te debe por ventura
algún recuerdo mi constante amor
no olvides que sin ti, sin tu hermosura,
también yo gimo con mortal dolor.

Acaso así, en un punto, en una hora 25
nuestras lágrimas juntas correrán,
y esta sola ilusión encantadora
será el alivio de mi negro afán.

El sacristán de Toledo

Fragmento de un drama lírico

PERSONAJES

PERANSÚREZ, por otro nombre don Hernando de Aguilar.
DON DIEGO DE AGUILAR.
BLANCA.
LUZBEL.
Doncellas al servicio de Blanca.
Soldados, diablos, brujas y otra gente menuda.

Escena I

HERNANDO, y COROS.

El teatro representa el interior del campanario de la catedral de Toledo. HERNANDO recostado en un poyo a la derecha del espectador. Al levantarse el telón se oye el órgano y el canto de los canónigos.

CORO (Dentro.) Señor, señor poderoso
de cielo y tierra hacedor,
junto a tu nombre glorioso
no hay otro nombre mejor.

UNA VOZ ¿Quién en tu tabernáculo 5
habitará
y en tu monte santísimo
reposará?

El que acata solícito
tu alto poder; 10
el que adora tu altísimo,
Tu inmenso ser.

CORO Señor, señor poderoso
de cielo y tierra hacedor,
junto a tu nombre glorioso 15
no hay otro nombre mejor.

HERNANDO ¡Siempre aquí, siempre gimiendo
y con doliente mirada
seguir la sombra adorada
que no es posible alcanzar! 20
¡Verla que cruza ligera
entre cortinas de gasa,
acechando cuando pasa
solo por verla y llorar!

UNA VOZ Reposará el que al prójimo 25
dijo verdad
y afrontar supo impávido
a la maldad.

Solo los que benéficos
y justos son 30
morarán en la célica
Santa Sión.

CORO ¡Señor, señor poderoso
de cielo y tierra hacedor!
Junto a tu nombre glorioso 35
no hay otro nombre mejor.

HERNANDO ¡Allí está! más bella
que fúlgida estrella
de vivo esplendor.
Con llantos y enojos 40
me lanzan sus ojos
miradas de amor.
Si acaso un tirano

te oprime inhumano,
¡quién es, dime, quién! 45
¡Posible es que viva
de un monstruo cautiva
la luz de mi bien!
CORO DE BRUJAS ¡Saudina! ¡Saudina!
HERNANDO ¡Qué sordo rumor! 50
CORO Ven... corre... camina...
Cabalga en los aires,
renueva tu ardor.
HERNANDO El viento es sin duda
si no escuché mal. 55
CORO Al sábado acuda
la loca cohorte
del genio infernal.

Escena II

Dicho, SAUDINA y coro de brujas.

Aparecen de repente por entre las troneras de las campanas, multitud de brujas caballeras en sendos mangos de escoba. SAUDINA viene entre ellas.

SAUDINA Silencio.
HERNANDO ¡Qué miro!
Si sueño o deliro... 60
SAUDINA Mandad a los vientos
que rompan violentos
cruzando la atmósfera
fatal tempestad.
Y en tanto que alumbre 65
su luz de un instante,
y el trueno en la cumbre
los orbes espante,
con danzas frenéticas
reíd y cantad. 70
CORO Vuela infernal espíritu,
cruza veloz
del espacio los ámbitos
a nuestra voz.
De los vientos las ráfagas 75
paso te den:
la luz del rayo cárdeno
brille en tu sien.
¡Luzbel, Luzbel poderoso
de los infiernos señor! 80

Tu nombre es el más glorioso
en la mansión del horror.
SAUDINA ¡Qué miro! ojos profanos acechaban
nuestra fiesta... mirad.
HERNANDO ¡Corazón mío!
Valor.
SAUDINA ¿Qué haces aquí, dime, a deshora? 85
HERNANDO Miro a la escasa luz de una bujía
una mujer que el corazón adora.
SAUDINA ¡Amor! tienes amor.
HERNANDO Sin esperanza.
SAUDINA ¿Por qué?
HERNANDO Porque al poder de los tiranos
el poder del amor muy poco alcanza. 90
SAUDINA Si alcanzará mancebo.
HERNANDO Si lo hicieras,
alma y vida serán para pagarle
Harto mezquino precio... di, ¿qué quieres?
SAUDINA ¿El alma me darás?
HERNANDO Eternamente
mi alma y mi salvación ahora te empeño 95
si de tanta hermosura me haces dueño.
SAUDINA Espera... pronto en venturosa calma
seréis unidos con perpetuo nudo.
Para ella el corazón: para mí el alma.
CORO Vuela infernal espíritu, 100
cruza veloz
del espacio los ámbitos
a nuestra voz.
De los vientos las ráfagas
paso te den: 105
la luz del rayo cárdeno
brille en tu sien.
¡Luzbel, Luzbel poderoso,
de los infiernos señor!
Tu nombre es el más glorioso 110
en la mansión del horror.

Escena III

Dichos, LUZBEL.
LUZBEL ¡Qué voces! ¡qué estruendo!
la noche callada
ya va difundiendo
su sombra fatídica... 115
¡Silencio! callad.

¿Por qué esos aullidos
que espantan los aires
cual roncós graznidos
de cuervos maléficós?... 120
Hablad, pues, hablad.
BRUJAS Prepare el infierno
suplicios y hogueras
de lento y eterno
y horrible dolor. 125
De amores se enciende
cuitado mancebo
que el alma te vende
si alcanza su amor.
LUZBEL Ven pues.
HERNANDO ¡Visión estupenda! 130
LUZBEL Ven y afirma con tu sangre,
que me cedés en ofrenda
por tu amor tu eternidad.
BRUJA Ves y en seco pergamino
firma con caliente sangre 135
que nos vendés tu destino
y con él tu eternidad.
BRUJA Y LUZBEL ¡Oh! lanza bramidos
de loca algazara,
mansión infernal. 140
Brama y de encendidos
carbones, prepara
el lecho fatal.
Que vendrá el alma comprada
a tus cavernas sombrías; 145
y en tu lóbrega morada
para siempre habitará.
Y lecho de fuego ardiente
será su lecho de amores,
y copa de plomo hirviente 150
su copa de amor será.

(Vanse por las troneras llevándose consigo a FERNANDO.)

Escena IV

BLANCA y doncellas.

Sala en casa de DON DIEGO DE AGUILAR, adornada como para una fiesta. BLANCA y sus doncellas salen por la izquierda. BLANCA pálida y melancólica se dirige a la derecha, donde hay un balcón.

DONCELLAS Blanca, Blanca, ya las aras
cubiertas están de rosas.

Hermosa entre las hermosas,
el amor te llama, ven. 155

Depón el rigor cruento,
bellísima desposada:
mal en la frente tocada
sienta el altivo desdén.

BLANCA ¡Noches aquí pasadas 160

en velador tormento!
¡Lágrimas consagradas
a un infelice amor!

Pasasteis como sueño
de mi niñez querida... 165
De hoy más será mi dueño
quien me dará su honor.

¡Y es fuerza apagar
amor acendrado!

¡Y cómo olvidarte 170
si aquí estás grabado,
recuerdo dulcísimo
de tanto placer!

¡Ay! ¡triste! ¡que en vano
mi suerte lamento! 175

¡Que al cielo inhumano,
con tétrico acento
mis quejas inútiles
se van a perder!

DONCELLAS Ven y con joyas y flores 180

prende tus largos cabellos,
y sonrían los amores
sobre tu cándida sien.

Ven, dulcísima señora
que el esposo enamorado 185
goce en los ojos que adora
y que lo adoran también.

BLANCA Cubrir de joyas y flores

en mal hora mis cabellos,
¡cuando pierdo mis amores 190
y pálida está mi sien!

Yo de un corazón señora,
dulcemente enamorado,
perderle cuando me adora
¡y yo le adoro también! 195

(Vanse por la izquierda. Cuando acaban de desaparecer, salen por escotillones HERNANDO y LUZBEL; este, vestido tan humanamente como es permitido a un diablo.)

Escena V

HERNANDO, LUZBEL.

Sala con capilla en el fondo.

HERNANDO ¡Uf, Salimos por fin! apenas creo
que la celeste luz gozan mis ojos.

LUZBEL ¡Ay mísero de ti! ¡Que aún no sospechas
cuanto te ha de costar tu devaneo
de miseria y de enojos! 200
¡Leve remedo del dolor futuro
es tu dolor, mancebo!

HERNANDO ¿Qué me importa
si el triunfo así de mi pasión procuro?

LUZBEL ¡Breve delicia, por penar eterno!
¡Gloria de un día en cambio de un infierno! 205

HERNANDO ¿No callarás, Luzbel? no me recuerdes
esa triste verdad en tal momento.

LUZBEL ¡Oh! ¡que en pos del placer viene el tormento,
la senectud tras de los años verdes!

HERNANDO ¡Huye, vete en mal hora! 210
Déjame con mi amor puro y risueño
de ilusión seductora.

LUZBEL ¿Manda el esclavo por ventura al dueño?

HERNANDO Dueño, pero del alma solamente
y solo en otra vida... 215
Deja que amor mi corazón aliente
y que apure su cáliz sin medida.

LUZBEL Hela que viene con la sien tocada
pálido el bello rostro.

HERNANDO ¡Sí, a fe mía!
¡Cual su garganta ostenta, torneada, 220
cubierta de lujosa pedrería!

Escena VI

Dichos, BLANCA, D. DIEGO DE AGUILAR, caballeros convidados y doncellas de
DOÑA BLANCA.

DONCELLAS Y CABALLEROS ¡Oh! ¡venturosa
la casta esposa

de alto señor!
Feliz la estrella 225
del que a una bella
roba el amor.

DIEGO Así, cantad... ¡el gozo me enajena!

Celebrad mi ventura
pues dueño soy dichoso 230
de tan alta hermosura.

Cantad la gloria del feliz esposo.

HERNANDO ¡Celos, rabiosos celos!

¿Qué pretendéis de mí?

BLANCA (¡Porque en mal hora
vida me disteis, sacrosantos cielos!) 235

DIEGO Ven, Blanca, ven... mi corazón te adora.

DONCELLAS Y CABALLEROS Feliz mil veces

tú que mereces
tan alto bien;
tú que venciste 240
su dolor triste
con su desdén.

(D. DIEGO toma por la mano a BLANCA y toda la comitiva los sigue. De improviso sobreviene una tempestad; el viento que entra por las ventanas apaga las luces y la puerta de la capilla desaparece. Se oye fuera en lontananza el canto de las brujas, BLANCA se desmaya y todos los convidados huyen.)

BRUJAS ¡Ay! vientos de la noche,

tended las alas trémulas:
aullando roncros cánticos 245
los aires agitada.

Cerrad con pardas nubes
la negrecida atmósfera
y del altar las lúgubres
antorchas apaga. 250

Los polos desquiciados
con vuestra fuerza indómita
sobre sus ejes trémulos
asombro al mundo den.

Atérrense las fieras 255
en sus cavernas cóncavas:
los montes estremézcanse
al súbito vaivén.

TODOS ¡Qué horror! ¡qué veo! huyamos...

DIEGO Contra mi amor el cielo se conjura. (Vanse.) 260

HERNANDO ¡Huid, necios, huid! yo solo dueño
puedo ser de su cándida hermosura.

(Coge en sus brazos a BLANCA.)

¡Eres tú, tú tan hermosa
y en mis brazos, estrechada!
¡Víctima desventurada 265
te llevaban al altar!

¡Oh! no... de tu faz llorosa
enjuta el llanto, bien mío,
que no puede el hado impío
nuestras almas separar. 270

BLANCA ¿Dónde estoy?

HERNANDO Aquí en mi seno;
en mi corazón ardiente
apoyada está tu frente
ya sin guirnalda nupcial.

BLANCA ¡Noche triste! ¡ronco el trueno 275
turba los aires veloces!...

Se oyen temerosas voces
que entonan canción fatal.

¡Presagio funesto
de negra ventura! 280
Ven, muerte, ven presto
mi pena a calmar.

Que tantos enojos
sufrir no es posible,
ni hay llanto en mis ojos 285
de tanto llorar.

HERNANDO Ya el hado funesto
trocose en ventura:
ven, Blanca, ven presto
mi dueño a calmar. 290
Que ya más enojos
sufrir no es posible
ni pueden mis ojos
mas tiempo llorar.

BLANCA ¿Quién sois vos?

HERNANDO ¡Por piedad! ¿no me conoces? 295

Ya las penas mi rostro demudaron
de tal y tal manera,
o al pensar que me amabas, ¡suerte fiera!
¿Acaso mis delirios me engañaron?

BLANCA ¡Eres tú! ¿no eres sombra? 300
¿Halagüeña visión no es la que miro?

¡Oh! ¡que el verte me asombra!
Que eres tú dime o no dime que deliro.

HERNANDO Yo soy, Blanca, el que muere por tus ojos
y en ellos presa el alma, 305

si enojados los ve, vive de enojos
y ellos solos le dan ventura y calma.

BLANCA Sí, sí... yo te imploraba
y tú vienes solícito
el llanto de tu esclava 310
piadoso a consolar.

Sí, ven y a los tiranos
arráncales la víctima
que arrastran inhumanos
al pie del sacro altar. 315

HERNANDO Sí, sí, yo te escuchaba
y vine aquí solícito,
triste, oprimida esclava,
tu yugo a quebrantar.

Sí, ven, que los tiranos 320
sobre, infelice víctima,
no logren inhumanos
llevarte hasta el altar.

BLANCA Aun niña, tristes agujeros
en mi frente se fijaron: 325

viejas hadas me anunciaron
desdichado el porvenir:
¡Oh! mintieron, por mi vida,
los agujeros y las hadas,
que con tétricas baladas 330
arrullaron mi dormir.

LOS DOS Si acaso envidiosa
de verme en tus brazos
la muerte estos lazos
viniera a romper; 335
¿qué importa? no puedo
desdichada
ser ya desdichado
extasiada
muriendo extasiado 340
de amor y placer.

Escena VII

Dichos, D. DIEGO DE AGUILAR, y caballeros que aparecen de repente con luces.

DIEGO ¡Qué miro!

BLANCA ¡Dios santo!

DIEGO ¡Qué horrible maldad!

CABALLEROS ¡Si entró por encanto
envuelto en las ráfagas 345

del negro huracán!
 HERNANDO ¡Ay Blanca!
 LUZBEL No temas...
 DIEGO Asidlos.
 HERNANDO ¡Luzbel!
 DIEGO ¡Insano! ¡blasfemas!
 CABALLEROS ¡Diabólico espíritu 350
 invoca el infiel!
 HERNANDO Venid, venid, que no os temo
 y río de vuestra saña,
 que el infierno me acompaña
 con su mágico poder. 355
 TODOS ¡Oh! ¡prodigio! ya el blasfemo
 se burla de nuestra saña,
 que el infierno le acompaña
 con su mágico poder.
 DIABLOS Ríe, ríe y nada temas 360
 que es impotente su saña
 y el infierno te acompaña
 con su mágico poder.

Este drama lírico se escribió para ejecutarse en el teatro de la Cruz en el año cómico de 1839 a 1840. Las exigencias, acaso justas, del maestro que estaba encargado de escribir la música para el primer acto, me obligaron a trastornarlo de tal manera, que solo han quedado en el que ha de representarse, algunos pocos versos de los contenidos en este.

Imitaciones de nuestros poetas de los siglos XVII y XVIII

Tristeza
 Romance

No más pretendas, zagala,
 que de amor al triste yugo
 otra vez rinda mi frente
 ya coronada de luto.

No más amor y placeres, 5
 pues al destino le plugo
 de mi Elisa los encantos
 ocultar en el sepulcro.

Su rostro que en otro tiempo

hacer mis delicias pudo, 10
no ya a mi gloria sonrío
por más que sus gracias busco.

Hora, tan solo tristezas
y recuerdos importunos
aquejan mi triste pecho 15
con mil tormentos agudos.

De mi dicha y mis placeres,
como de un sueño confuso
solo me queda el recuerdo
y este es mi mayor verdugo. 20

La soledad, la tristeza,
del bosque el silencio mudo,
quizá halagan dulcemente
este mi dolor profundo.

Deja, déjame, zagala; 25
que amor en su triste yugo,
fáciles dichas promete,
mas se tornan luego en humo.

El ruiseñor
Romance

No, cuitado ruiseñor,
con tus amantes querellas
interrumpas por la noche
el silencio de las selvas;

que tus trinos melodiosos 5
mi corazón enajenan
con tristes melancolías
y con memorias acerbadas.

También yo con dulces ayes
en mi juventud serena 10
de amor canté las delicias
bien ajeno de tristeza.

Hora, ¡infeliz! ya marchita
mi juventud lisonjera,
de mi pasada ventura 15

solo el recuerdo me queda.

¡Ay! en la flor de mis años
los pesares envenenan
mi corazón, y en mi alma
agudos tormentos penen. 20

Ya pasaron veinte abriles
por mi vida, sin que pueda
contar un momento solo
que no amargasen mis penas.

¿Y qué han sido? Un sueño vago, 25
una confusa apariencia
que solo endulzar pudieron
mis esperanzas ya muertas.

Aun de mi amor desdichado
con impresiones funestas 30
viva está en mi corazón
la memoria siempre tierna.

Felicidad, calma, todo,
todo lo perdí en la tierra...
Hasta mi bien me abandona 35
y en mis males se recrea.

Yo como tú la cantaba
¡O ruiseñor! mil finezas
cuando la noche extendía
en el cielo sus tinieblas. 40

Pero ¡ay! que fueron en vano
mis suspiros, mis ternezas,
que la ingrata no escuchaba
ni el acento de mis quejas.

No cantes más, ruiseñor, 45
no cantes más, que recuerdas
a mi pecho dolorido
estas memorias funestas.

Y tus trinos dolorosos
mil tormentos me renuevan 50
como una espina punzante
que el corazón me penetra.

La mariposa
Anacreónica

Veloz mariposilla
que ufana jugueteas
por las sutiles auras
en caprichosas vueltas.

¡Y con azul penacho, 5
erguida tu cabeza
haces vistoso alarde
vagando en la pradera!

¿Buscas flores y buscas
la miel y blanda esencia 10
en la erguida corona
de rosas y azucenas?

¡Ah! no... su miel sabrosa
no es tan dulce y suprema.
Cual la que exhala el labio 15
de mi adorada prenda.

Admira su fragancia
y bebe placentera
la miel que tú gustares
que es un panal su lengua. 20

Hora que adormecida
con mis amores sueña,
sin temor de sus ojos
con lento vuelo llega.

Llega y en torno un rato, 25
tímida voltejea,
batiendo tus alitas
que resuelen apenas.

Toca, toca sus labios
el que el amor se alberga, 30
y ufana te embebece
en su olorosa esencia.

Apura, mariposa,
apura cuanto quieras,

que es veneno inexhausto 35
tu boca dulce y leda.

¡Qué! ¿picas sus mejillas?
¡Insensata! no creas
que son fragantes rosas
por más que lo parezcan. 40

No toques sus ojuelos;
¡ay! mira que te acercas
a un sol que te abrasara
si los abriese apenas.

Huye, mariposilla, 45
o de tu audacia ciega
recibirás el premio
con una muerte cierta:

pues donde quier que miran
cual rayos centellean, 50
y abrasarán tus alas
como mi pecho queman.

A una ingrata
Canción

Memorias dolorosas
de mi traidora amante,
huid de mí un instante,
dejadme por piedad.

¡No más ya de sus ojos 5
veré la luz serena!...
La suerte me condena
a eterna soledad.

¿Es cierto? ¡yo te pierdo,
y en noche tenebrosa 10
tu imagen deliciosa
jamás contemplaré!

¡Así mi amor se paga
con tan ingrato olvido!
¡Y tal el premio ha sido 15
de mi constante fe!

¡Ay! ¡tu rigor injusto

me arranca de tus brazos,
rompiendo así los lazos
de nuestro mutuo amor! 20

¡Mal haya quien insano
con esperanza ciega
su corazón entrega
para tan gran rigor!

¡Oh! pero el cielo acaso 25
burlando tu esperanza
dame la venganza
de tu traición cruel.

Y pronto acaso, un día
llorarás, mujer triste, 30
el alma que perdiste,
siempre constante y fiel.

Pero aunque tarde fuere
y aunque llore ofendido
de ese tu injusto olvido 35
la negra sin razón.

¡Oh! vuelve a mí: en el pecho
qué amar constante sabe
jamás el odio cabe,
y olvida tu traición. 40

La noche

Oda

¿Qué fue del sol brillante
que en su luciente carro majestuoso
con inexhausto fuego luminoso
brilló en el ancho cielo?
¿Del disco fulminante 5
que con pausado vuelo,
por la rosada esfera
de oro y carmín bordaba su carrera?

Ya trémulo y riente
en el ocaso dispó su lumbre, 10
mientras del cielo en la eminente cumbre
la noche con agrado
arrastra dulcemente
su carro pavonado,
y su fuente derrama 15
torrente puro de argentada llama.

Ese espacio anchuroso
que en sosegada calma se adormece,
a mis ojos atónitos ofrece
 su inmensidad oscura, 20
 y el disco luminoso
 colmado en lumbre pura
 de la luna argentada,
 los rayos vibra de su luz prestada.

Sereno y dulce el viento 25
conmueve mansamente el éter vago,
y resbalando en soñoliento halago
 bate sus tenues alas
 con su murmullo lento,
 y las brillantes galas 30
 de que se adorna el prado
sella con blando beso regalado.

Ya mece voluptuoso
de las cándidas violas la corona
o ya sus verdes tallos eslabona 35
 revolando agitado;
 ya alegre y bullicioso,
 ya trémulo y cansado,
 y a todas partes gira,
y con arrullos de placer suspira. 40

Los árboles sombrosos
sacuden ya sus ramas extendidas
por el viento cien veces conmovidas,
 y en su verdor naciente
 los rayos luminosos 45
 de la luna esplendente
 reflejan su luz pura
 corriendo el velo de la sombra oscura.

Ya las pintadas flores
por el calor del día desmayadas 50
sus vástagos levantan animadas,
 y con lánguido beso
 dulce con mil olores,
 el céfiro travieso
 en sus corolas toma 55
 porción fragante de sutil aroma.

El ruiseñor en tanto

cantando de su amor el blando fuego
aqueja triste con doliente ruego
a su bien desdeñoso. 60
¡Oh! ¡qué sonoro canto!
¡Qué acento melodioso!
Cual su dulce gemido
con tristísimo son hiere mi oído.

Canta, canta avecilla, 65
y recrea mi oído placentero
con tu trinar acorde y lisonjero.
Canta la dulce gloria
de tu pasión sencilla,
y halaga mi memoria 70
que estática, embebida,
de su existencia y su dolor se olvida.

¡Cuánta y cuánta belleza!
La luz cruzando entre la niebla umbría
calma el espanto de la noche fría 75
con brillo inexplicable.
¡Qué elevada grandeza!
¡Qué delicia inefable!
¡Qué inexhausto torrente
de alegría y de amor mi pecho siente! 80

¡Elévate, alma mía,
atónita a admirar en su riqueza
tanta sublimidad, tanta belleza!
Contempla enajenada
la majestad sombría 85
de la noche callada,
y el tenebroso velo
que horror difunde por el ancho cielo.

Contempla la hermosura
del plateado disco luminoso, 90
de esa antorcha de aspecto misterioso,
qué pálida mostrando
su luz tranquila y pura,
en el reposo blando
parece desmayada 95
su faz velando en gasa nacarada.

¡Oh noche! ¡cuán sublime
es el placer que infundes, soberano,
al extender tu poderosa mano!

Contigo el desgraciado 100
que entre dolores gime
consulta su cruel hado:
ledo el sabio te admira,
y en ti medita, pues tu horror le inspira.

Salud, ¡oh noche hermosa! 105
Serena noche, cuya faz augusta
al bueno place, ¡al delincuente asusta!
¡Salud! y el alma mía
siempre admire dichosa
tu majestad sombría, 110
y goce en tu influencia
el sublime placer de la inocencia.

Abandono

Idilio

Mil veces me miró la noche fría
sola en el yermo, mustia, desolada,
y de mi tierno amante separada
triste buscarle por la selva umbría
de pena traspasada. 5

Errante vago por la selva y monte:
importunan mis quejas a los vientos,
y vagan desdichados mis lamentos,
perdiéndose en el lúgubre horizonte
con tétricos acentos. 10

Triste, sola, sin guía y sin camino
la dura tierra piso enajenada:
del hielo y de la escarcha maltratada
siento mi planta vacilar contino
y caigo horrorizada. 15

¿Qué fue de mi esperanza lisonjera,
de mi dulce esperanza encantadora?
¡Ay! ¡todo, todo me faltó en un hora!...
Como niebla falaz huyó ligera
de males precursora. 20

Abandonada aquí del amor mío
penas sin cuento en mi interior devoro,
y sus recuerdos que insensata adoro

me arrancan con insano desvarío
las lágrimas que lloro. 25

¡Triste de mí, porque escuché en mal hora
suspiros de un amor tan bien fingido!
¡Triste de mí! ¡que en pago merecido
premiaron mi pasión abrasadora
con tan ingrato olvido! 30

¡Oh! maldito del cielo y de la tierra
quien burla así cruel de fe tan pura,
y maldito el que así con amargura
marchito infiel cuanto mi pecho encierra
de amor y de ternura. 35

La calma
Soneto

No vi la pompa de dorada cuna
mecer mi infancia ni halagar mis días,
ni vi prestarse a las pasiones mías
el celo encantador de la fortuna.

Jamás mi mente en esperanza alguna 5
se alimentó de locas fantasías.
Ni mi sueño entre imágenes sombrías
turbara la ambición, negra, importuna.

¡Pero en pobreza mísera la suerte
guardo a mi afán un término medido 10
y un corazón en la desgracia fuerte!

De este modo mi anhelo reducido,
¿qué tener debo el hora de mi muerte
si más felicidad no he conocido?

A la aurora
Himno

¡Ven, ven, plácida aurora!
Mensajera de paz, brilla esplendente
con faz encantadora,
velando tu alba frente

de pura llama en fúlgido torrente. 5

De nubes circundada,
la túnica de rosa desplegando,
de la noche callada
las sombras ahuyentando,
alzas, aurora, el rostro venerando. 10

Y te aplauden las aves
con melodioso canto no aprendido
en tonos mil, suaves,
y con blando gemido
suspira el aura en el vergel florido. 15

El prado reverdece,
las flores alzan su corola hermosa,
y tu mano la ofrece
con lluvia deliciosa
nuevo matiz a la purpúrea rosa. 20

De flores coronada
sales prestando al congojado suelo
la quietud anhelada,
y extiendes por el cielo
de nácar y oro el transparente velo. 25

El primer amor

Letrilla

¡Ay! ya palpitar
mi pecho se siente,
que niña inocente
también sé yo amar.

Pasó en un momento 5
mi plácida calma,
dejando en el alma
de amor el tormento,
que crudo aquí siento
mi pecho abrasar. 10
-Que niña inocente
también sé yo amar.

Por el monte y prado
yo libre solía

llevar por el día 15
mi manso ganado,
y hoy solo a mi amado
me sé encaminar.
-Que niña inocente
también sé yo amar. 20

Tal vez la venida
canté de la aurora,
que el prado colora
y al campo da vida,
y hoy, solo embebida 25
amor sé cantar.
-Que niña inocente
también sé yo amar.

Mas ¡ay! que si adoro
con tanta ternura, 30
también sin ventura
mil ansias devoro,
y trémula lloro
con largo afanar.
-Que niña inocente 35
también sé yo amar.

Placer de los cielos
te juzga engañado.
Quien nunca ha gustado,
amor, tus desvelos, 40
quien nunca en mis celos
sintiose quemar.
-Que niña inocente
también yo sé amar.

¡Y ansiosa aunque veo 45
tus ansias y abrojos,
te siguen mis ojos
con tierno deseo!
No sé si te creo,
mas no sé dudar. 50
-Que niña inocente
tan solo sé amar.

Cuan otras mis horas
pasaban serenas
sin sustos ni penas 55
de quejas traidoras,

y hoy sufres y lloras
con duelo sin par.
-¡Oh niña inocente
que sabes ya amar! 60

A la muerte de E***

Soneto

¡Rosa marchita que en tu bella aurora
víctima fuiste del rigor del hado!
¡Flor malograda que con ceño airado
la parca horrible desoló traidora!

¡Oh! ¡cuánto has sido triste! en vano llora 5
siempre Dalmiro en tu sepulcro helado,
que a cada instante un eco desmayado,
murió, me dice, tu infeliz pastora.

¡Y no más la veré! ¡terrible pena!
¡Y no más en su rostro la sonrisa 10
hará mi encanto, de delicias llena!

¡Oh! ¡dura suerte! ¡obligación precisa!
¡Que ya más no veré su faz serena!
Que ya no existe mi adorada Elisa.

La soledad

Elegía

Ya las gastadas cuerdas de mi lira
no suenan dulces, ni del mar de Alcides
doman las olas acallando el Euro.
En mi pecho se agitan las pasiones
luchando con furor, el seno hinchando 5
que las abriga mísero, y resuenan
como las olas que furiosas batan
de la alta Cádiz los soberbios muros.

Ni ya la primavera con sus flores
borda los campos do el amor un día 10
oyó en sus aras apacibles quejas.
Helado viento, de la blanca rosa
la belleza agostó: la parda sombra

con manto triste sorprendió las selvas.
Lúgubres cantos, dolorosos ayes 15
oigo do quier: ¡las aves en el bosque
lloran su amor perdido, y yo, cuitado!
Lloro también y lloro sin consuelo.
¡Ay! ¡el rumor confuso de los vientos
anuncia tempestad! el viento ronco 20
brama del monte en las cavernas hondas.

¿Pero qué turbia luz brilla en el cielo?
¿Qué ráfagas tristísimas? la esfera
de su lóbrego seno lanza airada
fantasmas de terror, ¡negras visiones! 25
¡Entre las nubes, raudo centellea
cárdeno rayo que su seno hiende
y estalla con pavor! luego entre sombras
la tierra calla con temor profundo.

¡Presagio funeral! ¡silencio triste! 30
En otro tiempo, en otro, vuestro ceño
mi pecho enajenó, cuando entre sombras
misterioso el amor hizo mi dicha.
Entonces, yo contento en mis cadenas
vuestras tinieblas disfrutar quería... 35
Hoy, todo aumenta sin cesar, mis penas;
hoy, todo es negro a la congoja mía.

¡Y así me dejas, Laura! Tus encantos
en otro suelo brillarán, en otro
más que estos campos tristes, ¡afortunado! 40
Ayer eras mi bien, ayer gozosa
eras la luz que mi pasión seguía,
hermosa cual la flor en los desiertos
o como estrella que brilló entre nubes
pasado el huracán.

Ya mis querellas 45
se pierden entre el lóbrego silencio
y tú no escuchas mis dolientes ayes.
Ya ni mi llanto ni el cantar sombrío
me tornarán mi bien: doliente el eco
aquí en la orilla fugitivo expira 50
o allá á lo lejos en el bosque umbroso.

¡Memorias de dolor! ¡en aquel tiempo
era la noche bella y apacible!
¡El céfiro la copa sonadora

del alto roble, trémulo mecía, 55
entre juncos y flores agitando
su vuelo encantador! Ya las tinieblas
sorprendieron con alas silenciosas
la luz nocturna en su fanal de plata,
y del céfiro en vez, silva furioso 60
ábrego fiero en árbol deshojado.

Todo cambió: mi pecho enamorado
tranquilo estaba en apacible calma
¡y hoy devorado de dolor se agita!
Hoy ya la imagen de mi bien querido 65
se me presenta en sueños engañosos
burlando mi aflicción: rápida empero
luego se oculta entre tinieblas frías.
En otro tiempo su beldad, sus gracias
mis ojos de placer embelesaron 70
no como sombra que fingió la mente.
Su blanco seno, su purpúrea boca,
y sus ojos de amor, nunca evitaban
mi dulce halago, ni las ansias mías
así evitaban, mi querer burlando. 75

¡Ay! todo horror es ya, y hasta el recuerdo
de mi pasado bien es doloroso.
Mis ojos eclipsados con el llanto
ya aborrecen la luz, y ansioso gimo
en mustia soledad sin esperanza. 80
Rosa infelice que en el valle agita
furioso vendaval, la mustia frente
al suelo inclino con amargo llanto.

Aquí, cuando la noche silenciosa
su carro arrastra de ébano entre nubes 85
ahuyentando la luz, la tortolilla
con triste arrullo su viudez lamenta.
De la lechuza el canto solitario
allá de lejos en el bosque umbrío
triste resuena con medroso acento. 90
El silencio, el terror de las tinieblas
hielan mi sangre y en mi pecho ahogan
el ¡ay! de llanto que exhalar pretendo.
Ya sin fuerzas mis plantas titubean,
y ciego por la selva solitaria 95
luchando voy con mis memorias tristes.
¡Vuelve, pasado bien, vierte en el alma
de un desdichado tu apacible sueño!

¡Vuélveme ya la suspirada calma
que en larga ausencia me robó mi dueño! 100

¡Funesta ausencia! malhadado día
en que dejaste ¡ay Laura! ¡tus hogares
para jamás tornar! sin ti desierta
está de Cádiz la funesta orilla,
y ¡oh! ¡cuantas veces de su margen triste 105
ya piso las arenas, lamentando
con largo afán la libertad perdida!
¡Cuántas la noche sollozar me oyera
su negro manto desplegando, y cuántas
lloró sus penas a la par conmigo 110
cantando el ruiseñor! la margen muda
oyó su canto con silencio triste.

¡Negro silencio! ¡pavorosa noche!
¡Las sombras que me ofuscan y rodean
son présagos de mal! tétrico el búho 115
su canto empieza con clamor horrible.

Ya no hay consuelo para mí: los vientos
bramando con furor, la rosa agostan
que fue del prado la delicia, y secan
su penacho de nácar. ¡Ay! ¡los hados 120
marchitaron así con mano cruda
mi juventud, mi paz y mis amores,
rosas que el euro desoló! ¡mi llanto,
mi llanto solo y mi dolor os queda!
Vosotras, otro tiempo mis delicias, 125
no existís para mí: la paz amiga,
el inefable encanto que vosotras
me inspirasteis risueñas ¡ay! volaron,
volaron tristes como sombras leves.

Ya no más os veré: ¡desamparado, 130
sin consuelo ni paz, vivo tan solo
para llorar los plácidos momentos
que con vosotras disfrutaba un día!
¡Ah! ya mi pecho de gemir cansado
respira apenas con mortal fatiga, 135
y aún maldice el momento desgraciado
que me privara de mi dulce amiga.

A Dios, ¡Laura infeliz! mientras huyendo
del seno de tu amor surcar los mares
tu faz de rosa en lágrimas bañada, 140

yo, yo cuitado, de dolor expiro.
¡Con funesto rigor la suerte impía
hoy me ha robado tu beldad que adoro!...
No cese nunca el canto de agonía;
jamás se extinga mi incesante lloro. 145

Fingal

Fantasía dramática en cinco actos

Personajes

RINO, rey de Caledonia.

FINGAL, su hijo.

BOSMINA.

DUTCARON.

SORGLAN.

Guerreros.

Bardos.

Espíritu 1º.

Espíritu 2º.

La época pertenece a la historia antigua de los pueblos celtas. La acción pasa en un bosque inmediato a Selma, cuyos muros se dejan ver a lo lejos. Algunas tumbas esparcidas sin orden, y una de ellas más hacia el proscenio, delante de la cual aparece arrodillada BOSMINA.

Acto primero

Escena I

BOSMINA ¡Ya no más te veré, querida madre
de Bosmina infeliz! nunca tu seno
a estrechar volveré; ni más la calma
veré dichosa en tu regazo ledó.
Por siempre te perdí: sola, aquejada 5
de cruda pena y de dolor acervo,
sobre la tumba que tus restos guarda
amargo llanto de ternura vierto.

Aquí en el seno de la huesa fría
te escondes por mi mal: ya no te veo 10
por la selva vagar. Tu vida oculta
velo espantoso de eternal misterio.
Salud y gloria en el celeste espacio
por siempre goces y descanso eterno:
salud, querida madre, mientras lloro 15
sobre esta losa de presagio horrendo.

Escena II

Dicha, SORGLAN.

SORGLAN Hija de Morna: si en tu mal la suerte
su vida te robó, no en llanto eterno
estén tus ojos sin cesar bañados:
abre a la paz tu desolado pecho. 20
Ella goza la dicha inalterable,
la gloria inmensa concedida al bueno,
y en nube celestial sobre ti vaga
de luz cercada y esplendor risueño.

BOSMINA ¡Ay! dejadme llorar: el hado impío 25
me privó del apoyo, del consuelo
que pudo hacer mi dicha: abandonada
en mísera orfandad, ¿adónde vuelvo
mis ojos tristes que el horror no encuentre?
Dejad que lllore mi dolor acervo. 30
Sola en la tierra, ignoro todavía,
¡ay! quien mi padre fue: pudiera al menos
estrecharle en mis brazos; ¡tributarle
de padre el nombre en amoroso acento!
¿Y cuándo, cuándo romperán mis ansias 35
ese tenaz y misterioso velo
que oculta mi nacer? Mi madre acaso
mil veces intentó de este misterio
el secreto romper; mas la palabra
quedaba helada entre sus labios yertos. 40

SORGLAN ¿Nada, nada aclaró?

BOSMINA Cuando la muerte
languidecía con eterno sueño
sus ojos ya eclipsados, «¡hija mía!»
dijo con triste voz... «Guárdete el cielo
a ser más venturosa que esta madre, 45
víctima triste del destino adverso.
No nací en Selma, que en Loclin he visto
de mis mayores el alcázar regio

y su diadema altiva y poderosa
la frente esclareció de tus abuelos. 50
¡Ay! ¡cuántos malos tus serenos días
vendrán a envenenar! ¡cuántos tormentos!
Ven a la tumba, ven; allí se goza
solo la paz en el eterno suelo.»
Entonces, con sus manos me estrechaba 55
cual si quisiera en su afanoso anhelo
arrastrarme al sepulcro... para siempre...
Allí... ¡exclamaba en dolorido acento!...
Allí... sus ojos espantados brillan,
vuelve a mirarme con dolor gimiendo; 60
el rostro torna, y por sus venas frías
rápido corre de la muerte el hielo.
Exánime la vi, pálida, yerta...
Y vivo yo... ¡infeliz! Y el hado al menos
piadoso a mis pesares, no me arranca 65
a esta vida execrable que aborrezco.

SORGLAN Modera tu dolor: quizá la dicha
tiende su mano a tu destino adverso.
Corren tus días por la amarga senda
del llanto y del dolor, desvaneciéndose 70
esa belleza celestial...

BOSMINA ¡Amigo!

¿De qué me sirve recibir del cielo
estos encantos, ¡ay! cuando me roban
de mi cariño el amoroso objeto?
Yo le amaba, Sorglan, yo le adoraba, 75
y él ¡infeliz! de mi presencia huyendo,
En vez de mis caricias inocentes
buscó la guerra en extranjero suelo.
Mil y mil veces demandé llorosa
mi suspirado amor, y mil corriendo 80
allí del Morven por la opaca cima,
dominando los mares turbulentos,
esperaba su vuelta; pero en vano:
el desoyó mis angustiados ecos,
y nueva pena atribuló mi alma 85
dando mi bien y mi esperanza al viento.

SORGLAN ¿Ves cuán sin causa tu dolor aumentas?

Él pronto ya a volver.

BOSMINA No lisonjero

halagues mi dolor: sé que no es dado
alivio alguno a mi fatal tormento. 90

SORGLAN No lo debes dudar; la infanda guerra
alza iracundo su estandarte fiero
delante de Inistor. Quizá la fama

llevó ligera de la patria el riesgo
a los valientes que en Loclin combaten, 95
y a libertarla del romano acero
ansiosos corren, y Fingal los sigue,
y viene a mitigar tu llanto acervo.

BOSMINA Quién sabe... acaso en la tremenda lucha...

¡Qué presagio fatídico y funesto! 100
¡Ay Sorglan! no me es dado imaginarlo
sin que se llene de terror mi pecho.
¿Qué me queda por fin... abandonada,
di, qué me resta si Fingal ha muerto?

SORGLAN Tú aumentas tu dolor con esa imagen 105
ilusorio y falaz. ¿Por qué tu pecho
solo busca el horror?

BOSMINA Porque en él hallo
toda mi dicha, todo mi consuelo.
La tristeza me es dulce, y aquí busco
en mustia soledad mi bien supremo. 110
Aquí lloro la paz que ya he perdido,
y mi antiguo placer demando al cielo.

SORGLAN Mas que rumor...

BOSMINA Sorglan, son los valientes,
¡los hijos de Inistor!

SORGLAN Ellos son, ellos.
Los fuertes, los magnánimos... de gozo 115
quiere salirse el corazón del pecho.

Escena III

Dichos, RINO y guerreros que se ven desfilar por el monte. Queda RINO en la escena.

RINO Suelo donde nací, yo te saludo:
tras largos años a pisarte vuelvo,
tras largos años que en defensa tuya
sangrientas lides excitar me vieron. 120
¡Belleza angelical! así era hermosa
La prenda de mi amor: así en un tiempo
en su amoroso y celestial semblante
brilló la gracia del placer risueño.
¡Hija querida!... ¿si tu amante padre 125
a verte tornará?.. ¡qué miro! ¿es cierto?..
Sorglan...

SORGLAN Mi rey.

RINO ¡Bosmina! ¡amigos míos!
¡Mis hijos, mi placer! ¡al fin os veo!
Al fin en vuestros brazos estrechado

piadoso atiende a mi querer el cielo. 130
Gracias os doy, espíritus divinos,
que vuestro brazo sobre mí extendiendo
y escuchando mis súplicas ardientes
hacéis mi dicha en tan feliz momento.
Hoy que la patria mi favor demanda 135
su grito escucho, y a su ayuda vuelo
en la mano el laurel de la victoria,
pero de sangre y de dolor cubierto.

.....
.....

¡Cuántos hijos y madres desoladas
hoy llorarán en abandono eterno 140
la pérdida del padre y del esposo
que allá en los campos de Loclin cayeron!
¡Cuántos que apenas la risueña aurora
vieron de su existir! Cayó el guerrero:
de sus huellas en vez se advierten solo 145
tristeza y luto en el hogar desierto.

Hoy otra lucha negra se prepara
quizá de más horror. ¡Y también debo
a la lid conducirlos, a la muerte!
¡Triste deber de ingrato ministerio! 150
Mas... ¿qué miro? ¡Tus ojos inundados
en lágrimas están!... tu rostro bello
ya pálido y marchito... ¿cuál congoja
puede afligir tu lastimado pecho?

BOSMINA Negro pesar oprime el alma mía: 155
dejad que lllore con dolor acervo.

RINO ¿Y Morna?

BOSMINA ¡Por piedad!

RINO ¿Lloras? ¿te agitas?
¿qué fue de la infeliz? ¡Este misterio,
el sitio, tu pesar!...

BOSMINA Allí reposa
y no más se alzaré.

RINO Su tumba ¡oh cielos! 160

BOSMINA Murió, murió, pero en la huesa fría
aún vive para mí; y este silencio
de muerte precursor, esta tristeza
halaga dulce mi afligido pecho.

Aquí la impulso, y aunque muda y fría 165
yo la escucho pedir con triste acento
mi llanto y compasión, y yo demando
aquí postrada por su paz al cielo.

SORGLAN Vedla, señor, de pena enajenada
sin auxilio, sin gloria y sin consuelo, 170

En la margen del Loda turbulento
al peso de sus ansias agobiado: 205
y mil y mil los montes recorriendo,
con espantosos ayes, sus congojas,
sus negras ansias explicaba al viento.

SORGLAN ¿No hay un medio, señor?

RINO No... Su destino

es horrible quizá... su mal es cierto. 210
No es tiempo de ocultarlo: en largos años
guardé en mi pecho tan fatal misterio
por su amor, por su bien. Hora que yace
de la tumba en el lóbrego silencio
para siempre jamás, debo explicarte 215
todo el horror de mi destino adverso.
Ha largos años que la infanda guerra
alzó en Loclin el estandarte fiero,
de Inistor amagando las riberas.
Fiera y terrible cual la voz del trueno, 220
la voz de destrucción salva los mares
y a la lid se aperciben mis guerreros.
Vencí las huestes de Esnivan: persigo
hasta Loclin sus miserables restos,
que allá llevaron llanto y exterminio 225
si acá la guerra y el furor trajeron.
Allí la bella Morna residía,
la hija de Esnivan: ¡yo quedé ciego
al contemplar sus gracias! ¡Si la vieses
bañada en llanto, triste y sin consuelo, 230
por su padre y su patria demandando
la dulce paz con ayes lastimeros!
Sublime y bella me robó la calma
yo la paz la otorgué. De Morna empero
probé la gratitud, y sus caricias, 235
su dulce amor mi recompensa fueron.
Ven (la dije) a mi patria: allí te esperan,
la ventura, el amor: un lazo eterno
me estrechaba a la tierna Eviralina,
pero nada miré. Mi error funesto 240
condujo a Morna al hondo precipicio,
y huyó por siempre del hogar paterno.
Así ha vivido dilatados años
mi seducción y engaños maldiciendo,
y arrastrando a la tumba silenciosa 245
su deshonor y eterno vilipendio.

SORGLAN ¿Y Bosmina?...

RINO Es el fruto desgraciado
de un insensato amor.

con dulce placidez. Tributo puro
que previno amoroso mi conato.
¿Quién sufrió como yo? Por todas partes 5
tristes me cercan confusión y llanto.
Madre mía, ¿por qué me abandonaste?
¿Por qué en triste orfandad y desamparo
dejas sumida a la infeliz Bosmina?
Ven a mi voz, consuela mi quebranto. 10

Escena II

Dicha, DUTCARON.

DUTCARON Allí está: gime... ¡de su tierna madre
abandonada la infeliz!.. en vano
llora su muerte, que jamás la tumba
el bien le tornará que le ha robado.
¡Qué apacible es su rostro! ¡Cómo brilla 15
muy más sublime en su apenado llanto!
Hija de Morna...

BOSMINA Dutcaron...

DUTCARON ¿Tú temes?

BOSMINA ¿Sois vos?... idos de aquí... no importunando
con vuestras quejas mi afligido pecho
dobléis mi pena y mi tormento amargo. 20

DUTCARON ¡Ingrata siempre!

BOSMINA En tan funesto sitio

llorosa cumplo mi deber sagrado,
dejadme por piedad... en esa tumba...
Allí descansa. En días tan aciagos
¿de amor habláis a la infeliz Bosmina? 25

DUTCARON Tan respetable sitio no profano.

Puro es mi amor cual tu virtud es pura;
pero aunque ciego amante te idolatro,
de tu orgullosa obstinación recibo
negras repulsas de mi amor en pago. 30

BOSMINA ¿Qué pretendéis en fin?... de mis amores
y de mi corazón ya no me es dado
arbitra disponer. Ya mis promesas
de amor al yugo mi cerviz ataron.
Yo no debo ocultarlo por más tiempo, 35
¿qué podéis esperar? Hoy ya tornando
con dulce afán tras de horrorosa lucha,
tal vez saluda los hogares patrios.

DUTCARON Otro objeto, otro amor... por eso ingrata,
por eso desdeñaste mis halagos. 40

¡Y qué! ¿Un feliz rival ha merecido
gozar la dicha que esperaba en vano?

Un rival... ¡oh baldón! Y tú infelice...

BOSMINA ¡Ah! qué extraño furor...

DUTCARON ¡Yo despreciado!

No más sufrir. Si en días más felices 45

pude esperar de tu desdén ingrato

la saña mitigar, si yo anhelaba

gozar tu amor en plácido descanso

mi esperanza voló. Solo me resta

en premio de mi afán, eterno llanto. 50

No... llanto no... y a mi pesar... ¡Bosmina!

A mi pesar te admiro y te idolatro.

¿Y he de mirar tranquilo que se goza

un rival insolente y temerario

en las gracias que adoro, y yo suspire 55

lejos de ti, sus glorias envidiando?

No, no será: primero ha de arrancarme

tu imagen adorada y tus encantos

que aquí fijos están. Antes me vea

yerto en la tumba que me alzó su mano. 60

Tema, tema mi cólera: el impío

que así tu corazón ha fascinado

no gozará de su maldad el fruto.

BOSMINA ¡Dutcaron! ¡Dutcaron!

DUTCARON ¿Temes acaso

por su vida? El audaz que me provoca 65

su impuro amor defenderá esforzado?

BOSMINA Fuerte es su brazo en la tremenda lucha,

fiero y terrible como el negro rayo.

Con dulce afán, hoy torna victorioso

en ardua lid, del enemigo campo... 70

No turbéis su placer... Cuando descubra

las altas rocas de los montes patrios

lleno de amor y plácida esperanza,

¿podrá pensar que vuestro ardor insano

el exterminio, la aflicción y lloro 75

le guarda en vez de fraternales brazos?

Tras largos años de la patria lejos

por su salud su sangre derramando,

debe esperar...

DUTCARON ¡Ah! calla: tus palabras

irritan más mi enojo. Lo he jurado. 80

¿Quién es el infeliz? No me lo ocultes.

BOSMINA Nunca su nombre sonará en mi labio.

Amadle como yo... si... y os prometo

fiel gratitud de vuestro amor en pago.

¡Cuántas veces en medio de las lides,
en medio de la muerte y sus estragos 120
Fingal ansió este día: al contemplarme
lejos de ti, privado de tus brazos,
se marchitó el laurel de mis victorias,
se oscureció la pompa de mis lauros!

BOSMINA ¡Ay! que tu padre inexorable intenta 125
separarme de ti... Yo lo he notado...

Al hablarle Sorglan de mi cariño,
fue repelido, y... le rogaba en vano.

FINGAL Mi padre... es cierto, a mi querer se opone:

mas nadie, nadie del objeto amado 130

me podrá separar. Lance la guerra

segunda vez su fulminante rayo,

que en muelle paz reposará tu amante

lejos por siempre de la pompa y lauros.

Pompa ficticia, lauros que los hombres 135

con sangre, ruina y destrucción compraron:

¡ay lejos de mis ojos! Mayor dicha,

mayor felicidad entre tus brazos

me reservaba amor, y yo te juro

nunca jamás volver a abandonarlos. 140

Oigan los cielos mi alto juramento,

y el rayo eterno con furor vibrando,

si olvidare tu amor me hundan por siempre

allá en el seno del sepulcro helado.

Vague en la tierra si perjuro fuese 145

de asombro lleno, de aflicción y espanto,

y huyan de mí los hombres y me nieguen

con odio eterno su piedad y amparo.

¿Tras de tanto anhelar yo fuera impío?

Mil veces en la margen reposando 150

del undoso Gormal, odiaba el sueño

en tu memoria absorto, enajenado.

Si con estruendo rápido la muerte

veloz corría en el confuso campo,

en medio de la lucha tu memoria 155

era todo mi bien. Ella mi brazo

teñido en sangre al triunfo dirigía

¡cuántas veces tornar al suelo patrio

ansió mi corazón! En la ribera

absorto vi los mares dilatados 160

que en días para siempre dolorosos

de mi prenda de amor me separaron.

Allí esta, me decía, allí demanda

por su amante infeliz, y pide en vano:

quizá no tornará. Tal vez descubra 165

la parda nube en el oscuro ocaso
allá de Cromla en la empinada cima,
y fascinada, mi ligera nao
la juzgo con placer; pero deshecha
cual pronta luz en el espacio vano, 170
la agradable ilusión se desvanece,
el corazón desmaya atribulado
y torna a su pesar. Por fin nos llama
la cruda guerra al suelo que anhelando
estuve en mi dolor: amenazada 175
la patria nuestra del feroz romano,
¡oh! con cuanto placer a libertarla
Fingal corrió por disfrutar tu lado.

BOSMINA El cielo cada vez más implacable,
más duro cada vez, por largos años 180
se obstinó en perseguirnos; pero nada
puede ya ser bastante a separarnos.
Nada.

FINGAL ¡Bosmina!

BOSMINA De la dura suerte
la incertidumbre odiosa he superado;
pero mi corazón ¡cuánto ha sufrido! 185
Yo mil veces temí: funesto llanto
a tu incierta fortuna dirigía
a mis amores y a tu fin aciago.
Cuántas veces en sueños te ofreciste
a mis ojos herido y expirando, 190
la palidez pintada en tu semblante.
¡Bosmina! me dijiste atribulado:
yo a tus caricias preferí la muerte...
¿Por qué tu seno abandoné insensato?

FINGAL Ya no debes temer.

BOSMINA ¡Pluguiese al cielo! 195
Hoy mas que nunca con mi horror batalló:
ni aquí seguro estás.

FINGAL Pero qué causa...
Di... ¿quién osará?...

BOSMINA De tu dicha, acaso
hay alguno envidioso y te amenaza.
Teme Fingal...

FINGAL ¿Quién es el temerario? 200
Di. ¿Quién osado mi furor provoca?...
Yo lo quiero saber.

BOSMINA Es en tu daño.
¡Yo tu muerte causar! Por mis amores...
Pero tu padre... a Dios...

FINGAL Oye...

BOSMINA Es en vano.
FINGAL Yo lo sabré: su temerario orgullo 205
pronto verás ante mis pies postrado.

Escena V

FINGAL, RINO.

FINGAL Padre mío...

RINO Fingal. Al fin tus ansias
de tu pesar el término encontraron;
tras larga lucha el cielo nos concede
tornar a ver nuestros hogares patrios. 210

FINGAL Salud a los espíritus... Piadosos
tender quisieron su celeste brazo
sobre las huestes de Inisfel, que ansiosas
hora saludan los nativos campos.
Este del hijo las caricias tiernas 215
disfruta alegre entre sus juegos gratos,
aquel de amor concibe las delicias
de su querida en el regazo blando.

¡Ay! yo también. Apenas presuroso
salto en las playas y la cumbre salvo 220
del árido Morven, me ofrece el cielo
la dulce vista del objeto amado.

Cuán bella, más que nunca, se ostentaba
sobre esa tumba de fatal presagio
abatida, llorosa, y de su madre 225
la dulce vida al cielo demandando.

RINO La has visto. ¿Y en tu pecho aún se alimenta
ese funesto amor?

FINGAL Yo la idolatro.

¿Y quién sin adorarla contemplara
su dulce risa, su apacible encanto? 230
¿Funesto amor decís?

RINO ¡Oh si pudieras
el fondo ver de tan terrible arcano!
Temblaras con horror, pero el destino
guarda tu suerte en su abismoso caos,
donde nunca a pasar de sus deseos, 235
las miradas del hombre penetraron.
Yo... soy quizá de tan fatal misterio...
No... nunca sepas más. Sabe que el hado
te guarda negro horror, y que en tus días
eterna maldición está pesando. 240
Maldición, maldición... ¡Oh! nunca llegue

el momento fatal en que irritado
rasgue ya el cielo el velo misterioso
¡ay! con tu error tu paz arrebatando.

FINGAL Rómpase ya: de la inconstante suerte 245

los males con valor he superado,
y antes que tan cruel incertidumbre,
quiero el horror de mi destino aciago.

RINO Teme, teme infeliz... teme la lucha
que el cielo adverso te prepara acaso. 250

Yo velaré sobre tu suerte infausta,
y... yo feliz, si puede mi conato
salvar tus días del fatal abismo
a que un culpable amor te está arrastrando.

FINGAL ¡Con que hasta el cielo mismo se conjura 255

contra mi amor, y el plácido descanso
robándome en la noche, me intimida,
con negro horror mis males anunciando!

RINO ¡Fingal!

FINGAL Escucha, ¡oh padre! y compadece
a este infeliz en su mortal quebranto. 260

El mundo estaba en calma: de las sombras
solo el gemido se escuchaba acaso,
y con vuelo sonante se ofrecían
ante mis ojos, sin cesar girando.

De mis abuelos los ilustres hechos 265

el harpa celebraba de mis bardos
y con dulce clamor se difundía
en la callada selva el eco grato.

De repente un gemido doloroso
hiere mi oído: con horror pasmado 270

alzo la vista atónito, y me ciega
vivo esplendor de misterioso rayo.

Una belleza celestial brillaba
hermosa cual la luz: su seno casto
era cual nieve del Gormal, empero 275

marchito el rostro y del dolor sellado.
Su faz entonces con pavor contemplo,
y era mi madre ¡ay Dios! que en su conato
por salvar de Fingal los tristes días,
así abandona su eternal descanso. 280

Y lo abandona por mi amor... ¡oh padre!
Centellaban sus ojos como el astro
que a la noche preside, mas su brillo
triste eclipsaba con amargo llanto.

Gime, suspira, y hacia mí extendiendo 285

llena de horror sus tremebundas manos,
¡hijo!.. me dice, en sepulcral gemido,

y espira el eco entre sus yertos labios.
Giraba triste en derredor, sus ojos
en mí con ansia y con dolor fijando 290
cual si de algún peligro pretendiese
salvar el hijo a sus amores caro.
Mas... súbito sus ojos centellean
y un grito agudo con furor lanzando,
muerte... me dice, y muerte repitiendo 295
huye deshecha en el espacio vano.

RINO Ya lo ves: ese anuncio misterioso
quizá es preludio de tu fin aciago,
y el cielo aún de tu error compadecido
quiere salvar tus inocentes años. 300

FINGAL Padre mío...

RINO Fingal no así te aflijas,
no te abatas así... tu tierno llanto
baja a mi corazón cual fuego ardiente
mis dichas con dolor acibarando.
Al cielo teme: con tremendo ceño 305
hora ya vibra el iracundo rayo
que suena en derredor: con ruego humilde
quizá desarmes su potente brazo.
Al hombre miserable en su flaqueza
solo implorarlo con temor le es dado 310
y la frente humillar.

FINGAL Padre...

RINO Hijo mío...

Deja este sitio, ven.

FINGAL ¡A Selma!... vamos.

Acto tercero

Escena I

BOSMINA, SORGLAN.

SORGLAN ¿Por qué tanto gemir? ¿Por qué ese llanto?
Tu rostro hermoso con dolor marchito,
en lágrimas tus ojos inundados
tristes explican tu fatal martirio.

Cuando hoy un padre te destina el hado 5
en las virtudes del excelso Rino,
cuando halagüeña tu esperanza brilla
¿gime aún tu pecho del tormento herido?

BOSMINA Nada calma mi angustia esta es mi suerte:
llorar mi pena y sollozar continuo. 10
No me abandona mi dolor: la muerte
aquí me acoge en su regazo amigo,
y me ofrece la paz imperturbable
que allá se goza en el sepulcro frío.
Tiende la calma su apacible mano 15
en este triste y lóbrego recinto,
y enajenado el corazón palpita
de pena y gozo a un tiempo combatido.
¡Ay! solo de mi bien de mis amores
algún consuelo en mi penar recibo 20
en tanto y tanto afán; y esperar puedo
dulce contento hallar en su cariño.

SORGLAN ¡Oh! cual te engañas, nunca, nunca veas
esos deseos por tu mal cumplidos.
Ese insensato amor quizá te arrastra 25
a un insondable y negro precipicio.

BOSMINA ¡Por piedad, explicaos!...

SORGLAN No, no debo...

BOSMINA ¿Cuál a lo menos mi delito ha sido?

No acrecentéis mi horror. ¿Por qué no debo
en mi pecho abrigar el dulce alivio? 30
¿El solo bien que en días tan aciagos
fue la delicia y el contento mío?
Dulce el amor sostuvo mi esperanza
y acá en mi corazón desfallecido
borraba a veces el dolor amargo 35
que en negro cáliz me ofreció el destino.
Él ocupó mi pecho hasta aquel día
en que pluguiera al hado vengativo
de mi madre los días venturosos
arrebatar de su guadaña al filo. 40
Entonces de mi amor nunca olvidado,
y de mis días el placer tranquilo
vino a turbar la paz otra memoria,
memoria llena de dolor activo.
El llanto y la tristeza de mis ojos 45
ya marchitaron el risueño brillo,
y recuerdos funestos y espantosos
turbar pudieron mi placer antiguo.
¿Y tras de tanto afán aún no me es dado
la ventura gozar? ¿Habré perdido 50

mi postrera esperanza? Demostradme
el fondo al menos de tan negro abismo.

SORGLAN ¿Yo pudiera tal vez?... Quizá se oculta
con velo eterno tu final destino;
y... ¡ay de ti si la nube del misterio 55
rasgada al fin, con tenebroso brillo
deja ver a tus ojos espantados
su negro centro con horror sombrío!

BOSMINA ¿Pues para qué nací? ¿Por qué la muerte
no me hirió fiera en el momento mismo 60
en que mis ojos a la luz se abrieron,
a esta luz horrorosa que abomino?
¿Por qué la suerte de engañosas flores
cubrió mi amor con pérfido artificio
en mis días de paz, y hora destroza 65
mi triste pecho con rencor impío?
Mi amor, mis esperanzas, mi consuelo,
ya todo lo perdí: ya no respiro
sino para llorar eternamente
sobre esa tumba de fatal indicio. 70

SORGLAN Tú lo quieres así.

BOSMINA Tal es mi suerte.

SORGLAN Ven... abandona el lúgubre recinto
que aumenta tu dolor: tú misma buscas
su negro espanto con fatal ahínco,

BOSMINA No... que aquí está la calma: aquí buscando 75
algún consuelo en los pesares míos
esta dulce tristeza, este silencio,
tal vez me halagan con placer divino.
Tal vez el llanto... no, no es comparable
del pueblo inmenso el eternal bullicio, 80
a la risueña paz, que se derrama
en este mustio y pavoroso sitio.
Y... ¡oh si me hallase en su sagrado seno
el negro instante de mi fin prescrito,
y pudiese en la tumba de mi madre 85
triste exhalar el último suspiro!

SORGLAN ¡Calla! viene Fingal: ocultar debes
tu llanto, tu pesar.

BOSMINA Él es testigo
de mi invencible afán: él es la causa
caro Sorglan, de mi cruel martirio. 90
Mírale, como yo triste y doliente
de funestos pesares combatido,
inundados sus ojos con el llanto
y en sus facciones su dolor escrito.

Escena II

Dichos, FINGAL.

FINGAL Allí la encontraré... junto al sepulcro. 95
Es ella... te buscaba.

SORGLAN Ven, amigo,
a consolar su pena: ve su rostro
por el negro dolor entristecido.
En vano la recuerdo sus deberes:
siempre abatida en hórrido conflicto, 100
desoye mis consejos, se abandona
con pecho inerme a su dolor esquivo.
Y tú también... ¿Te atreverás acaso
a abrigar en tu pecho ni aun indicios
de un insensato amor?

FINGAL Aún todavía 105
tan dulce llama en mi interior abrigo,
y aquí deberá arder eternamente
hasta que lance el postrimer gemido.
¿Por qué quieren robarme la esperanza
de gozar tanto bien? ¿Con qué motivo 110
me arrancarán de los amantes brazos
de la prenda de amor por quien suspiro?
Si débil fuese, si consiente acaso
que la arrebaten de los brazos míos
todos los males me circundan fieros, 115
el rayo descendiendo en mi castigo.
Y que mi sombra en la callada noche
triste vagando con errante giro
sin consuelo ni paz gima en los cielos
nuncio de mal, con espantoso aullido. 120

SORGLAN ¡Juramento horroroso! ¡y tú, insensato
te atreves a ofrecer al cielo mismo
tu escándalo, tu horror! ¿Y tu pudieras
entregado a un frenético delirio
la desgracia causar del bien que adoras 125
con tu culpable y criminal designio?
¿Vieras con ojos de placer sus días
abandonados en fatal martirio
al llanto y al dolor, y hasta en su frente
el negro oprobio y maldición escritos? 130
¿Cuál nuestra culpa fue, cuál nuestra afrenta?
Pasado el tiempo clamarán tus hijos.
¿Por qué agobian mi frente desdichada
de un obcecado padre los delitos?

Nosotros en la tierra condenados, 135
tristes vagando con incierto giro,
de nuestros padres el alcázar vemos
cuando somos por ellos maldecidos.
¿Y quién la causa fue de tanta pena?
¿Responderás entonces a sus gritos? 140
Tu les dirás... yo fui, yo el insensato
que vuestro mal causé: de mis caprichos
sois víctimas vosotros, inocentes,
y vuestra maldición viene conmigo.

BOSMINA Perspectiva de horror. Con tus palabras 145
siento mi corazón estremecido.

¡Qué! solo maldición...

SORGLAN Tú así lo quieres.

FINGAL Basta, basta, Sorglan: ve su martirio,
no la acongojes más.

SORGLAN Pues bien, rehúsa
escuchar mis consejos: lo repito, 150
será tu mal eterno: el alto cielo
prevendrá con espanto tu castigo.

Escena III

BOSMINA, FINGAL.

BOSMINA ¡Funesta predicción! nunca se cumpla
por tu mal tan horrendo vaticinio.

FINGAL Quieren intimidarme; pero en vano. 155
Alce en buen hora el brazo vengativo
la suerte contra mí: vencer sabremos
del hado adverso el prepotente brío.

BOSMINA Sí, vencerle sabré: mas en mi pecho
en vano triste la esperanza ánimo, 160
y al verte por mi amor tan desgraciado
mis ojos baño en lágrimas contino.

FINGAL No, no temas por mí.

BOSMINA ¡Cuántos dolores
te reserva mi amor! ¡Y tú has podido
amar a esta infeliz, cuando la cercan 165
por donde quiera malos inauditos?
Abandóname, olvida hasta la imagen
de esta desventurada.

FINGAL ¿Qué has pedido?

BOSMINA Si no puedo ser tuya, si te asedian
por todas partes hórridos peligros, 170
¿por qué te obstinas, di? Pueda yo al menos

saber que eres dichoso: en mi destino
no me queda por fin otra esperanza
que halagar pueda los pesares míos.

FINGAL No te abandonaré: toda mi gloria, 175
todo mi bien en adorarte cifro,
y sin tu amor ni dicha ni consuelo
puede halagar mi corazón herido.
Tú eres sola en la tierra mi esperanza;
cuanto puedo anhelar. Por ti suspiro, 180
y tú difundes plácida en mi pecho.
La dulce calma en que contento vivo.

BOSMINA Y yo juro a la vez idolatrarte
y hasta que lance el último gemido
aquí en mi pecho conservar tu imagen. 185
Pero... tú padre... a Dios.

Escena IV

FINGAL, RINO.

FINGAL ¡Oh! padre mío.

RINO Te buscaba, Fingal: ya nuestras playas
los guerreros de Roma han invadido.
La amenazada patria hoy deposita
su libertad en nuestro fuerte brío. 190
Ya a la lucha terrible se preparan
los hijos de Inistor: en nuestro auxilio
pronto alzarán los pueblos de Inisfela
de cruda guerra el espantoso grito.
Tú empero debes de la paz risueña 195
o de lucha fatal el negro signo
al romano llevar, cuando la noche
del sol eclipse el esplendente brillo.
Sé la estrella de paz. Dile al romano
que aquí le espera en nuestro hogar tranquilo 200
la calma leda, mas si guerra eligen
muerte hallarán, aceros y exterminio.
Ondee el viento de la infanda guerra
el funesto pendón, que en ti confío,
o a mi pueblo salvar de sus horrores, 205
o las huestes vencer de su enemigo.
¿Dadas quizá?

FINGAL No, padre: tus mandatos
leyes son... yo no dudo, no vacilo.
¿Mas así abandonar la patria amada
cuando hoy apenas su esplendor admiro?... 210

Concede por piedad...

RINO No: tu obediencia
hoy más que nunca de tu amor exijo.
La nave está en la playa: cien guerreros
te acompañan en ella.

FINGAL ¡Oh padre mío!

RINO ¿Qué pretendes?

FINGAL Señor... de tus soldados 215
hay mil y mil de tu esperanza dignos,
y llenarla sabrán.

RINO ¿Cuál es la causa
de ese dolor que en tu semblante miro?
Lo conozco, infeliz... huye, abandona
los deberes más santos, mi cariño 220
y aun tu sagrado honor: huye en buen hora
de tu misma vergüenza confundido.
¡Cuándo la patria desolada fía
en ti su salvación, por un delirio,
por un amor insano y execrable 225
desoyes tú su lastimado grito!
No... jamás: ese error que te fascina
sacude de una vez: el hondo abismo
va abierto ante tus pies eludir sabe.
¡Misterio horrible que quizá el destino 230
oculta para siempre! no... no rompas
con mano audaz su velo denegrido,
No le rompas Fingal. La voz de un padre
que ansía solo tu bien...

FINGAL Al pecho mío
no hay bien ¡oh padre! ni placer ni gloria 235
sino el ansiado amor. Dulce y benigno
con bálsamo de paz mi vida halaga.
Rompa en buen hora el hado vengativo
ese velo fatal que negro oculta
mi mal eterno con terror sombrío. 240

RINO Te obstinas, infeliz... pues bien, desoye
de un padre triste el lastimado grito.
Desoye mis consejos... para siempre
desgraciado serás. Yo te maldigo.

FINGAL ¡Ah! por piedad.

RINO ¡Aparta! para siempre... 245
Ya no eres hijo del excelso Rino.

FINGAL Por piedad, no merezco vuestro enojo
ni tan negro baldón.

RINO Yo te abomino:
huye, que tu presencia me horroriza.

FINGAL ¿Y en qué vuestro rencor he merecido? 250

Acto cuarto

RINO, SORGLAN.

RINO Aquí yace, Sorglan: aquí descansa
la que en mi pecho inextinguible hoguera
de puro amor prendió: la que en un día
fue todo mi placer y hoy es mi pena.
Buscando lejos de engañosa pompa 5
la plácida quietud, su tumba yerta
vengo a regar con lágrimas amargas.
Aquí invocando la piedad suprema
por su bien eternal, la dulce sombra
de Morna triste con dolor me vea. 10
Era mi amor, mi bien... ¡O cuál suspira
aquí la hermosa paz!... ¡Dulce tristeza!
¡Silencio pavoroso! Ven amigo...

Mas que el bullicio y esplendor de Selma
me halaga este recinto pavoroso; 15
aun mas mi triste pecho lisonjea.
Aquí mora sin dolo ni artificio
la cándida verdad: aquí risueña
su luz esparce inalterable y pura,
y el audaz crimen confundido tiembla. 20

SORGLAN Volved, señor, el triunfo que os prepara
un pueblo inmenso; de la pompa regia
el grandioso esplendor, quizá mitiguen
de tantos males la memoria acerba.

RINO Esa pompa falaz es a mi pecho 25
enojosa, Sorglan: huyendo de ella
los muros abandono, y aquí busco
el solo triunfo que mi afán desea.
Ya sin testigos importunos, puedo
explicar mi dolor: ya no me cerca 30
de aduladores la enfadosa turba,
testigos de mi llanto y mi flaqueza.
De la amistad en el augusto seno
y de la muerte en la mansión eterna
la dicha buscaré, si acaso es dado 35
que yo un instante venturoso sea.
Luego del pueblo al cuidadoso anhelo
me prestará, y entre la pompa regia
ocultaré el pesar que me devora,
que es en el solio crimen la flaqueza. 40

SORGLAN ¡Ah! cuán en vano lo ocultáis: el llanto,
el acerbo dolor y amarga pena,
es como el fuego que ocultar no es dado.
Todos preguntan, todos se desvelan
en sondear los íntimos arcanos 45
que causa son de la desgracia vuestra.

RINO ¡Oh propensión terrible de un monarca!
Un pueblo inmenso en su conducta vela.
Yo desgraciado si seguir quisiese
de sus caprichos la espinosa senda. 50
Mas... me ha enseñado a despreciar los hombres
la adversidad y mi desgracia misma.
¿Qué conseguí cuando halagué su orgullo?
Con crudo ceño devastar la tierra
en execranda lid; llevar al seno 55
de otro pueblo feliz lucha sangrienta.
¡Cuántos maldecirán mi nombre horrible!
El huérfano infeliz, la madre tierna
demandarán la sangre que he vertido,
y al cielo alzando sus ardientes quejas, 60
exclamarán de rabia penetrados,
maldición a los hijos de Inisfela.
Y tú... no me abomines, ¡Morna mía!
Si he desolado con audacia ciega
tu patria cara, tu perdón imploro. 65
¡O espíritus del cielo! En faz risueña
mis votos acoged: goce mi amada
en alto solio de la paz eterna
que allá a los justos la virtud concede.
Brille en su frente celestial diadema, 70
y en la mansión de paz afable ría,
¡ay! más dichosa que lo fue en la tierra.

SORGLAN Calmad vuestro dolor... si vuestros hijos
os sorprenden así...

RINO ¡Qué me recuerdas!
Mis hijos... hoy acabarán mis males 75
y su insensato amor. Cuando a la tierra
bajen las sombras, con la noche fría
tristes vagando en la callada esfera
mi hija será de Dutcaron esposa.

SORGLAN ¿Hoy mismo?

RINO Sí: su obstinación me fuerza 80
a usar de tal rigor.

SORGLAN ¡O plegue al cielo
que ese rigor su perdición no sea!

RINO ¡Qué! juzgas tú...

SORGLAN Su amor es invencible.

Y ¡cuántos males donde quier le cercan
si a Fingal arrancáis de entre sus brazos! 85
RINO Él va a partir: la nave ya le espera.
Huya el ingrato del regazo mío
y no mis ojos con espanto vean
el crimen en su faz, y no maldiga
nunca mi labio su pasión funesta. 90
¡Cuál fuera mi dolor! Jamás le mire
triste grabar la maldecida huella
del cielo aborrecido y de los hombres.
Nunca, caro Sorglan que antes fenezca.
¡Oh! ¡si el sepulcro a mis cansados años 95
por fin abriese la mansión eterna
bajo mis pies helados! ¡Oh! ¡si nunca
fuese yo padre para ver mi afrenta!
Fue necesario al fin, al hijo mío
hacer patente la verdad funesta. 100
¡Ay! el cielo, Sorglan, ha decretado
que todo el orbe mis delitos sepa.

Escena II

Dichos, DUTCARON.

SORGLAN ¡Dutcaron!

RINO Le esperaba. Ven, amigo.

El respeto depón: no me rodea
de la engañosa pompa el brillo vano. 105

DUTCARON ¿Qué pretendéis en fin? De mi sorpresa
aún no vuelvo, señor. Este misterio...

RINO Solo tu bien mi corazón desea.
tu angustia consolar, y el eco triste
hoy acallar de tus dolientes quejas 110
es mi anhelo.

DUTCARON Señor...

RINO Sé tus amores

y tu mísero afán. Sola en la tierra,
huérfana y triste llora, a Bosmina
el fin aciago de su madre tierna.

Tú su amparo serás.

DUTCARON ¡Oh si algún día 115
hacer mi dicha con su amor pudiera!

Sí señor... esto es solo mi deseo.

¡Y cuántas veces con mortal querella
fatigaba los vientos en el Morven
o allá en la margen del ondoso Lena! 120

Pero en vano, señor, que siempre ingrata
mis ayes desdeñó: y en tanta pena,
ya la esperanza de mi bien futuro
se disipó como engañosa niebla.

RINO Desde hoy acabe tu angustiado llanto. 125

Mitiga tu dolor. Que tuya sea,
antes que de la noche el negro velo
pálido enlute la callada esfera.

DUTCARON Premio es debido a mi afanar. ¡Oh padre!

Que así te llamará mi lengua. 130
Tú diste nuevo ser a un desdichado
que hoy su fortuna a contemplar no acierta.
Dejad que a vuestros pies...

RINO Alza dichoso

goces por siempre tu pasión risueña.
Sé feliz en los brazos de Bosmina. 135
Marchemos ya, Sorglan... vamos a Selma
a cumplir con mi ingrato ministerio,
a seguir otra vez por la ardua senda
que el hado me mostró. ¡Pluguiese al cielo
arrancar de mis sienes la diadema! 140

Escena III

DUTCARON Ya soy feliz. En vano de la ingrata
el eterno desdén y la aspereza
hieren mi corazón; y va a ser mía
a pesar de su orgullo la altanera.
¡Bosmina ingrata! ya lucir se mira 145
con luz opaca la inflamada tea,
triste execrable a tu alma desdeñosa,
como a mis ojos refulgente y bella.

Escena IV

Dicho, FINGAL.

DUTCARON Pero Fingal... Ven, ven: de mi contento
partícipe serás. No hay en la tierra 150
más dichoso mortal. Cuando Bosmina
de amor atada a la coyunda estrecha...

FINGAL Bosmina dices...

DUTCARON Sí... la hija de Morna.

Ahora mismo tu padre me lo ordena
sabiendo mi pasión, y va a ser mía. 155

Pero tú no me amaste... tú inhumana
me juraste un amor que no alimentas
y al crédulo Fingal has fascinado.
¡Ingrata! ¡ingrata! si mi fin deseas,
no más puñal que tu rigor me basta 235
para acabar tan mísera existencia.
¡Me abandonas, cruel! ¿Y tú me amabas?
¿Y tú el objeto de mis ansias eras?...
¿Tú... tú la más ingrata? No, Bosmina,
no me amaste jamás, y aun me detestas. 240

BOSMINA Yo aborrecerte... por piedad... ¡ah! ¡nunca!
Siempre en mi pecho la inflamada tea
del delicioso amor ardió inexhausta:
pero me oprime obligación severa,
y cerca de esta tumba dolorosa 245
con vínculos estrechos me sujeta.
¿Pérfida pude ser? ¡O cuál me ultrajas!
Pérfida nunca fue tu amante tierna.
Demasiado te quise.

FINGAL ¿Pues qué aguardas?
Sígueme... ven, donde el amor te espera. 250

BOSMINA ¡Qué hacer!... Tu labio vence mis temores.
Yo seguiré tus amorosas huellas,
y donde quiera que la planta guíes,
esa será de mi elección la senda.
¿Mas qué dolor funesto, impetuoso 255
de mi sensible pecho se apodera?
Huyamos ya de aquí: suelo de espanto
es ya para Bosmina que desea
gloria inefable hallar en tu cariño.
Contigo partiré: la tumba yerta 260
donde yacen los restos de mi madre
aún quiero saludar por vez postrera.
A Dios madre infeliz... de ti me alejo
para siempre jamás... ausencia eterna
que Bosmina culpable ante tus ojos 265
por seguir otro amor, infiel desea.
Morna querida, ¿si tu vaga sombra
de mí se ofenderá? ¿Si en noche inmensa
de amargura y dolor irá a sumirte
de tu Bosmina la fatal ausencia? 270
Recibe el postrer llanto de tu hija.

ESPÍRITU SEGUNDO ¡Hija!

BOSMINA ¿Lo escuchas? mi pasión reprueba...

A su lado me llama cuando parto,
y a su sepulcro helado me encadena.

FINGAL ¿Y que... el acento de tu voz tan solo 275

al devolverle la espantosa huesa
tus sobresaltos y temores causa?

BOSMINA Sí era su voz... de Morna... Morna tierna...

Madre del corazón... ¿y yo te dejo?

FINGAL ¡Ah! por piedad, partamos.

BOSMINA ¿Estas eran 280

las pruebas del amor que yo en un tiempo

falaz la daba con mentida lengua?

Ella me observará, Fingal querido,

vagando triste en la callada esfera,

y viéndome partir... ingrata, ingrata, 285

entre sollozos me dirá en su pena;

e ingrata solo pronunciar le es dado

pocas horas habrá que con fiereza

la parca horrible me robó mi madre,

y ya abandono su mansión postrera. 290

Es ella... mira... con sañuda frente

en la tumba levanta su cabeza;

y me llama... ¡Qué horror! vuelo a sus brazos

y vuelve a hundirse en su morada eterna.

FINGAL No más dolor, Bosmina. Ya la noche 295

tiende en el cielo su espantosa niebla.

Saludemos los restos de tu madre,

besemos ya su veneranda huesa,

y pidámosle en ella cariñosos

perdón y bendición.

BOSMINA ¡Ay! ¡así sea! 300

Perdón y bendición... ¡siempre me amaste

y no me olvidarás en tu clemencia!

Protege mi cariño desgraciado:

tú eres feliz: en la mansión risueña

de la gloria eternal plácida ríes; 305

¡el astro de la noche te rodea

con su rayo de plata! ¡Oh madre mía!

Por siempre goza de la paz suprema. (Vanse.)

ESPÍRITU PRIMERO ¡Ay! ¡Genios de las tumbas!

¡En alas de los vientos 310

la atmósfera cruzad!

Con trémulos gemidos

de lúgubres acentos,

los aires agítad.

¡Volad!... del hijo mío 315

los negros pensamientos

piadosos disipad.

ESPÍRITU SEGUNDO ¡Ay! ¡sombras tenebrosas

que con opaco velo

vestís el aire!... ¡oíd!... 320

Mis lúgubres canciones
por el callado cielo
mil veces repetid.

Volad que la hija mía
conozca mi desvelo... 325
¡Id, negras sombras, id!

Acto quinto

Escena I

FINGAL, SORGLAN.

SORGLAN Modera tu dolor: vuelve la vista
al abismo fatal que ante tus plantas
abrió espantoso el hado inexorable:
sálvate de su horror.

FINGAL En vano osara
al torrente fatal de mis pasiones 5
oponer animoso mi constancia.
Me vence este frenético delirio.
¡Ah! tú sabes mi mal: cuando en la playa
ya tocaba el momento de mi dicha,
apenas en mis brazos estrechada 10
iba a pisar la nave... para siempre,
sí... para siempre de mi amor la arrancan.
¿Dónde estaba mi acero?... los inicuos
mis brazos indefensos sujetaban,
mientras Bosmina en lastimosos ayes 15
de su negro furor se lamentaba.
¡Desde entonces frenética mi mente
con sangrientas imágenes batalla!
Pero no es ilusión, no es sueño vano.
¡Qué tropel horroroso de fantasmas! 20
¡Qué visiones fatídicas me acosan
y mi agitado pecho despedazan!
SORGLAN ¿Qué hacéis, Fingal? calmad vuestros furores.
FINGAL Bosmina... ¿Dónde está?
SORGLAN Pronto en las aras...
¿No lo sabes?
FINGAL ¡Hoy mismo!... demasiado. 25
Lo sé para mi mal. Pero la ingrata
¿se ha olvidado de mí?

SORGLAN Siempre recuerda
a su hermano Fingal.

FINGAL Y que... ¡mi hermana!...
Ese nombre fatal que en daño mío
trueno en mi pecho y me destroza el alma, 30
¿siempre en tu labio sonará funesto?
¡Ah! no lo digas más.

SORGLAN Así tú agravas
pena tan horrorosa, alimentando
tristes recuerdos y memorias vanas.
¿Un guerrero, un magnánimo caudillo 35
el ilustre eclipsará de sus hazañas
con un amor tan criminal y horrible?

FINGAL ¿Y qué quieres de mí? La negra carga
del infando delito, ya en mis hombros
pesa ominosa y mi aflicción agrava. 40
Todos los males me circundan fieros.
Míralos... si... me cercan, me amenazan.

SORGLAN Tú deliras...

FINGAL Sorglan, vamos, evita
un crimen a Fingal.

SORGLAN ¿A dónde marchas?

FINGAL Este negro aparato, ¿qué me anuncia? 45
Esas antorchas fúnebres, opacas...
¡Qué turbia luz!

SORGLAN ¡Fingal!

FINGAL Huye infelice...
Huye... estas sombras que a Fingal amagan
sombras de muerte son.

SORGLAN ¡Ah! ¡me horrorizas!

FINGAL Ven, ven Sorglan: en vano me amenazan... 50
Arrostremos su furia. ¡Titubeas!

SORGLAN Qué negro frenesí...

FINGAL No era un fantasma.
Yo lo vi, yo lo vi... sombras y espectros
las aras conyugales preparaban,
flores marchitas y hórridos emblemas. 55
Mira, mira... esas teas venerandas
signos de sangre son: signos de muerte.
No respondo de mí... ¡funesta llama!
No... no es posible que apagarse pueda:
no es posible, Sorglan.

SORGLAN Y tu así ultrajas 60
a la naturaleza que te grita,
a un padre que te adora...

FINGAL Calla... calla...
No le nombres...

pesaron sobre mí! ¡Y en pena tanta,
un solo instante de quietud y dicha
en vano esperaré! ¡Todo desgracias!
Mis hijos, mi placer, son mis verdugos;
ellos mi pena y mi tormento causan. 100
Mis hijos... ¡ay! en quien mi amor ufano
su eterna dicha y su quietud cifraba.
¿Por qué? ¿por qué? ¡y así desventurado!
¿Así mi amor y mis caricias pagan?
¡Oh! no será, Sorglan... aún en su pecho 105
de la santa virtud arde la llama.
Esta noche, Bosmina, en este sitio
con sacrosantos nudos estrechada,
será de Dutcaron. Así contengo
de mi hijo acaso la funesta audacia. 110
DUTCARON Ella será feliz en mi cariño.
Aún no viene, señor... ¡O cómo tarda
a mi amante deseo! Ella se niega
quizá a cumplir mis dulces esperanzas.
¡Momento apetecido! Mas escucho 115
pasos allí... y un bulto se adelanta.

Escena III

BOSMINA, RINO, DUTCARON.

RINO Hija mía...

BOSMINA Señor... en este sitio,
¿qué pretendes de mí? ¿Por qué me llamas
a este sitio de horror, cuando la noche
sus negras sombras por el cielo arrastra? 120

RINO No temas, no. Tu padre desgraciado
premio debido a tu virtud prepara,
y por siempre su amor. Hacer tu dicha
Es, Bosmina, el objeto de mis ansias.
Que tus días serenos y apacibles 125
tranquilos corran en eterna calma
sin que mis ojos miren en tu frente
del negro crimen la funesta mancha.
Tal es mi anhelo, si... mas de ti exijo
un sacrificio...

BOSMINA ¿Cuál? vuestras palabras 130
preceptos son, señor... y nunca, nunca
será Bosmina a vuestro amor ingrata.

RINO Pues bien... y si tu padre en este instante
un compañero eterno te prepara,

¿osarás vacilar?
 BOSMINA Entiendo ¡o padre! 135
 ¡Dutcaron!... ¡Dutcaron!

RINO ¿Tú no le amas?
 ¿Le aborreces quizá?
 BOSMINA No... el pecho mío
 no sabe aborrecer. ¡Yo, desgraciada!
 Para querer nací; pero tampoco
 ardió en mi pecho de su amor la llama. 140

DUTCARON ¿Cuál mi delito fue? Si en vano un tiempo
 abrigaba en mi pecho la esperanza,
 si mi amor importuno en largos días
 con ayes mil tu pecho fatigaba,
 ¿pude ofenderte con mi amor sincero, 145
 o fue a tu pecho mi pasión ingrata?

BOSMINA Respetad mi dolor: llanto y tristeza
 solo pedidme en hora tan infausta.
 ¿Qué pretendéis de mí, cuando me veo
 sola en la tierra y de mi bien privada? 150
 ¿Amor? Jamás. Si el infeliz respira,
 ¡ay! me dirá. ¿Qué fue de tu constancia?
 ¿Por qué la fe que me juraste un día
 entregas al rival que yo execraba?

RINO ¿Qué osas decir?
 BOSMINA Lo sé... yo no debía... 155
 Mas nada ¡ay padre! mi pasión contrasta.

DUTCARON ¿Por qué tanta altivez? Goce en buen hora
 de su funesto amor. Abandonada
 llore por siempre a par de su infortunio
 la maldición que tu furor le guarda. 160
 ¿Yo humillado implorar? No... vamos, vamos...
 Que no se goce en mi dolor la ingrata;
 que no escuche mis quejas.

RINO Tú la afliges
 Dutcaron... respetemos su desgracia.
 ¡Ay! evita el horror, el negro crimen (A BOSMINA.) 165
 que ese amor desgraciado te prepara:
 también evita mi dolor eterno.
 ¡Ah! ¿y eres tú quien mi tormento causa?
 Acércate infeliz: mira esa tumba
 que el cuerpo helado de tu madre guarda. 170
 Contempla su silencio. ¿Qué te dice
 esa losa fatal? «¡Bosmina ingrata!»
 Una voz misteriosa te repite...
 «Oye el acento de tu madre cara;
 de aquella madre que te amó en un día: 175
 a Rino escucha que por mí te habla.»

¿Quieres con nuevo horror, con negro crimen
hoy estampar incestuosa mancha
en ese corazón siempre inocente,
en ese pecho de virtud morada? 180

¿Desobedecerás a un padre tierno?

BOSMINA ¡Qué horror! jamás: ¡sofóquese mi llama!

Disponed de Bosmina, conducidla
víctima triste a las tremendas aras.

RINO Ve, Dutcaron, entre las tristes sombras 185

la misteriosa unión quede afirmada;
conduce el bardo.

DUTCARON. ¡Oh padre! que aún no fío
cumplidas ver mis dulces esperanzas.

RINO Tú su esposo serás, yo te lo juro,
antes que el sol a iluminarnos salga. 190

Escena IV

RINO, BOSMINA.

BOSMINA Ya mi bien acabó desfallecido
mi espíritu se niega a la esperanza.

¡Ay malogrado amor! ¡Todo en el mundo
su aspecto muda en hora tan infausta!

RINO No aumentes el pesar de un tierno padre. 195

Ven, a mi pecho ven... en mí descansa.

¿No sientes un consuelo, una dulzura
que con placer el corazón te halaga?

¿Lloras? ¿lloras? Bosmina, algún remedio
aún resta a tu pesar. Presto borradas 200

por el tiempo verás y la fortuna
esas memorias que tu mal agravan.

BOSMINA No me queda otro bien. Ya yo he apurado
de mi negro dolor la copa infausta.

No me queda otro bien... Números sacros 205
sombras de execración que conjuradas

agraváis mi tormento... ¿Qué delito
cometió esta mujer desventurada?

¿Para qué vi la luz? ¡O nunca fuera!

¿Por qué me disteis mi existencia amarga, 210
números de crueldad? O allá vosotros

reís a mis tormentos y plegarias,

¿y os gozáis en mis males, prolongando
con horrores sin fin mi vida aciaga?

Mira esa tumba que los tristes restos 215
de Morna tierna silenciosa guarda.

nuncio de males.
DUTCARON Por piedad... (Más desfallecido.)
BOSMINA Escucha...
Muere, y allá mi imprecación le alcanza.
RINO Qué horror.

Escena V

Dichos, SORGLAN.

SORGLAN Llegad, al infeliz prestadle
auxilio en el horror de su desgracia.
RINO Dutcaron...
SORGLAN Dutcaron, al pie del muro 255
ensangrentado moribundo clama.
RINO ¿Quién le mató?
SORGLAN Venid a socorrerle:
no queráis más saber.

Escena VI

Dichos, FINGAL despavorido con la espada ensangrentada y como huyendo de alguno que le acosa.

FINGAL Negro fantasma...
Huye, no clames más.
BOSMINA Fingal...
FINGAL ¡Qué acento!
Eco consolador... ¡aquí aguardaba!... 260
¿Eres Bosmina tú?
RINO ¡Fiero homicida!
¿Qué sangre es esa que tu diestra baña?
FINGAL La de un monstruo, de un bárbaro inhumano
que robarme mis dichas intentaba.
BOSMINA ¡Infeliz!
FINGAL ¡Descendió sobre mi frente 265
la eterna maldición!.. sombras airadas
me cercan, y mis crímenes pregonan...
RINO Huye, monstruo fatal. Funesta causa
de cuantos infortunios martirizan
con negro ceño mi alma atormentada. 270
Esa sangre inocente en que teñido
estás por tu mal, pide venganza
con eco atronador al alto cielo.
Mira, mira infeliz, cual te anonada

